

5436





LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS.

BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

---

---

LAS

PEQUEÑAS INDUSTRIAS

(HISTORIA DE UN LABOR)

DE LAS

---

Es propiedad. Queda hecho  
el depósito que marca la ley.

---

---

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Calle del Rubio, 25.

BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.

---

---

LAS  
PEQUEÑAS INDUSTRIAS

(HISTORIA DE UN LABRADOR)

por

MANUEL SECO Y SHELLY



MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES

CALLE DEL RUBIO, NUM. 25



---

---

## LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS.

---

### CAPÍTULO PRIMERO,

que puede servir de prólogo á la presente historia.

La recuerdo como si la estuviera viendo: blanca, con los techos de pizarra, con las puertas y ventanas pintadas de verde; risueña, coquetamente escondida entre hermosos álamos blancos y rodeada por todas partes de extensos campos perfectamente cultivados.

Tal era la granja de mi amigo García.

Os la voy á dar á conocer; voy á ocuparme de ella en este libro que me inspiró su vista, pero ántes, bueno será que conozcais al propietario.

García tiene hoy cincuenta años, si no hago mal la cuenta, pero no lo direis al verle. Es alto, blanco, aunque ligeramente tostado del sol, con muchos y espesos cabellos rubios, siempre afeitado, siempre limpio, y sin abandonar nunca la paternal sonrisa que indica su bondad.

Muchas veces, al verle, á pesar de su medio siglo, montar á caballo con más ligereza que un jóven de veinte primaveras y correr en él todo el dia por sus propiedades, le he dicho:

—Te envidio.

Y poniéndose serio, creo que es la única ocasión en que lo hace, me contesta siempre:

—La vejez, amigo mio, no es más que el reflejo de los primeros años; el reverso de una moneda de cinco duros; si la cara es buena, buena la cruz; de lo contrario, la moneda es falsa por todos lados.

Su esposa, que cuenta algunos años ménos que él, es la imagen de su marido.

Educada en la escuela severa de la virtud, llena cumplidamente sus deberes y hace feliz á su esposo, que la quiere con delirio. Es morena, con grandes ojos negros, rasgados, magníficos cabellos, negros tambien, y facciones regulares y agradables. Tiene muy buena conversacion; nadie como ella sabe hacer los honores de una casa, y educa por sí misma á sus hijos.

Dos son éstos, y os agradarian si los conocierais; Rafaela por su bondad, por su hermosura, sus diez y seis años, su corazon, por todo en fin; Ricardo por la formalidad que le distingue, aunque sólo tiene un año más que su hermana, y por lo entendido, laborioso y aplicado que es.

¡Ah! os aseguro que es una familia de ángeles, y que con ellos nada se echa de ménos, por más que viven casi apartados del mundo.

La granja está situada en un rincon de Andalucía, que seguramente es el más feraz y productivo de aquella riquísima comarca; un hermoso valle, que atraviesa de Norte á Sur un murmurador arroyuelo de lindísimas orillas, forma todo el terreno que la pertenece, y cuanto allí se encuentra hoy, árboles, plantas, cercas, jardin y casa, ha sido dirigido, edificado y cuidado por García.

No hace aún treinta años, el marqués de X. era el poseedor de aquel ameno valle, pero el noble título, abandonado á la vida perezosa de la córte, y entregado en manos de sus administradores, que pensaban únicamente en sacar pingües rendimientos á sus destinos y no á las tierras de su

amo, como parecia lo más natural, tenia al valle baldío y abandonado, aprovechándolo, cuando más, por la abundancia de yerbas que producía naturalmente, para echar en él, siempre que la otoñada no era muy buena en las dehesas, algunas piaras de bueyes ó toros, que generalmente recobraban sus carnes y su hermoso aspecto en aquel rincón tan abandonado.

Por aquel tiempo, García, recién casado con su actual esposa, ejercía en Cádiz la profesion de médico, que á costa de no escasas privaciones y sufrimientos habia podido estudiar en sus juveniles años; los enfermos, sin embargo, eran pocos, las necesidades muchas, y García tenia apenas con que poder llevar un pedazo de pan á su boca.

Le he oido referir muchas veces, porque él no se desdeña de contar estas cosas, que el dia en que por un milagro patente de la Providencia pudo salir del miserable estado en que se encontraba sumido, eran las ocho de la noche y aún no se habian desayunado Matilde y él. Loco, viendo sufrir á su noble esposa, que no dejaba escapar la más ligera queja, salió de su casa por la vigésima vez y extendió su mano al primer transeunte que encontró en la calle, demandando una limosna.

Recogió algunos ochavos, compró pan, y su esposa pudo comer; en cuanto á él, la fiebre le sostenia, y el alimento le hubiera hecho daño.

Cuando ya se preparaban ambos esposos á recogerse en el miserable colchon, que tendido sobre el duro suelo habia sustituido al lecho nupcial, un golpe sonó en la puerta y una voz de mujer, débil, con apagado acento, murmuró desde fuera:

—¡Abrid, por el amor de Dios!

Y él, el hombre que aquella noche habia mendigado por las calles un pedazo de pan, sintió renacer en su alma los instintos caritativos, y á su

vez, abriendo la puerta, se preparó á socorrer á quien á aquellas horas demandaba su auxilio.

Una mujer, mejor dicho, una niña se lanzó al interior de la pobre vivienda, y gritó con desfallecida voz:

—¡Cierre usted por Dios! Sr. García, cierre usted, que me persiguen.

García, sin darse cuenta de lo que estaba pasando, se apresuró á cerrar la puerta y se volvió hácia la recién llegada, que se habia dejado caer sobre una silla.

—Puede usted descansar con fiadamente—dijo al mismo tiempo;—nadie la ha visto á usted entrar, y en mi casa estará usted tan segura como en la suya propia.

Y entónces, al fijarse en la jóven, reparó que se hallaba en estado interesante.

—Matilde, por su parte, habia acudido al socorro de la perseguida y la prodigaba dulces palabras de consuelo; animada con aquellas muestras de cariño, la jóven comenzó á hablar, y bien pronto ambos esposos estuvieron enterados de lo que ocurría.

Aquella niña era hija de un colega de García, muy conocido y apreciado por su saber y las maravillosas curas que habia llevado á cabo. Engañada por su amante, que más de una vez la jurara hacerla su esposa, se habia arrojado ebria de amor en sus brazos, y temiendo que su padre conociera su enorme falta, vivia retirada con una tia suya en la inmediata poblacion de San Fernando; allí la siguió visitando su seductor, hasta que un dia supo por ella misma que iba á ser madre y la abandonó, saliendo de Cádiz para Madrid.

El dolor de Enriqueta, que éste era el nombre de la infeliz seducida, fué inmenso, y los consuelos de su tia no bastaron á calmar su acerbo llan-

to. Era preciso, sin embargo, tomar una resolución heróica, porque el fatal momento se acercaba á pasos agigantados; y entónces, avergonzada de sí misma, huyó de la casa donde habia creído ser tan feliz, y tomó el camino de Cádiz en una calesa.

Empezó á vagar á la ventura por las calles de la ciudad sin saber qué partido tomar: unos mozalvetes la creyeron, al verla sola, una de esas infelices que comercian con su honra, y perseguida por ellos habia llegado hasta la casa de García, recordando que allí vivia un amigo y compañero de su padre.

Efectivamente, García recordó las facciones de la niña que tantas veces habia acariciado en casa de su colega, y la prometió hacer por ella cuanto pudiera.

Auxiliada por él, Enriqueta dió á luz aquella misma noche una hermosa niña, y al siguiente dia, cuando la dejó reposando, el buen médico salió de su casa y se dirigió á la del padre de la jóven.

Su comision era delicadísima: se trataba de noticiarle su deshonra, de participarle que aquellas nobles canas, tan respetadas y queridas siempre, habian sido holladas por un miserable. García, sin embargo, estuvo tan hábil, tan diplomático, habló con tal elocuencia, defendió de tal manera á su protegida, que el desgraciado padre la perdonó, y no sólo la perdonó, sino que voló á su lado, la estrechó en sus brazos, bendijo á aquella nieta que, apenas nacida, no tenia ya padre, é hizo que ambas se trasladasen á su casa.

García no quiso admitir recompensa alguna por aquel servicio: ¿qué mayor recompensa puede darse al hombre honrado y virtuoso que la satisfaccion de haber obrado bien?

Algunos dias despues, sin embargo, obtuvo el

premio á que se habia hecho acreedor: su compañero se retiraba á la vida privada, iba á habitar un inmenso cortijo que acababa de comprar al marqués de X; y sabiendo la afición que García tenía á la vida del campo, y apreciando en lo que valian sus extensos conocimientos agrícolas, le nombró su administrador general, sin gran sueldo, es verdad, pero cediéndole un pedazo de terreno á eleccion suya, para que si algun dia su esposa le daba la satisfaccion de hacerle padre, pudiera dejar á sus hijos lo que vulgarmente se llama un pedazo de pan.

De tal modo fué hecha esta proposicion, que García se vió en la necesidad de admitir, y partió con su colega para aquel hermoso valle donde yo lo he conocido algunos años despues de la aventura referida, y donde á su vez le van á conocer mis lectores.

El padre de Enriqueta murió algunos meses despues de establecerse en aquel delicioso rincon, y entónces, por primera vez, oyó García el nombre del seductor de la niña.

Se llamaba Federico de Solivierez, y era el hijo único, y heredero por lo tanto, del marqués de X, dueño anterior del cortijo y del valle, y dueño al presente de un extenso coto que, al lado de la finca del doctor, servia á ésta de límites por el Norte.

En cuanto á Enriqueta, llamó de nuevo á su lado á su anciana tia, y no quiso abandonar aquel impenetrable asilo, adonde muy rara vez llegaban los ecos del mundo en que tan desgraciada habia sido.

¿Amaba aún á Federico?

La contestacion á esta pregunta no debo dársela en este sitio: más adelante, acaso, tengais motivo para apreciar, siguiendo mi relacion, la inmensidad de la desgracia de la pobre jóven.

Sentados estos antecedentes, vuelvo otra vez á mi viejo amigo y á su granja, puesto que de ella he prometido hablaros en este libro, que de seguro si él supiera que publico ahora, habia de inutilizar, para que nadie se ocupase de su vida tan laboriosa y de su talento tan claro, que él, sin embargo, no reconoce.

## CAPÍTULO II.

## Un paseo por el campo.—Los toros furiosos.

García y su esposa llegaron al cortijo del padre de Enriqueta, á tomar el primero posesion de su destino, algunos dias despues de la compra de la hacienda. Estaba ésta sumamente descuidada, y era preciso por lo tanto establecer una administracion celosa y que hiciese prosperar aquellas tierras tan productoras siempre, pero siempre tambien tan abandonadas.

El buen médico, que habia dedicado especialmente sus estudios á la aplicacion de las ciencias al fomento de la agricultura, conocia como ninguno las propiedades de cada planta y de cada flor, los terrenos en que mejor se crian cada una de ellas y las faenas que necesitan para su cultivo: de aquí el que su compañero decidiese entregarle por completo el cuidado del cortijo, seguro de que bajo su celosa direccion habian de ganar mucho sus intereses.

En vista de esto, García dispuso, apenas llegado al cortijo, dar un extenso paseo por todas las tierras que lo componian, con objeto de enterarse por sí mismo de lo que podian y debian producir.

Formaron parte de la expedicion, Enriqueta, á quien convenian mucho aquellas distracciones por el estado abatido de su espíritu, Matilde, don Ricardo, que éste era el nombre del padre de Enriqueta, García y un viejo labrador ó gañan del cortijo á quien conocian generalmente por el apodo de tio Corsana.

Enriqueta y Matilde montaban pequeñas jacas cordobesas, y los tres hombres llevaban magníficos caballos vistosamente enjaezados á la usanza jerezana; el gañán era el encargado de las provisiones, porque el almuerzo habia de hacerse en el campo, y unas anchas y repletas alforjas pendian á ambos lados del arzon de su silla vaquera.

Era el mes de Junio, y el reloj de D. Ricardo señalaba las seis, cuando salieron del gran patio del cortijo: hacia fresco aún, pero todo indicaba que el dia iba á ser caluroso; corria, sin embargo, viento del Norte, y la naturaleza no se mostraba todavía agostada y mústia como durante los grandes calores de los meses siguientes.

Enriqueta y García rompian la marcha, siguiéndoles á alguna distancia Matilde y D. Ricardo; en cuanto á Corsana iba indistintamente de un grupo á otro, haciendo reir con sus ocurrencias ó dando explicaciones de cuanto sucesivamente iban viendo.

El buen García procuraba entretener á la desgraciada Enriqueta, para que olvidase su desdicha; así es que su conversacion giraba sobre mil asuntos diversos, como las mariposas que revoloteaban sobre las flores, procurando siempre no inspirarla sino ideas alegres, que hiciesen asomar la sonrisa á sus descoloridos labios.

En esta forma atravesaron primero un extenso prado, en el que crecian únicamente, cubriéndolo todo, cardos silvestres, de la especie de *synanthreas*, planta completamente inútil, que come la sávia de la tierra sin devolverla apenas sustancias nutritivas. García habia ya dispuesto que el fuego se apoderase de ellos, pues sus cenizas servirian de abono, y aquellas tierras podian aprovecharse para semillas más útiles.

—¿No son estos cardos los que se comen?—pre-

guntó Enriqueta al saber la órden dada para su destruccion.

—Estos precisamente nó—contestó García;—pero los hay que sirven para la alimentacion del hombre, entre las treinta especies que forman la familia. Si estos mismos cardos hubiesen estado algun tiempo privados de la influencia de la luz, entónces serian comestibles.

—¿Luego la luz influye en ellos?

—¿Quién lo duda? Descompuesta por la accion de los rayos solares la materia feculosa que contiene el tallo del cardo, se convierte en una sustancia astringente que puede muy bien degenerar en venenosa. De la misma familia que el cardo es la lechuga, que tanto apreciamos, y vea usted cómo las hojas blancas, es decir, las que no han recibido los rayos del sol, tienen únicamente un ligero sabor amargo, cuando las de las capas superiores, abrasadas por el astro del dia, toman un color verdoso, y su jugo es doblemente amargo y bastante astringente.

—Por eso, seguramente, los hortelanos—observó Corsana,—para mejorar las lechugas cuidan de atar los cogollos.

—Efectivamente, de ese modo se evita el que las hojillas tiernas y delicadas del interior aspiren, al recibir los rayos solares que descomponen las sustancias de que se forman, el ázoe que ha de quitarlés el color y el gusto que tanto apreciamos nosotros. Buen ejemplo tiene usted en los alcauciles y alcachofas, que pertenecen tambien á la dilatada familia de los cardos.

—¿Y no tienen flor estas plantas?

—Sí, por cierto, y fruto; sin estos dos no podría reproducirse la planta, y hace mucho tiempo que hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Las flores son pequeñas y generalmente hermafroditas, aún cuando las hay unisexuales y neutras;

se hallan dispuestas en cabezuela y sostenidas sobre un receptáculo en cuya sustancia hay algunos hoyitos ó cavidades á los que los naturalistas dan el nombre de alvéolos. Exteriormente están protegidas por una ó varias filas de escamas ó púas muy aceradas, y tienen solamente cinco estambres. En cuanto al fruto es una akena, ó sea fruto de una sola semilla, el cual recibe, por regla general, el nombre de seco ó indehiscente.

Al llegar á este punto de la explicacion, acababan de abandonar el campo de los cardos y avanzaban por un ancho sendero abierto en medio de un olivar. Cubiertos de hojas los árboles les preservaban de los rayos, todavía oblicuos, del sol naciente y acortaron el paso de las calgaduras.

—Mire su mercé—dijo Corsana adelantándose nuevamente al grupo de García y Enriqueta y poniéndose al nivel de éstos,—qué lástima de olivos; hace más de cuatro años que nadie se cuida de ellos y los pobres no dan ni una oliva buena.

—En verdad que los vec ccmidos de gusanos, y que poco les falta para dar consigo en tierra quemados por el piojo—contestó García.

—¿Tambien tienen piojos los olivos?—exclamó Enriqueta haciendo un ligero mohin de repugnancia.

—Así les llaman nuestros labradores, pero creo que su verdadero nombre es cochinilla adónide; pertenecen al género de los parásitos, recibiendo este nombre porque viven á expensas de otros animales ó de algunos árboles, de cuyos jugos se mantienen. Para verificar la succion tienen un chupador retractil en vez de boca, ó armada ésta de labios membranosos con dos mandíbulas. Viven las adónides, primero sobre las hojas y renuevos tiernos, teniendo entónces un color rojo claro, que se convierte luego en ceniciento; pasan des-

pues á las ramas jóvenes y entónces cambian de nuevo el color en rojo oscuro. Su número es tan excesivo, que hasta suele humedecerse el suelo de la gran cantidad de sávia, que extraída del árbol por ellos, se les escapa del cuerpo, que no puede contenerla en tanta abundancia.

—Pues sepa su mercé que no me hacen ni pizca de gracia los tales animalitos.

—Son muy malos efectivamente; pero hay mil medios para evitar que se propaguen.

—¡Calle, y hay hormigas tambien!—dijo Enriqueta que observaba con profunda atencion los olivos.

—Debe haberlas, pero directamente no hacen daño al árbol; cuando no hay piojos tampoco se ven hormigas. Éstas viven únicamente á costa de aquellos y no atacan nunca al olivo, contentándose con beber la sávia que les sobra á las cochinillas. Hay además otros tres animalillos que atacan á este árbol tan útil y de cuya destruccion debe cuidar siempre un buen labrador. La psylle ó algodón, llamada así por la capa blanca con que se cubre, la tinea oliviella ó gusano propiamente dicho, y la musca olece, llamada tan sólo mosca del olivo.

—¡Pobres árboles!—murmuró la joven,—¡cuántos enemigos y no veo nada que les favorezca!

—Lo cual no impedirá que á su sombra hagamos algo por la vida—dijo D. Ricardo que se habia adelantado hasta el primer grupo.

—Es verdad—añadió García;—bueno será reponer el estómago y prepararlo para la caminata.

Los cinco sacaron sus caballos de la senda, y un momento despues echaban pié á tierra á la sombra de un corpulento olivo.

El tio Corsana no se olvidó de las alforjas, y su contenido se echó bien pronto sobre la yerba.

—En atencion á lo agradables que son estas ex-

pediciones—dijo D. Ricardo sentándose en el suelo,—propongo que se repitan á menudo.

El pobre padre queria hacer cuanto fuera posible para distraer á Enriqueta.

—No me parece mal—contestó Matilde que comprendió en seguida la idea del médico.

—Apruebo—añadió García,—siempre y cuando que Matilde no nos lo impida.

Y lanzó una mirada cariñosa á su bella esposa que dos dias ántes le habia participado, loca de alegría, que llevaba en su seno fruto de bendición.

Matilde se ruborizó hasta lo blanco de los ojos; pero una ligera sonrisa se dibujó en sus entreabiertos labios.

Corsana en tanto disponia el almuerzo, compuesto todo de fiambres, y ya se preparaban á emprender con él, cuando un ruido alarmante, salido del fondo del olivar, les llamó la atención.

—¡Eh! ¿qué diablos es eso?—dijo García poniéndose de pié y prestando atención.

—Que no almuerce yo hoy—añadió Corsana,—si no tenemos un encuentro desagradable.

—¿Qué quieres decir?—preguntó D. Ricardo.

—Que no hay tiempo que perder—contestó el gañan;—los toros están ya cerca, y sólo en las ramas de los árboles nos podremos librar de sus cuernos.

Efectivamente parecia próximo algun peligro, porque los caballos, que habian quedado en libertad para que paciesen la fresca yerba, levantaron las cabezas, recogieron el viento con sus anchas narices, y relinchando con fuerza, como si quisiesen de este modo anunciar la presencia de un enemigo, se lanzaron al galope por la espesura.

—A los árboles—gritó al mismo tiempo García que acababa de distinguir la causa de la huida de los brutos.

Seis magníficos toros, con la cabeza baja y dando furiosos resoplidos, avanzaban á carrera tendida sobre ellos, y distaban ya apenas unas cien varas.

No habia tiempo que perder, pues áun cuando los toros que se crian para lidiar en los circos, estando en el ganado, no atacan al hombre, aquellos que parecian haberse escapado de la piara, se presentaban con intenciones nada pacíficas.

Las dos señoras fueron elevadas en hombros á la altura de las ramas del olivo á cuya sombra se habian colocado para el almuerzo tan bruscamente interrumpido, y un momento despues don Ricardo y García se encontraban junto á ellas, procurando colocarlas en la mejor posicion posible.

Los toros habian avanzado, considerablemente y el que iba á la cabeza se encontraba ya á diez pasos del árbol, cuando aún el tio Corsana no habia podido encaramarse en él.

Un grito de espanto se escapó de todos los labios, porque creian perdido al gañan, pero éste, dando la vuelta al tronco, encogió el cuerpo y quedó como incrustado en una profunda cavidad que aquel formaba en su base y por la que seguramente no podian entrar las reses.

Éstas, al encontrarse solas como por encanto, se detuvieron y comenzaron á escarbar la tierra con furia: el almuerzo iba á desaparecer entre sus pezuñas, y los refugiados en el árbol veian con dolor que sus estómagos tendrian que seguir vacíos hasta que volvieran al cortijo. La situacion por lo tanto no tenia nada de agradable, pero ninguno se acobardó y, por el contrario, los ecos del olivar reprodujeron las alegres carcajadas que excitaban las bromas del buen García ó los esfuerzos del pobre gañan para mejorar de posicion.

Los toros no parecían tener grandes deseos de moverse de aquel sitio, donde habían encontrado abundantes pastos, y uno de ellos acabó por acostarse precisamente delante del agujero en donde se refugiara Corsana.

—Esto es lo que se llama un sitio en regla—dijo el doctor.

—Sí, nos sitian por hambre—añadió García.

—Si pudiese salir de aquí—gritó Corsana que veía el asta del animal á dos pulgadas de su pecho.

—Lo que debes hacer es guardar silencio—observó D. Ricardo;—vas á llamarle la atención y el cuerno entra muy bien por la abertura.

El pobre Corsana, que apenas veía á los que estaban encima de él, oyó, sin embargo, perfectamente las últimas palabras del padre de Enriqueta y cerró los labios, prometiéndose no desplegarlos mientras no saliese de tan crítica situación.

—Ahí tiene usted unos animales—seguía diciendo D. Ricardo,—que pudieran prestar servicios inmensos á la agricultura, y que hoy únicamente pueden producir desgracias.

—Verdad, amigo mío, pero aún somos el pueblo de pan y toros.

—No tanto; á Dios gracias vamos poco á poco saliendo del estado de postración en que nos encontrábamos á principios del siglo, y, no lo dude usted, ántes de mucho, los émulos de Pepe-Hillo y Costillares han de perder por completo su popularidad.

—¡Y decir que esos seis soberbios animales han de ser sacrificados en lo más florido de su edad, cuando mayores servicios podían prestar al hombre!

—Es muy sensible y espero que la casta que he comprado desaparecerá en seguida.

—¡Oh! desde luego.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando un nuevo incidente les distrajo, haciéndoles fijarse otra vez en las reses: indudablemente parecian destinados aquel dia á presenciar extraños sucesos y á recibir fuertes y continuadas impresiones.

---

## CAPÍTULO III.

Fin de la aventura.—Los postres de Corsana.

Efectivamente, por el mismo camino que ellos habian seguido para llegar hasta allí, avanzaban rápidamente dos nuevos animales de especie completamente distinta y ménos temibles para el hombre: eran dos magníficos ejemplares de la raza de perros conocidos vulgarmente por de presa, de poderosa alzada, gran corpulencia y afilados dientes que asomaban por entre sus abiertas fauces.

Los perros, *canis* de Linneo, pertenecen á la gran familia de los carnívoros y á su tribu de digitígrados, ó sea animales que se distinguen por apoyar solamente la punta de los dedos cuando andan, y por ser más carnívoros que los del género de plantígrados: de la misma familia que el perro, son el león, la hiena, el leopardo, el tigre, la puma, el lince y ¡cosa extraña! hasta el gato que es seguramente el enemigo más irreconciliable del perro.

Los que veian llegar los sitiados, pertenecian seguramente al ganado de donde se habian escapado los toros y venian sin duda en su busca. Es prodigioso el instinto de estos animales que conocen perfectamente cuando un buey ó un toro se escapa de la piara y corren á él para hacerle reunir con los demás, acosándole por todos lados ó agarrándose á sus orejas que concluyen á veces por destrozar completamente.

García daba estas explicaciones á sus amigos en tanto que llegaban los perros: cuando éstos se encontraron al pié del árbol, cinco de los seis toros huyeron por el mismo camino por donde

habían aparecido, y el último, el que estaba tendido á los piés de Corsana, no tuvo tiempo sin duda para huir, porque los toros temen casi siempre á los perros encargados de custodiarlos, ó más valiente que sus compañeros, se dispuso á hacer frente á sus dos terribles guardianes.

La lucha prometía ser fecunda en emociones, y los refugiados en el olivo se felicitaban ya de aquella aventura que les proporcionaba el espectáculo de un combate, en el que seguramente había de correr la sangre. Por su parte, García se apresuró á aconsejar á Corsana que hiciese uso de su puñal, si por casualidad el toro se ponía alguna vez al alcance de su brazo; de este modo podía lucir su habilidad dándole un golpe en el testuz, como los descabellan en la lidia.

La fiera se había puesto de pié cuando vió cerca de sí á sus terribles adversarios y con la cabeza baja esperaba el ataque de alguno de ellos, bien dispuesto á ensartarlo con las astas.

Pero los perros no eran tan inocentes como el toro se figuraba, y comprendían demasiado bien, para desgracia de su adversario, que la fuerza de éste estriba principalmente en la cabeza, siendo los cuernos sus más terribles argumentos. Como consecuencia de esto, los canes decidieron no atacarle por aquella parte, y colocándose uno á cada lado de la res, se recogieron sobre sí mismos, y á un tiempo, como movidos por igual resorte, saltaron sobre las orejas del cornúpeto.

Esta primera tentativa sólo sirvió para que la fiera conociese por dónde tenía que temer á sus enemigos: ninguno de éstos consiguió hacer presa en los cartílagos de las orejas, y el toro pudo fácilmente librarse de aquel par de pendientes que querían colgársele. Dió una vuelta rápidamente sobre sí mismo, y los perros quedaron nuevamente á algunos pasos de distancia.

No eran, sin embargo, los terribles guardianes del ganado animales que desmayasen en seguida, ni tampoco aquella la primera vez que daban pruebas de su habilidad para colgarse de un toro; así es que volvieron con más bríos al ataque, y bien pronto la roja sangre del cornúpeto tiñó los labios de sus encarnizados enemigos, sin que éstos hubiesen recibido más que algunos porrazos contra el suelo, que servían únicamente para animarlos más y más al combate.

La cosa iba ya poniéndose seria para el desgraciado prófugo, y sólo un gran recurso de habilidad y fuerza podía salvarlo, porque con dos ó tres saltos más, los perros acabarían por colgarse de sus orejas, y entónces ya no las conseguiría ver libres de tan incómodos zarcillos por más esfuerzos que hiciese, como no fuera dejándolas arrancar; era preciso por lo tanto recurrir al último extremo, y éste era peligroso también.

Como si se dejase vencer por el cansancio de la lucha, inclinó la cabeza hácia el suelo, precisamente delante del agujero donde estaba refugiado Corsana, y tan cerca que podía tocarle con las manos sin extender mucho el brazo: los perros, engañados por aquella apariencia de debilidad y confiando ya en la seguridad de su victoria, se lanzaron de nuevo sobre la fiera.

Uno de ellos, ménos ágil ó más confiado, presentó inadvertidamente su pecho al asta del toro, y ántes que hubiese tenido tiempo de replegarse para saltar sobre la oreja que le correspondía, fué recogido por la fiera y lanzado por el aire á una altura increíble, en tanto que su compañero hacia presa en el costado derecho con sus agudos colmillos.

El pobre perro cayó pesadamente al suelo, y no volvió á levantarse mas.

La victoria se inclinaba entónces del lado del

toro, porque ya le era muy fácil deshacerse del colgante que llevaba en la oreja derecha; pero no había contado con la huéspedada, como vulgarmente se dice, y la huéspedada allí fué Corsana que aún tenía el testuz del toro á distancia bastante para poderle concluir de un solo golpe.

Viendo la situacion mal parada para el perro, al que seguramente esperaba igual suerte que á su compañero, sacó Corsana el brazo armado de una daga corta y afilada, y apuntando perfectamente al centro del testuz, dió un golpe con toda su fuerza, y la res cayó sin vida al pié del olivo.

Largos aplausos resonaron en lo alto del árbol, y nuestros amigos pudieron por fin abandonar la incómoda posicion que habian ocupado hasta entónces.

Corsana salió tambien de su escondite y todos fueron á examinar al valiente perro que habia sucumbido en la lucha.

—Está reventando—dijo García dándole una vuelta con el pié.

—¡Pobrecillo!—añadió Corsana,—como ha ido tan alto, se ha muerto del hambre que ha pasado por el camino.

Nuevas carcajadas resonaron al oír la oracion fúnebre del gañan, sin embargo de que todos sentían la muerte del pobre animal, y como al hablar de hambre, recordaron que ellos tambien la tenían, se dispusieron á continuar el almuerzo tan bruscamente interrumpido.

Recogieron lo que los toros habian diseminado por tierra, y se sentaron de nuevo alrededor de las viandas.

Las conversaciones cesaron entónces para dar lugar á que trabajasen los dientes, y sólo alguna que otra palabra suelta se cruzaba entre ellos: por fin se calmó algun tanto el apetito, y la aventura del toro y los perros les ocupó largo rato, en

tanto que Corsana salia en busca de los caballos.

—Esos perros de ganado prestan grandes servicios á los labradores—dijo D. Ricardo.

—Verdaderamente no hay quien los reemplace para guardar los rebaños y áun las casas y plantíos.

—¡Ah! pero yo les tengo un miedo horrible—añadió Enriqueta.

—¿Y por qué, hija mia?—replicó su padre;—nunca ó muy rara vez atacan al hombre, y sólo se defienden de él cuando se les hace algun daño.

—Ahí tiene usted ese que ha quedado vencedor—dijo García,—comprende que nosotros le hemos salvado de una muerte segura y nos lo agradece colmándonos de cariñosas demostraciones de afecto.

—Verdad—observó Matilde,—¡pero es tan feo!

—¡Oh! eso no es una falta seguramente.

En aquel momento, Corsana, que como hemos dicho habia marchado en busca de los caballos, apareció de nuevo junto á los expedicionarios con su gran sombrero calañés en la mano.

—¿Qué ocurre, Corsana?—preguntó D. Ricardo—¿acaso no das con nuestras cabalgaduras?

—No las he buscado todavía—contestó el gañan—porque he querido traerles los postres á las señoritas.

Y extendiendo una servilleta en el suelo, vació sobre ella el contenido del sombrero.

—¡Fresas! ¡fresas!—dijeron á un mismo tiempo Matilde y Enriqueta batiendo palmas alegremente.

—¡Calla! y es verdad—añadió García.

Efectivamente, lo que Corsana acababa de depositar sobre la servilleta, y á lo que apellidaba los postres de las señoritas, eran hermosas fresas silvestres, más comunmente conocidas bajo el nombre de fresones, por ser más gruesas y ordinarias que la fresa cultivada.

--Precioso hallazgo, amigo Corsana--dijo don Ricardo empezando á comer de ellas.

--Pues sepa su mercé que hay muchas, muchísimas, allá abajo, á la salida del olivar, cerquita del arroyo, en una coladita donde hay cañas y otras frutas como los granos de la uva.

--¿De modo que tú no conocias esta fruta?

--Yo, no señor.

--Ea, pues come á ver si te gusta.

Todos empezaron á comerlas, y García entre tanto dió algunas explicaciones sobre esta fruta tan delicada y que tanto se aprecia en las buenas mesas.

Las fresas pertenecen á la gran familia de las plantas calicifloras, género de las rosáceas, cuya variedad se distingue por ser herbáceas ó leñosas sus hojas alternas y alguna vez compuestas de hojuelas pinnadas ó digitadas y con estipulas. Sus flores son muy variadas, y las corolas constan de cinco pétalos, presentando por fruta una drupa, una melónide ó bien varias cajas de una ó muchas semillas.

De la misma familia que la fresa son el peral, el membrillo, el manzano, el guindo, el acerolo, el almendro y otros muchos, tan útiles al hombre como los citados, sin contar la rosa que en sus infinitas variedades á tantos usos es destinada despues de haber hermoseedo nuestros jardines.

Áun cuando muchos de estos vegetales reportan utilidades al agrigultor, no se olvide que los hay tambien mortíferos, en atencion á contener activos principios venenosos. El mismo almendro, tan apreciado y del que tantos usos y aplicaciones se hacen en la industria y en las artes, encierra en su fruto y en sus hojas el principio venenoso más activo que se conoce y que lleva el nombre de ácido hidrocyanico.

Sin embargo de esto, la fresa es completamente inofensiva y puede comerse sin temor ninguno. Para un labrador en pequeño, su cultivo es uno de los más productivos, por el elevado precio que alcanzan en los mercados, muy especialmente cuando son tempranas, y García se proponía con aquella pequeña industria, como él la llamaba, hacer más de un regalo á su mujer.

Generalmente la fresa nace en los montes y en los prados, aún en los secanos, en las orillas de los arroyos, escurrideros de montañas, en localidades donde son frecuentes los chubascos de verano, en las huertas, y finalmente en los jardines.

Silvestre, como suele encontrársela en Leon, Asturias y otros puntos, recibe el nombre de fresa, por ser ménos delicado el fruto y de mayor tamaño, y cuando es pequeño, más azucarado y de un color ménos subido, se llama fresa; los primeros, sin embargo, tienen mejor aroma que éstas últimas, especialmente los citados ántes de las provincias del Norte.

Cuidan allí de que el ganado no éntre en los prados hasta que sus habitantes han recogido la fresa, y de este modo, cuando luego, comiéndose la parte exterior de la planta, verifica el ganado, aunque muy imperfectamente, una especie de poda rústica, las raíces se extienden mejor entre el césped y resulta que brotan más vigorosos y mejores frutos en la primavera siguiente.

Esto enseña á los cultivadores de la fresa, que no deben descuidar el arrancarle todos los años los tallos inútiles; debe cuidarse mucho para que sus productos sean mayores y de la mejor calidad posible.

—Y por último—terminó diciendo García,—la pequeña industria de la venta de fresas, produce seguramente mucho más del doble de lo que cuesta su cultivo, reducido á escardar la tierra

una vez, cosa que puede hacer un chiquillo, ó regarla, si se tiene agua á mano, de vez en cuando, y á podarla luego que ha concluido de producir frutos.

Al terminar el médico estas palabras, desaparecia de sobre la servilleta la última de las fresas que habia llevado Corsana, y éste salió nuevamente en busca de los caballos, porque deseaban todos continuar el paseo que tanto les divertia.

## CAPÍTULO IV.

El bosque en miniatura.—Orillas del arroyo.—Una pesca ingeniosa.

Corsana apareció por fin con las cinco cabalgaduras; las había encontrado á media legua, repuestas ya del susto que les causaron los toros y paciéndose tranquilamente.

Montaron de nuevo, y guiados por el gañan, que volvió á colocar las alforjas en su sitio, aunque vacías ya, siguieron al través del olivar para salir al arroyo que las señoras habían manifestado deseos de visitar.

El calor empezaba á dejarse sentir, pero resguardados en parte por las copas de los olivos, marchaban descuidadamente al paso natural de los caballos. Del mismo modo que al principio de la mañana, Enriqueta y García formaban la vanguardia, acompañados ahora constantemente de Corsana, siguiéndoles á algunos pasos Matilde y Ricardo.

Bien pronto abandonaron el olivar para salir al valle donde hoy se levanta la granja de García, límite por aquel lado de la posesion de D. Ricardo, y que al ser visto produjo repetidas exclamaciones de asombro por parte de los expedicionarios, si se exceptúa Corsana, que ya lo había recorrido muchas veces. Tan ameno y encantador era aquel pedazo de terreno, que García aseguraba no haber visto otro igual, y D. Ricardo creía que sólo por poseer aquel pedazo de paraíso, podía haberse comprado la cortijada.

Verdaderamente el valle era digno de la admi-

racion de nuestros amigos. Figuraos una extension de terreno de unos cuatro kilómetros cuadrados, atravesado de Norte á Sur por un cristalino arroyo, que podria muy bien pasar plaza de riachuelo, cubiertas sus orillas de frescos álamos y copudos olmos, rodeado todo por el olivar y el coto de chaparros y acebuches de que os he hablado al principio, cubierta de altas yerbas por todas partes con flores de mil matices distintos, y tendreis una idea muy pálida del magnífico panorama que acababa de presentarse á la vista de los cinco jinetes.

—¡Oh! qué hermoso es esto—dijo Matilde castigando á su caballo para ponerse al nivel de su amiga.

—Es un pequeño paraíso—añadió D. Ricardo imitando el movimiento de su pareja.

—Y ¡cuánto partido pudiera sacarse de esto!—observó García, á quien más interesaba la parte útil de las cosas que la agradable.

—Esto está muy descuidado—dijo á su vez Corsana,—pero como fuera mio, yo le aseguro á su mercé, que no habia de quedar un palmo de tierra sin que me diese algo.

—Pues por mi parte—repuso García,—aprovecharia hasta el agua del arroyo, no sólo para regar, sino para mover las ruedas de algun molino, cosa que creo fácil á juzgar por la inclinacion que tiene el terreno.

—Y se podria cultivar un jardin precioso—dijo Matilde, que no se cansaba de admirar el valle.

—Sin contar con que el aire es muy sano y se podria vivir aquí muy bien—añadió García.

—¿Le gusta á usted mucho?—preguntó Enriqueta, que habia guardado silencio hasta entonces.

—¡Oh! muchísimo—contestó su amiga.

—En ese caso—dijo D. Ricardo,—tomarán uste-

des posesion de todo el valle, que desde este momento les doy en propiedad.

Matilde no pudo contener un grito de alegría al escuchar aquellas palabras, pero su esposo se opuso al obsequio de su compañero, que no queria admitir de ningun modo. Largo tiempo siguieron disputando ambos colegas sobre el asunto, y ya parecia estar convencido García, cuando Enriqueta detuvo de pronto su cabalgadura y dijo, señalando al suelo:

—¡Ah! miren ustedes, una fábrica de sombrillas y paraguas.

Todos dirigieron la vista hácia el sitio que indicaba la jóven, y observaron efectivamente multitud de plantas que parecian tener la forma de los objetos que habia citado aquella.

—Son hongos—dijo García reconociéndolos en seguida,—y venenosos por añadidura.

—Pero son muy bonitos—replicó Enriqueta.

—Ciertamente que sí: parecen, como usted ha dicho muy bien, paraguas abiertos para preservar á la tierra de los rayos del sol; no hay, sin embargo, que fiarse de ellos.

Verdaderamente era curioso aquel pedazo de terreno donde crecian los hongos: se veian muchos de éstos, algunos hasta de un pié de altura, y asemejaban un inmenso bosque de pinos de recortada copa, á cuya sombra corrian los lagartos y sabandijas, asustados por la presencia de los expedicionarios.

García no podia callarse ante aquellas plantas que tanto habia llamado la atencion de Enriqueta, y dió algunas explicaciones sobre su forma y propiedades.

Son generalmente plantas de consistencia muscilaginosa ó carnosa, que no llegan nunca á tomar el color verde de las demás plantas, y tienen formas en extremo variadas. Unas veces se ofrecen

á la vista como filamentos, ya sencillos, ya divididos: otras parecen tubérculos pequeños y visibles apenas; muchos se asemejan á los ramos del coral, y, como los que tenian á la vista, imitan parasoles cóncavos ó convexos y cubiertos por abajo con láminas radiantes, sobre cuya superficie suelen notarse tubos, poros ó pequeñas estrías. La parte del vegetal que imita la tela del parasol, recibe el nombre de *sombrerillo*, y la que hace las veces de varilla, sosteniendo á aquel, es conocida por el *stipe*.

Los hongos viven sobre la tierra; abundan en los sitios en que hay sustancias animales ó vegetales en descomposicion; se desarrollan grandemente en los terrenos húmedos; vegetan sin dificultad en el agua, y muchos crecen á expensas de otras plantas, sobre las cuales se suelen encontrar, como sucede al *tizon* y al *cenizo* ú *oidium tuckeri*.

Hay en esta familia una especie que el hombre aprecia mucho, cuyas dos clases principales son la *criadilla de tierra* y la *seta de cardo*, manjares tan buscados y que estiman los buenos gastrónomos. Cultivando ambos géneros, lo cual no ofrece dificultad ninguna, puede el labrador obtener de ellos pingües ganancias, porque se suelen pagar á muy altos precios, especialmente en aquellas localidades en que no abundan.

Su cultivo es bien sencillo, reduciéndose, sobre poco más ó ménos, á los mismos cuidados y trabajos que exige el cardo y la alcachofa, así es que García incluía ambas especies entre sus pequeñas industrias, con las cuales es bien fácil, sin grandes dispendios, ir poco á poco aumentando los rendimientos de un predio de corta extension, en el cual no pueda el labrador dedicarse á las grandes faenas que exigen terrenos mayores si han de producir siquiera lo que consumen en el cultivo.

Hizo notar, sin embargo, la circunstancia de que es muy fácil confundir el hongo venenoso con el comestible, en atención á que no se pueden marcar caracteres generales para conocer al segundo. No debe olvidarse además, que en muchos desaparecen sus propiedades venenosas por medio de la coccion, por la accion de la sal y por su infusion en el vinagre, para que en caso de un envenenamiento no se eche mano de esos remedios que perjudicarian más á la persona que hiciese uso de ellos.

Hablando de este modo habian llegado á orillas del arroyo, que aunque llevaba este nombre, era un riachuelo de más de seis metros de anchura y de cerca de uno de profundidad en muchos sitios, y decidieron descansar allí unos momentos á la sombra de los álamos, porque los rayos del sol calentaban bastante.

Sentáronse en el suelo en tanto que los caballos buscaban la yerba, no sin que Corsana les hubiese ántes dado de beber en el arroyo, y la conversacion, como era natural, se fijó sobre el agua, que en aquel sitio corria suavemente dejando ver el fondo de arena y pequeñas piedras, y los peces que jugueteaban levantando algunas veces ligeros copos de espuma.

— Verdaderamente, como usted dijo ántes— observó D. Ricardo dirigiéndose á García,— nada más fácil que establecer aquí una presa y utilizar las aguas para moler el trigo.

— Y áun para una fábrica de papel ó de paños: esta agua lleva bastante corriente para ello.

— Y diga usted, amigo amigo— preguntó Enriqueta que no desperdiciaba ocasion de instruirse sobre lo que no conocia,— ¿estas aguas bajan de las montañas que se distinguen allí á lo léjos?

— Ciertamente que sí.

—Habrá para ello un depósito dentro de la tierra.

—Así es la verdad. Formados los mares cuando Dios terminó el planeta que habitamos, la influencia del calor del sol hizo que se desprendieran numerosos vapores de las aguas del mar y de los lagos; estos vapores condensados por el frío en las más elevadas regiones de la atmósfera é impelidos por el viento hacia los continentes é islas, cayeron deshechos en agua, filtrándose en la tierra á grandes profundidades ó hasta donde encontraron asientos de rocas calcáreas y sólidas ó capas impermeables, desde cuyo punto, y no pudiendo ser allí contenidas todas, se abrieron paso hácia el fondo de los valles, dando con ello lugar, al brotar sobre la superficie de la tierra, á la formacion de los rios y arroyos.

—Es muy curioso el estudio de la naturaleza—dijo Matilde que escuchaba siempre con gusto las explicaciones de su esposo.

—¡Ah! no puede escribirse libro ninguno, ni el hombre inventará ciencia más digna de estudio y admiracion, que esas páginas de oro donde escribió el mismo Dios con signos imborrables la majestuosa obra de la naturaleza en sus tres reinos admirables, vivos ejemplos de su inmenso poder y alabanzas continuas de su gloriosa obra.

García se entusiasmaba verdaderamente hablando de lo que habia constituido uno de los estudios á que con más ahinco se dedicara; y á este tenor hubiera seguido largo rato, á no haberle interrumpido Corsana, que ménos inteligente y peor conocedor de tantas maravillas, propuso, sin dejarle continuar, una partida de pesca.

Por mucho que á Matilde y Enriqueta les agradaran las explicaciones de García, la idea de Corsana las hizo abandonar al profesor, poniéndose en seguida de pié para emprender la faena.

—No, señoritas, no hay prisa—dijo Corsana,—y además, ustedes no pueden hacer lo que yo quiero.

—Pero, ¿cómo diablos te vas á componer para pescar—preguntó D. Ricardo,—sino tenemos siquiera unos malos anzuelos?...

—¡Bah!—contestó Corsana encogiéndose de hombros,—los anzuelos me estorban á mí para pescar.

—Ya deseo verlo.

—Pues poco ha de vivir el que no lo vea.

Y diciendo esto, el gañan se quitó los botines y los zapatos, y recogió su calzon sobre las rodillas, quedando descalzo de pié y pierna; despues se dirigió hácia el riachuelo, y entrando en el agua empezó á buscar por ambas orillas, andando con sumo cuidado con objeto, sin duda, de no espantar á las truchas y anguilas que jugueteaban en el fondo de las aguas.

Todas las miradas se fijaron desde aquel momento en Corsana, porque tenian gran curiosidad de saber cómo se iba á arreglar para apoderarse de algunos peces sin anzuelos ni redes; le vieron, como os he dicho, seguir hácia arriba el curso del riachuelo, y de pronto se detuvo como si hubiera encontrado un sitio á propósito para sus ulteriores operaciones.

Era una pequeña ensenada ó remanso, en cuya orilla, baja y arenosa, era fácil abrir un canal por donde se precipitaran las aguas. Esto fué lo que hizo Corsana, y arrodillándose en el suelo, empezó á quitar la arena, formando en un momento un hoyo profundo y de más de un metro de diametro en su boca, separado de la orilla del remanso por un ligero tabique de arena.

Concluido aquel trabajo, volvió á entrar en el agua y socavó la arena por la parte interior del remanso, hasta que consiguió formar un canal de

bastante anchura, y cuyo fondo se encontraba á la mitad próximamente de la altura del eje del hoyo abierto anteriormente: rompiendo entónces el tabique divisorio á manera de esclusa colocado entre el canal y el pozo, era fácil por la ligera inclinacion que habia dado al terreno, llenar el último de agua.

Corsana volvió entónces adonde se encontraban los caballos, y sacó de las alforjas unos pedazos de pan que desmigajó en pequeñas partículas: con ellas en la mano se dirigió de nuevo al pozo, echándolas en el fondo de éste y abriendo por fin la esclusa, por la cual las aguas se precipitaron en seguida, llenándolo hasta que tomaron el nivel de las del rio.

Los primeros trabajos estaban ya terminados, pero faltaba aún lo principal: si los peces no entraban por donde lo habian hecho las aguas, nada conseguiria el pescador; todos creian que los habitantes del rio no se dejarian engañar tan fácilmente.

Pero Corsana, más listo que ellos, siguió por la orilla del rio á veinte varas más arriba del sitio donde construyó su obra, ordenando ántes á los que se encontraban más abajo de aquel lugar, que batieran el agua con ramas de árboles, y á su vez, entrando en el rio, empezó á hacer lo mismo, marchando pausadamente en direccion del pozo.

Un momento despues abandonó de nuevo el rio, corrió hácia la presa, y con puñados de arena y gruesas piedras, cerró otra vez la boca del canal, llamando en seguida á sus amos para que vieran el resultado de su estratajema.

No se hicieron repetir el llamamiento nuestros amigos, que acudieron presurosos al sitio de la hoya, y pudieron apreciar la habilidad de Corsana, que les mostraba, lleno de orgullosa satisfac

cion, cinco peces que se agitaban desesperadamente en el agua del pozo.

—Barbos, anguilas, truchas—gritó Matilde al verlos.

—¡Oh! ¡qué hermosos son!—exclamó Enriqueta introduciendo sus lindas manos en el agua para apoderarse de alguno.

—Orden de los *malacopterigios abdominales* y de los *malacopterigios apodos*. Al primero pertenece ese pez pequeño, que tiene la boca continuamente abierta, que carece de dientes y no tiene aleta dorsal adiposa, que llamamos vulgarmente barbo, y esos otros dos que tienen aleta dorsal adiposa, ó sea llena de grasa, cuya carne es tan delicada y que conocemos con el nombre de truchas.

—Rica cena para esta noche—observó Corsana, á quien no interesaban seguramente las explicaciones científicas de García.

—En cuanto á los otros dos peces—continuó el médico,—pertenecen al segundo orden de los que he nombrado y á la familia de los *anguiliformes*. No puede esta especie confundirse con ninguna otra, por la forma prolongada de su cuerpo, cuyas escamas, bastante pequeñas, están envueltas por una piel gruesa, blanda y barnizada de moco algo abundante, lo que hace que se le escape á Enriqueta de entre las manos cada vez que trata de cogerlo. El congrio pertenece tambien á esta familia, en la cual el individuo más notable, sin duda ninguna, es el conocido por Linneo con el nombre de *Gymnotus eléctricus*, que habita en los mares de la América meridional, donde se le conoce generalmente bajo la denominacion de *anguila de Surinan*. Es temible por las fuertes descargas eléctricas que produce, las cuales en más de una ocasion han causado la muerte al hombre y áun al caballo.

—Curiosa familia—dijo D. Ricardo.

—Pero es más curioso el método de pesca de Corsana—añadió Matilde.

—Sí, pero el pobre se ha mojado todos los calzones—observó Enriqueta.

—¡Qué quiere usted, señorita!—concluyó Corsana procurando apoderarse de los peces—como dice un refran, no se pescan truchas...

## CAPÍTULO V.

Entre los cercados.—Altramuces.—Otra vez en la orilla del arroyo.—Vuelta al cortijo.

Terminada la pesca, y en vista de que el día avanzaba ya considerablemente, determinaron continuar la caminata, montando nuevamente á caballo, no sin que Corsana hubiese ántes encerrado sus peces en las alforjas.

Durante algun tiempo siguieron el curso del río, á la sombra unas veces de los grandes álamos que cubrían las orillas, y al descubierto las más, sufriendo los rayos de un sol abrasador y con una temperatura de fuego, que no bastaban á modificar la fresca brisa del Norte y los vapores del riachuelo; pero habiendo salido del valle y llegados frente á un cercado de pitas, por entre el cual se abría un ancho camino desde donde podían examinar á su gusto los campos de trigo que á derecha é izquierda se extendían, encaminaron á él sus monturas, abandonando el arroyo, que seguía por entre un hermoso pinar, perteneciente también al cortijo.

—¡Qué hermosas cuerdas se sacarán de aquí este año!—dijo Corsana cuando llegaron á la altura de las piteras.

—¡Cómo!—preguntó Matilde admirada—¿se pueden hacer cuerdas de esas hojas tan grandes y gruesas.

—Sí, amiga mía—contestó D. Ricardo;—en algunos puntos de Andalucía se aprovechan las piteras, no sólo como buenos cerramientos para

los campos, sino para la fabricacion de cordelaje y hasta de tejidos.

—¡Pero, Dios mio, si parece imposible!—exclamó Enriqueta.

—Ahí verá usted, señorita—replicó el gañan,— como Dios no ha hecho nada en este mundo que no sirva para algo.

—Ciertamente que sí—añadió García;—la Providencia es muy sábia, y á falta de cáñamo le ha dado al hombre la pita.

—¿Pero cómo construyen ustedes esas cuerdas?—insistió Matilde.

—Muy fácilmente—continuó diciendo Corsana, orgulloso porque le tocaba á él dar explicaciones que acaso ninguno hubiera sabido dar con la misma minuciosidad, puesto que se dedicaba á aquel ramo de industria en sus ratos perdidos:—mire usted, se coge una de esas hojas, y con una navaja se le quita la corteza verde y las púas, dejándola blanca y hermosa, que parece un cuerno de toro pintado con cal; despues se pasa la hoja por unos maderos que tienen hierros acabados en punta, y allí se le quita todo el jugo que tiene dentro, y se quedan unos hilos largos y delgados, que se ponen á secar al sol.

—Tendrán muy poca consistencia.

—Al contrario, señorita; pueden contener á un caballo desbocado.

—¿Y despues?—preguntó Enriqueta á quien interesaban vivamente aquellos pormenores.

—Toma, despues se hace lo mismo que con el cáñamo, y se quedan los hilos como si fueran de algodón.

—De modo—concluyó D. Ricardo,—que las piteras son muy útiles.

—¡Ah! sí, utilísimas—se apresuró á contestar García;—á más de ser muy buena planta para cercados, sus tallos rectos y largos sirven como

de vigas para la construcción de nuestras chozas y gañanías, y en cuanto á las hojas ya ha visto usted la utilidad que pueden sacarse de ellas.

—El sistema de los cerramientos es muy bueno.

—Nada mejor para los campos que dividirlos en pequeñas porciones por medio de los cercados, y como, á más de ser muy fácil el conseguirlo, se sacan grandes productos de esos mismos cerramientos, yo aconsejaría á los labradores, que en vez de cultivar sus campos en vastas extensiones, lo dividieran en pequeñas hazas, con lo que conseguirían no pocos beneficios.

Y García, entusiasmado como siempre que hablaba de agricultura, continuó largo rato ocupándose de los cercados, sin que esta conversacion pareciese cansar á ninguno de sus compañeros, pues todos le escuchaban con religiosa atencion.

Segun el médico, se conocen cuatro<sup>o</sup> clases de cercados, que reciben nombres segun sus clases y condiciones: fabril, agreste, militar y natural.

El primero consiste en paredes y varía su facilidad de construcción segun los países en que son necesarios, y con arreglo á los mayores ó menores medios que se encuentran á mano para ello. En los campos Tusculanos se hacian de piedras, de ladrillos cocidos en Francia, de ladrillos crudos entre los sabinos, y en España é Italia de piedras y tierra. Estos, por regla general, son de difícil construcción, así es, que no suele hacerse uso de ellos.

El segundo medio, llamado agreste, consiste en una empalizada hecha con cañas y tablas viejas, y como es fácil comprender, áun cuando impide la entrada de los ganados, no tiene grandes resultados prácticos, ni se encuentran tan á la mano cañas y tablas viejas para su construcción, por lo que tampoco se usa mucho.

Ménos difícil es el tercer método, denominado

militar, y que consiste en abrir un ancho foso de un metro de profundidad, colocando la tierra que se extrae en el borde interior á manera de muralla ó parapeto, pero tampoco este sistema reporta grandes ventajas, por lo que García aseguraba que el mejor y más útil es el último medio de los que él habia citado, que lleva el nombre de natural.

Verdaderamente es el cercado que exige más cuidados, pero sus resultados son más positivos tambien y mayores los rendimientos que produce.

Estas clases de cercas pueden formarse por semilla ó por plantacion, siendo mejor el primer medio, porque sabido es que las plantas que proceden de semilla conservan su raiz perpendicular y no extienden tanto las laterales, circunstancia que no deja de ser recomendable para este género de cercados, donde debe cuidarse lo más posible, que las plantas ó arbustos que lo formen ocupen poco terreno y no lo empobrezcan de una manera que sea fatal al campo que cierran.

El terreno debe prepararse ántes de sembrar, cavándolo bien y á bastante profundidad, extrayendo todas las piedras y guijarros, con objeto de que la plantacion crezca con la mayor igualdad; preparada de este modo la tierra, se siembra en los primeros dias de la primavera, colocando las semillas en dos ó tres líneas distantes ocho ó diez pulgadas entre sí, y sólo dos de grano á grano: cúbrese luego con un palmo de tierra y se riega con moderacion si el terreno no tuviese la humedad suficiente para hacer germinar las simientes.

En cuanto nace y crece el árbol ó la planta empleada para la formacion del seto, se sigue con ellas el sistema de cultivo empleado para cada especie, y en cada localidad, cuidando de entrelazar las ramas con objeto de no dejar claro nin-

guno y de que el cercado llene su verdadero objeto.

Apenas hay árbol ni arbusto que no sirva para emplearlo en la formación de un cercado, pero las plantas que más comunmente se utilizan para esto, según autores entendidos en la materia, y á los que García se refería para dar sus explicaciones, son los siguientes: el *espino blanco*, que tarda dos años en nacer, pudiéndosele plantar en todos los terrenos; el *azarollo*, que conviene para los climas templados; el *níspero natural*, que es espinoso y de fácil reproducción; la *pita*, el *cidro*, que es preferible á todos, si bien necesita de climas calientes; el *granado*, que tanto se usa en Italia y aún en algunos puntos de Andalucía; el *rosal silvestre*; la *zarza*, que tiene el defecto de extenderse demasiado; la *acacia*, que doblando sus ramas y entrelazándolas, sirve de adorno á la par que de defensa; la *encina*, que crece en todos terrenos; la *haya*, que vive mejor en los frios; el *membrillero*; el *moral* y la *morera*, que usan mucho los agricultores franceses, por ser sus hojas el alimento de los gusanos de seda; el *cina-momo*, muy apetecido para los jardines; el *sauco* y el *box*, que viven en toda clase de terrenos y se prestan muy bien al equilmo; el *mirto*, que adorna y hermosea; el *tamariz*, á propósito para los terrenos húmedos; el *romero*, que cierra los claros inferiores, y la *viña*, por último, que como otra defensa, puede muy bien ponerse en segunda línea.

Todas estas explicaciones fueron dadas por García mientras caminaban por entre los campos de trigo, pero habiendo salido de entre los cercados á un prado de considerable extensión, donde se conocían aún los rastros de cosechas anteriores, y en el que se veían algunos rebaños de cabras y ovejas, les llamó la atención una nueva

planta descubierta por Matilde, y de cuya descripción se encargó D. Ricardo.

Consistía en un tallo con hojas pequeñas, de un verde muy claro y flores blancas como la leche, pero pequeñas también como las hojas.

—Eso son altramuces, amigo mío,—empezó diciendo el padre de Enriqueta;—el *lupinus albus* de Linneo, tan apreciado por los romanos en tiempo del imperio, y que debiera formar á la cabeza de nuestras plantaciones en España, si quiera sea porque abonan bien las tierras.

—Pero su fruta se come,—observó Matilde.

—Claro—dijo Corsana,—los chochos, que así se llaman, no sirven para otra cosa.

—¡Eh! no digas vaciedades—replicó D. Ricardo;—para lo que ménos sirven los altramuces es para comerlos.

—Toma, pues yo los como...

—Sí, se pueden comer, porque poniéndolos en agua durante algun tiempo, suelen perder el saborcillo amargo que los hace tan desagradables al paladar. Andalucía, Valencia y el Piamonte hacen mucho consumo de ellos.

—He oido decir, sin embargo,—observó García,—que reducidos á harina sirven de alimentacion al hombre.

—No muy sabrosa por cierto—continuó el padre de Enriqueta,—y buena prueba de ello es que los romanos sólo usaban ese alimento para dárselo á sus esclavos. Por ahí puede usted sacar la consecuencia de las propiedades comestibles que puede tener la tal harina. Quien la come con gusto es el ganado, al que aprovecha mucho, bien dándoselo mojado en pequeñas partículas, ó bien en harina, siendo mucho mejor este último método.

Corsana habia echado pié á tierra mientras hablaba D. Ricardo, y recogió algunos altramuces

que presentó á Enriqueta y Matilde; estas los llevaron á la boca, pero los arrojaron en seguida, no sin que hicieran mil gestos de repugnancia.

—¿Ven ustedes lo que yo decia?—dijo D. Ricardo;—como no hayan estado en el agua no pueden comerse por su sabor amargo.

—Entónces no sirven para nada—exclamó Enriqueta que se limpiaba los labios con el pañuelo.

—Sí, hija mia, un buen labrador no debe olvidarse de sembrar altramuses, y más si tiene en sus campos terrenos acuáticos y tenaces, áun cuando los que más les convienen son los secos y ligeros, por más que no sean fértiles y sustanciosos.

—Pero, ¿para qué sirven?

—Para abonar las mismas tierras donde se han sembrado, enterrándolos con el arado cuando aún están en flor. Sus propiedades para aumentar la savia de la tierra son bien conocidas, y los romanos las apreciaban mucho. Es una lástima que en España, en donde con tanta facilidad pueden sembrarse, no se haga uso de ellos. Su cultivo cuesta muy poco trabajo; apenas recogido el trigo basta pasar una vez los arados por el rastrojo y sembrar la simiente al vuelo, para que ésta germine y produzca flores en seguida. Una vez nacida la flor blanca de esta planta, se pasa de nuevo el arado y se entierra con flor y todo, quedando el terreno preparado y con abono suficiente para dar la siguiente cosecha á su debido tiempo, mejor que si se le hubiese abonado con estiércol.

—En ese caso le vuelvo mi estimacion al altramuz—dijo juiciosamente Enriqueta;—me ha hecho pasar un rato malo ese gusto que tiene...

—¡Bah! La señorita no los ha comido despues que han estado en el agua,—contestó Corsana.

—Ya los comeré...

—No sirven para otra cosa—murmuró el gañan montando de nuevo á caballo.

—Ahí tiene usted á nuestro pueblo — dijo García á su compañero en voz baja;—imbécil siempre cuando se trata de sacarle de su rutina y de su embrutecimiento. Por más que usted se esfuerce no le hará comprender á Corsana que el altramuz sirve para abonar las tierras: nació sabiendo que es un alimento del hombre, y creyendo eso se irá al otro mundo el majadero.

—¡Cómo ha de ser!—murmuró D. Ricardo.

Y levantando la voz continuó:

—Vamos ya hácia casa.

Estas palabras produjeron mal efecto entre las señoras, que por su gusto hubieran prolongado el paseo muchas horas más; pero D. Ricardo sabia que las escasas fuerzas de su hija y de Matilde, débil la primera y en cinta la segunda, no podrian resistir mucho tiempo más á caballo; así es que una vez dada la orden dió tambien el ejemplo, dirigiendo su caballo hácia el cortijo que se distinguia ya como á una legua de aquel sitio.

Era preciso, sin embargo, atravesar ántes el riachuelo que, despues de haber cortado en toda su anchura el pinar, describia una inmensa curva por el centro de aquella pradera para ir á esconderse por detras del cortijo y volver á su primitiva direccion de Norte á Sur, y aquella circunstancia proporcionó á los paseantes un nuevo motivo de instruirse y otro entretenimiento agradable.

Cuando llegaron á la orilla del arroyo lo vieron materialmente cubierto de patos que se bañaban voluptuosamente en sus cristalinas aguas, y aquel espectáculo inesperado hizo prorrumpir en exclamaciones de asombro á Enriqueta y Matilde que nunca habian visto tantas aves de aquella especie reunidas.

—¡Ah! ¡cuánto hermoso animal!—dijo Enriqueta deteniendo su caballo para contemplar con más tranquilidad á los ánades.

—¿Son del cortijo?—preguntó García.

—Allí los criamos—contestó Corsana,—y se vienen aquí á tomar el baño.

—Me admira el verlos y más aún el contar tanto número de ellos.

—¡Cómo!

—Sí, porque generalmente nuestros labradores no se cuidan de criar estos animalitos, cuando tienen condiciones para ello, y esto me prueba que aquí se aprecian en lo que valen.

—La casera los lleva á vender al pueblo y saca muy buenos cuartos.

—En verdad que debe sacarlos, y sin que su cria y manutencion le cuesten gran cosa.

—¿Y de estos animales no tiene usted nada que decirnos?—preguntó Enriqueta dirigiéndose á García.

—¿Por qué no, amiga mia?—contestó aquel.

—Vamos, pues, soy toda oidos.

—Los patos—empezó diciendo el médico,—pertenecen al órden de las aves palmípedas, que son todas aquellas que tienen las extremidades á propósito para la natacion; sus dedos están unidos en todo ó en parte por una membrana; su plumaje, bastante tupido, está barnizado por un humor aceitoso que le hace impermeable, y protegido además por un plumon muy espeso en la base ó cerca de la piel. Algunas de estas aves apenas pueden volar, y otras lo hacen mejor que las aves terrestres, viviendo todas ellas en el mar ó en los ríos y lagos.

Entre las muchas aves que pertenecen á esta gran familia, hay algunas muy curiosas, entre ellas el pelicano, que tiene una gran bolsa membranosa adherida á las dos ramas de su mandíbula inferior, y en ella deposita, para reblandecerlos, los peces de que se alimenta. Como para criar á sus hijos oprime contra su pecho esta bolsa y de

ella salen los alimentos que les da, se llegó á creer en algun tiempo, que abrian su pecho para dar á la prole la sangre de sus venas.

—Esos animales tan curiosos no se ven por aquí, ¿verdad?—preguntó Enriqueta.

—Efectivamente—continuó García,—pero los hay en Europa, en el Danubio inferior y en África. El pato que ahora nos ocupa, pertenece á la familia de las palmípedas lamillirostras, fáciles de distinguir porque tienen el pico grueso y cubierto de una piel blanda, en cuyos bordes se observan unas laminillas córneas que hacen el oficio de dientes; la lengua es ancha y carnosa y las alas proporcionadas al cuerpo. Andan con suma dificultad, pero en cambio son muy buenos nadadores y viven comunmente en las aguas dulces. Se alimentan con todo lo que encuentran y nada es repulsivo para su estómago, que admite toda clase de materias por más extrañas que parezcan; con dificultad se encontrará un animal más voraz que el pato, y de aquí el que pueda criarse sin dispendio ninguno; por el contrario, hacen un gran beneficio á las huertas y plantaciones, donde acaban bien pronto con todos los insectos, larvas y yerbas que empobrecen y aniquilan las plantas.

—En ese caso su cria es muy útil.

—Y tanto, áun cuando es preciso tener además gallinas ó pavos para que coben los huevos, pues por regla general las hembras de los patos no quieren ocuparse de ello. El pato salvaje se contenta con una hembra y vive apareado con ella, como los palomos; pero domesticados, cada macho sirve para diez hembras, las cuales llegan á poner hasta sesenta huevos seguidos, huevos que son muy sabrosos y de mayor tamaño que los de las gallinas. Éstas ó las pavas se encargan de cobarlos para que nazcan los anadones ó patitos, y es de ver la inquietud de la madre postiza,

cuando nota que sus hijuelos, apenas nacidos, se dirigen á buscar el agua para bañarse.

—¿Y por qué no los crían sus madres?—preguntó Matilde.

—Porque no tienen paciencia para ello, y en cuanto un anadon rompe la cáscara del huevo donde está encerrado y sale al mundo, la madre se ocupa únicamente de él para conducirlo al agua, olvidando á los demás que por falta del calor maternal, no pueden escapar al fin de la estrecha cárcel donde han empezado á sentir la vida, y mueren ántes de ver la luz del sol.

—¡Qué lástima!

La conversacion tenia trazas de no concluir en mucho tiempo, segun lo dispuesto que se encontraba García á seguir explicando á las señoras cuanto éstas deseaban saber de aquellos curiosos animales; pero D. Ricardo, picando espuelas á su caballo, partió al trote largo, obligando de este modo á los demás á seguirle al mismo paso, interrumpiendo con ello las lecciones del médico.

Cinco minutos despues nuestros amigos echaban pié á tierra en el patio del cortijo, algo cansadas las señoras del paseo, pero contentos todos por lo agradable que habia sido aquel dia, y dispuestos á emprender otros paseos, siempre que el calor no apretase tanto.

Excusado me parece decirnos que en la comida se hicieron los honores á un gran trozo de carne del toro que tan hábilmente habia descabellado aquella mañana el intrépido Corsana, no sin dedicar un recuerdo de cariño al pobre perro sacrificado por las astas del cornúpeto.

## CAPÍTULO VI.

La partida de caza.—En demanda de las perdices.  
—Primera visita á la granja.—Un tesoro entre ruinas.

Algunos meses despues del suceso de que os he hablado en los anteriores capítulos, ocurrió el fallecimiento del bondadoso padre de Enriqueta, víctima de una afeccion al hígado, que ni su saber, ni la ciencia de su compañero García, ni los cariñosos cuidados de su hija y de Matilde, pudieron cortar, llevándole al sepulcro en pocas horas.

El dolor de Enriqueta fué inmenso, porque con su padre perdía el único apoyo que tenía en el mundo, y su hija, aquella niña desgraciada que tantas lágrimas le costaba, se iba á encontrar tambien sin amparo ninguno.

La pobre jóven lloró mucho, muchísimo; pero amaestrada ya en la escuela del dolor, se hizo superior á la pena que le ahogaba, y resolvió atender por sí misma á todo, sin dejar de hacer lo posible para que su hija llevase algun dia el apellido de su padre, del que entónces no podia hacer uso.

Mucho contribuyeron García y Matilde, especialmente esta última, á mitigar la honda pena de Enriqueta, y gracias á sus consejos, secó sus lágrimas, se entregó de nuevo á su vida ordinaria y se dedicó por completo á cuidar de su hija que era un ángel de hermosura y de bondad.

En cuanto á los intereses del difunto, García se encargó de ellos como administrador que era, y

un día que encontró á Enriqueta más tranquila, le dió cuenta detallada de todo cuanto en beneficio del cortijo se habia hecho. Hasta entón-ces el libro de caja acusaba solamente grandes salidas, por los numerosos gastos que fueron indispensables para mejorar aquella tierra tan abandonada, y la partida de ingresos figuraba todavía en blanco, ó poco ménos.

Sin embargo, todo se habia mejorado muchísimo; los campos se destinaron á distintas labores segun la naturaleza del terreno, la sembradura se presentaba muy bien, naciendo los trigos con mucha fuerza, y nuestros trabajadores se ocupaban continuamente en la construcción de un pequeño canal de riego, que derivando sus aguas del riachuelo, en la parte más al Norte del cortijo, sirviese para regar aquellas tierras, convirtiendo sitios que ántes sólo eran eriales en deliciosas vegas y productivas huertas.

D. Ricardo no se olvidó al morir de su promesa, y el valle tan admirado por nuestros amigos en su primer paseo por las tierras del cortijo, y que habia pasado á poder de García poco tiempo despues del ofrecimiento, le fué de nuevo cedido en su testamento, para que en ningun caso pudiera ponerse en duda su derecho.

Pocos años despues de la muerte de D. Ricardo fué cuando visité por primera vez á García, á quien no habia vuelto á ver desde que juntos estudiamos en Cádiz, y mi visita fué únicamente hija de la casualidad.

Amigo del marqués de X y de su hijo, fuí invitado por ellos en Sevilla, donde á la sazón se encontraban ambos de temporada, á pasar unos dias en aquel coto, del que ya os he hablado en más de una ocasion, lindante con el valle, propiedad de García, y con el cortijo de Enriqueta. Como la caza es una de mis diversiones favoritas,

acepté desde luego la invitacion, limpié mi escopeta, preparé las municiones y partí con mis amigos.

El coto abunda en caza de tal modo, que pueden matarse á palos los conejos; y los primeros dias recorrimos solamente el pedazo que se extiende delante de la casa de los guardas, que nosotros habíamos escogido por nuestro cuartel general, así es que no tuvimos ocasion de encontrarnos con nuestros vecinos, de los que ni una sola vez me hablaron el marqués y su hijo.

Ilegó un dia, sin embargo, en que nos cansamos de matar conejos por aquel lado; y cuando por la mañana salimos al campo con la escopeta al hombro y el morral á la espalda, en vez de seguir aquel camino, tan trillado ya, nos metimos en el chaparral con objeto de empezar la cacería en el lindero opuesto del coto.

Aquel lindero era precisamente el que ceñia por un lado el valle de García, sirviéndole de límite.

Una vez en aquel sitio, nos distribuimos el terreno, y á mí me tocó empezar el ojeo por el lado del riachuelo, debiendo remontar la corriente para reunirme con los demás cazadores en el centro del coto.

Silbé á mi perro y partí.

Una vez en el río, me preparaba á no dejar en paz un conejo, cuando una banda de perdices, saltando de entre las matas, con direccion al valle, me hizo olvidar á los pobres roedores destinados al sacrificio, despertando mis instintos de aficionado á la volatería.

Seguí, pues, tras de las perdices, y matando aquí una y otra más allá, me encontré de pronto en el ardor de la persecucion, y despues de haber atravesado sembrados, cercas y huertos, delante de la granja de mi amigo García, en la que, á de-

cir verdad, no habia reparado todavía, porque como buen émulo de Nemrod, sólo atendí durante la caza á las perdices de que queria hacerme dueño á toda costa, y de cuya vista quedé no poco sorprendido y admirado.

Por un momento olvidé que era cazador y que tenia la escopeta en la mano, y fijé mi alma entera en mis ojos para contemplar á dos preciosos niños que salian de la granja y se detuvieron asustados al verme.

Eran los niños de García, segun supe despues, los cuales, poco acostumbrados sin duda á visitas extrañas, volvieron corriendo á la casa á dar cuenta seguramente de su descubrimiento.

No tardó mucho en dejarse ver mi amigo, y apenas me conoció, se lanzó hácia mí con los brazos abiertos. Confieso que es uno de los abrazos que he dado en mi vida con más gusto, porque yo tambien habia reconocido en seguida á mi compañero de la infancia.

—Pero, chico—me dijo García despues de las primeras demostraciones de afecto, —¿tú por aquí? ¿de dónde vienes? ¿dónde vives? ¿qué es de tí?

—Ya lo ves... estoy cazando.

—Lo veo; pero ¿de dónde has salido para hacer la guerra á mis perdices?

—Estoy con mi amigo Federico y su padre el marqués de X en ese coto vecino.

—¿Diablo! ¿conoces á Federico?—me preguntó con cierto interes, en el que yo entónces no podia sospechar.

—Como á tí, desde la infancia.

—¿Y vives en su casa?

—Sí; pero ¿por qué me haces esas preguntas?

—Ya lo comprenderás algun dia; ahora ven, te presentaré á mi mujer y comerás con nosotros.

Y cogiéndose de mi brazo me llevó hácia la granja.

Matilde, avisada sin duda por sus dos ángeles, nos esperaba en el ancho zaguan: su esposo hizo mi presentacion en toda forma, y se cruzaron los saludos de costumbre.

Hablamos al principio, despues de tomar asiento en el despacho de García que formaba parte del piso bajo, de esas bagatelas que forman el fondo de toda conversacion entre personas de buen tono, y que son, sin embargo, tan agradables: el calor, el viento que refrescaba la atmósfera, mi habilidad para matar perdices, las bellísimas facciones de los dos niños, que dicho sea de paso, no se opusieron como tantos otros á que los besara repetidas veces, encantado de su hermosura angelical, la feracidad del valle y otros asuntos tan ligeros como estos, pero que tienen la propiedad de sostener animada una conversacion de algunas horas.

Matilde hizo que me sirvieran un vaso de refresco, que me supo á gloria, y con el pretexto de que tenia que ocuparse de las lecciones de sus hijos, nos dejó solos; habia comprendido que necesitaríamos hablar de esas cosas de que no quieren nunca ocuparse los hombres delante de las señoras, y por eso se marchó con sus niños.

García me contó sumariamente su historia desde que salimos del colegio; sus amores con Matilde, su casamiento, sus privaciones, la aventura de Enriqueta, la llegada al cortijo, el paseo, la muerte de su protector, todo, en fin, cuanto os he referido en los capítulos que anteceden, si bien ocultó una circunstancia, ó mejor dicho, un nombre, el del seductor de Enriqueta.

Despues continuó refiriéndome que á la muerte de D. Ricardo, y aún cuando seguía siendo el administrador de Enriqueta, como ésta, que habia

llevado á su lado á su anciana tia, tenia ya quien la acompañase, determinó no ser por más tiempo gravoso á la jóven, y ménos entónces que iba á aumentarse la familia, por lo que creyó llegado el momento de explotar el vallecillo que tan generosamente le regalara su protector, y del que, segun sus cálculos, tan buen partido podia sacarse.

Sin embargo, era necesario para aquella empresa dinero, mucho quizás, y el pobre médico no contaba, como vulgarmente se dice, con dos cuartos para hacer cantar á un ciego; pero si no contaba con dinero, tenia ingenio y dos brazos, y nada mejor que esto para con el trabajo obtener al fin el capital.

Entónces recordó toda la teoría de lo que él llamaba las pequeñas industrias, que queria aplicar á la práctica. Un labrador en pequeña escala encuentra, como quiera, mil medios de obtener dinero sin apelar á los grandes trabajos agrícolas; una pequeña huerta produce muchas veces lo necesario para mantener á una familia hasta con lujo, sin que las faenas que necesita y los cuidados que exige sean muy grandes; las flores y las yerbas medicinales, tan fáciles de obtener y cultivar, dan su producto, como lo dan igualmente los animales domésticos, las abejas, la cochinilla, los árboles frutales y tantas otras industrias agrícolas que no requieren cultivos en grande escala.

García sabia esto y contaba además con un gran auxiliar, nuestro amigo Corsana.

El buen gañan se habia aficionado á oír las explicaciones del médico, y cuando ménos lo pensaba se encontró con que no sabia vivir sino á su lado; tales fueron las simpatías que mi amigo supo granjearse en aquella naturaleza medio salvaje.

Con aquella ayuda podia hacerse mucho, y García que no era egoísta, cediéndole la mitad de lo que produjera el valle, hizo de Corsana su socio y empezaron á trabajar en seguida para conseguir su objeto.

¿Cómo se compuso García para emprender aquellos trabajos sin contar en su bolsillo ni en el de su socio con un céntimo?

Hé aquí el misterio, misterio que os confieso sin rubor no pude averiguar, y que tiene, sin embargo, una explicacion, la más natural del mundo.

En el valle crecian una porcion de plantas que podian recogerse y llevarse al mercado de la ciudad más próxima para ponerse á la venta, guardando sus productos, que con muchos pocos, como dice el refran, se hace un cirio pascual, y economizando al principio, podia al fin reunirse una cantidad, sino muy crecida, lo bastante para comprar los primeros instrumentos necesarios y las simientes que habian de convertir luego al valle en lo que hoy es, en un paraíso de verdura y en una fuente de riquezas.

¡Ah! la hormiga trabaja todo el verano, logra á lo sumo arrastrar á su vivienda un grano de trigo diario; pero á la entrada del invierno su granero está bien provisto, porque ni la holgazanería ni la pereza la han asaltado un solo momento, y muchos granos de trigo han compuesto una fanega ó una cuartilla. Dios nos ha enseñado, por medio de ese animalillo tan pequeño, lo que hacen la economía y el trabajo; y el hombre, orgulloso y necio, aplasta casi siempre debajo de su pié al débil maestro que le ha dado su Creador.

García que aún comia y habitaba en el cortijo, no teniendo precision de atender por entónces á aquellas dos grandes necesidades de la vida, se dedicó por completo á economizar y guardar los

productos de su trabajo diario, para en cuanto reuniera lo bastante dejar de ser gravoso á la hija de su protector.

Dando vueltas un día por el valle con su inseparable Corsana, observó García un trozo de terreno junto al riachuelo, en el que seguramente habia existido en algun tiempo una casa de mampostería, en atencion á las numerosas ruinas que lo cubrian, y no dejó de llamarle la atencion por una circunstancia que para cualquiera otro hubiese pasado desapercibida, y que en su genio observador, y entónces especulativo, no quiso dejar de examinar.

—Mira, Corsana—dijo á su compañero,—aquí puede que haya algo que nos sirva para empezar á reunir el capital que nos hace falta.

—¿Dónde? ¿en esas ruinas?—preguntó el gañan siempre incrédulo cuando se trataba de alguna cosa que sus padres no le habian enseñado;—ahí no hay más que cascotes viejos para hacer alguna cerca.

—¿Y no has visto tú otra cosa?

—No, señor.

—Pues debe haberla, amigo mio. Observa; el terreno es muy húmedo, gracias á la proximidad del riachuelo y hay aquí restos animales y vegetales en descomposicion.

—¡Ya!—contestó Corsana, á quien no se le ocurrió otra cosa que decir.

—Aquí debe haber nitro.

—¿Cómo?

—Azoato de potasa, es decir, salitre.

—Y bien ¿de qué puede servir eso?

—¡Ah! ¿no sabes que el salitre sirve para la fabricacion de la pólvora.

—No señor, pero lo sé ahora.

—Pues bien, aquí es probable que podamos recoger una gran cantidad, que no tardará en ser

sustituída por otra, y me parece que como la haya, hemos encontrado una mina.

Los ojos de Corsana brillaron de alegría y se apresuró á echar pié á tierra, deponiendo ante aquellas palabras tan halagüeñas toda su incredulidad anterior.

García imitó á su compañero y se puso á registrar las ruinas; bien pronto encontró lo que buscaba y se incorporó con un pedazo de salitre en la mano, lanzando al mismo tiempo una exclamacion de gozo que Corsana recibió con evidentes señales de contento.

— Hélo aquí, amigo mio—dijo al mismo tiempo el doctor,—hélo aquí en su pureza.

Efectivamente, lo que tenía en la mano era un pequeño prisma exagonal, de color blanco ligeramente amarillento y de sabor salado y fresco.

—¡Calla! pues si es sal—dijo Corsana despues de llevarlo á los labios.

—No, es simplemente salitre, compuesto de cincuenta y cuatro partes de ácido nítrico y cuarenta y seis de potasa, que forman el azoato de potasa. Se produce en las llanuras arenosas ó calizas, en donde se recoge en eflorescencias cristalinas, volviéndose á formar de nuevo en virtud de una causa desconocida hasta ahora. Se encuentra tambien en las paredes antiguas y húmedas, como sucede en estas ruinas, en las cuadras y establos, y en todos los puntos inmediatos á los en que hay sustancias animales ó vegetales en descomposicion. En nuestra España lo hay muy abundante en varias provincias, tales como la de Astúrias, Ciudad Real, Múrcia, Zaragoza, Huesca, Barcelona, Lérida, Alicante y áun en algunas de Andalucía, aunque con ménos abundancia. Ya creo haberle dicho que se usa para la fabricacion de pólvora del ácido nítrico y sulfúrico, y en medicina lo usamos como diurético y refrigerante.

—Pero ¿de aquí se hace pólvora que es tan negra?

—Sí, amigo mio, la pólvora cuya invencion se atribuyó equivocadamente al monje aleman Schwartz, es una materia inflamable, compuesta de salitre, azufre y carbon. El salitre es el que produce la mayor parte del fluido impelente que se nota en la pólvora, pero como no arde sino en contacto con otro cuerpo inflamable, de aquí la descomposicion completa del salitre al inflamarse la pólvora, dándola el color negro con que tú la conoces.

—En ese caso hay aquí mucha pólvora.

—Pólvora precisamente no, pero salitre hay el bastante para que podamos venderle en grandes cantidades.

Efectivamente, por espacio de algunos dias se dedicaron García y Corsana á recoger el abundante salitre que se criaba entre aquellas ruinas, y algunos más tarde el gañan marchó á venderlo á una ciudad inmediata, volviendo con los bolsillos repletos lo bastante para empezar á cultivar el valle.

Excusado me parece deciros, habiéndoos dado á conocer las propiedades del nitro, que todo cuanto sacaron en aquella primera extraccion fué luego sustituido por otro, con lo que los dos socios tuvieron en las ruinas una mina inagotable que les produjo, y aún les produce, cantidades de consideracion.

## CAPÍTULO VII.

Causas de la decadencia de la agricultura española.—Poblacion rural.—El nuevo tesoro del doctor.—Cultivo del lino.

El valle producía una infinidad de plantas que podían aprovechar los dos socios para con su venta aumentar el capital necesario para empezar el laboreo, y García, que no era perezoso, no dejó de buscarlas desde el primer día, proponiéndose, cuando el arado entrase en aquellos campos, hacer de ellas uno de los productos de su finca, cuidando lo que hasta entónces crecía en el estado silvestre.

Los días en que Corsana estuvo vendiendo el salitre, el médico salió como de costumbre al rayar el alba, y no se olvidó nunca de ir provisto de unas tijeras y un cuchillo, para recolectar las yerbas que encontrase, y de la escopeta del difunto D. Ricardo para disparar sobre los conejos y las perdices que abundaban sobre manera en el valle, y que luego le servían para obsequiar á su mujer y á Enriqueta, que añadían un plato más á la comida, aumentando él á su vez la coleccion de yerbas medicinales, que más tarde habían de serle tan útiles vendiéndolas en la inmediata poblacion.

Cuando regresó Corsana con el importe del salitre, el bueno del doctor tuvo un día de contento como hacia ya mucho tiempo que no lo disfrutaba. Con aquel dinero, el valle podía ser cultivado, y una vez hecho esto, realizaba el sueño de toda su

vida, que habia sido siempre aplicar á la agricultura sus conocimientos en las ciencias que sirven de ayuda á aquella, y sirviéndole á él para subsistir, seria un ejemplo dado á los labradores todos que visitasen ú oyesen hablar de sus tierras, de que en España la ciencia agraria puede mejorarse considerablemente, obteniendo de un suelo tan privilegiado, dobles productos de los que hoy se obtienen, perfeccionándolos al mismo tiempo.

Él creia, y creia con razon, que en España, abandonada como se encuentra la poblacion rural, es decir, la verdadera poblacion de ese nombre, y no los que algunos entienden por tal, era posible dar un verdadero impulso á la agricultura poniéndola á la altura de las otras naciones, porque únicamente viviendo en el mismo campo que se cultiva, se conoce á fondo sus propiedades, sus vicios, los cuidados que necesita, las cosechas que pueden proporcionar ú las máquinas ó abonos con que debe cultivarse. Nuestros labradores, que viven hoy en los centros de poblacion, cuando van á trabajar á sus prados, distantes algunas veces cuatro y cinco leguas, laborean sólo un pedazo de terreno bajo las mismas bases y con idénticos medios que lo hacian sus abuelos, dejando gran parte de esas tierras en barbecho, por creer que de este modo han de producir mayor cosecha otro año, y porque verdaderamente, en atencion á la larga distancia á que se encuentran de ellas, apenas tienen tiempo de trabajarlas todas en un mismo año, y mucho ménos de abonarlas.

Se cree generalmente en España que el cielo y la tierra son los únicos encargados de producir las cosechas, y con arañar ligeramente la última y arrojar en ella la semilla ya se da por satisfecho el labrador, esperando que Dios haga lo demás, y este error de nuestro pueblo, esta falta de

accion, ese abandono proverbial de los agricultores españoles, produce naturalmente los efectos de que se quejan los hombres científicos ó los patriotas eminentes, que quisieran ver á este suelo privilegiado á la altura que le corresponde entre los pueblos agrícolas del mundo (1).

(1) Como corroborando lo que pensaba García, y para que no se crea que el autor ha recargado el cuadro con los más negros colores de su pincel inexperto, hé aquí los primeros párrafos de la magnífica obra que con el título de *«Fomento de la población rural»* publicó el Excmo. Sr. D. Fermin Caballero, que no será seguramente tachado de visionario, y á cuya autoridad nos remitimos:

«Recorriendo atentamente las provincias de España, el perito observador, que quiere formar juicio de la agricultura patria, notará que ha mejorado bastante en el presente siglo, y que hay en ella puntos brillantes, dignos de que se estudien é imiten; mas á vuelta de estas singularidades honrosas, no podrá ménos de reconocer el atraso general en que nos encontramos con respecto á países más civilizados, que no cuentan ciertamente con las excelencias naturales del nuestro. Pálpanlo los extranjeros, desde que atraviesan la frontera; lo confiesan con dolor los españoles que han viajado por Europa, y es opinion acreditada entre los que, por el estudio ó por la comunicacion con las personas entendidas, han pensado seriamente en el asunto.

Las pruebas inequívocas de esta inferioridad las suministra el mapa de nuestro territorio, el simple exámen de la superficie, la primera ojeada sobre nuestros campos. En una parte poblachones repetidos de labradores, apiñados en casas estrechas, que para labrar su término tienen que andar diariamente una, dos ó tres leguas; en otra desiertos extensos, incultos ó casi vírgenes, sin una casa ni señal alguna de que sean propiedad de gentes cultas; aquí, montes talados ó descuajados de mano airada, presentando el desórden de una devastacion vandálica; allí terrenos del comun ó de ninguno, sin liades ni mojoneras, que alternativamente son objeto de especulaciones de prepotentes, ó teatros de luchas á viva fuerza entre convecinos atrevidos, ó escuela de intrusion, de usurpaciones ó de vida licenciosa. De un lado, barbechos que parecen sembrados, porque la labor se ha reducido á una arañadura engañosa, que únicamente vale para facilitar el desarrollo de la grama y yerbas espontáneas; de otro, descollando entre las mieses de cereales, cardos, amapolas, neguillas, frutas y maleza que los ahogan y consumen. Acá, nubes de rebabos que se mueren de hambre en anchurosos campos desprovistos de vegetacion; acullá, yuntas y caballerías mal enuidadas, sucias, deformes, con atalajes y aperos

En nuestra Andalucía se nota como en ninguna otra region de España este abandono, ya sea por lo privilegiado de su suelo, ya por la indolencia meridional de sus hijos, ó ya porque la vida rural es completamente nula. Aquí se vive en los grandes centros de poblacion, y entre las ocho provincias adaluzas, sólo se cuentan cinco mil habitantes rurales, en tanto que en una sola de las gallegas hay cuatro veces ese número: de esto resulta esa inmensa desproporcion entre el terreno cultivable y la gente que á ello se dedica, quedando siempre grandes manchones y considerables barbechos que en dos años sucesivos no producen á sus dueños más que yerbas inútiles que apenas puede hacer luego desaparecer el arado.

El refran que dice «hacienda, tu amo te vea» es desgraciadamente para los cultivadores andaluces una gran verdad, y como el sistema seguido es el contrario, los resultados no pueden ménos de ser negativos las más veces, por lo que se observa aquí ese gran precio que obtienen los trigos y la carestía que hay de ellos, en atencion á que no pueden las tierras dar, mal trabajadas como están, ni áun el preciso para el cultivo.

El médico, que conocia todo esto, y que apreciaba en su justo valor la necesidad de que el labrador viva junto á las tierras que cultiva, no

---

toscos y rotos. Y por do quiera, la mayor parte del terreno que se cultiva, en descanso completo por uno ó dos años seguidos; aguas perdidas ó torpemente aprovechadas, como quien espera de la accion vital de la naturaleza efectos que debia procurar un trabajo más inteligente y más asiduo.

¿No es esto lo que ven y sienten los hombres conocedores de la ciencia á la altura en que hoy se halla? Por triste que parezca este bosquejo, no podrá negarse que es exacto, salvo rarísimas excepciones. Seria un extravío del amor patrio ofenderse de este cuadro fotografiado, pues la generacion actual no es culpable de situaciones y errores pasados; lo que procede es airarse sin pecar, esto es, sentir el mal agudamente, y para conjurarlo, estudiar y trabajar más, ó valiéndome del lenguaje expresivo vulgar, *aguzar el ingenio y arrimar el hombro.*»

quiso, al emprender sus trabajos en el valle, dejarlo abandonado á los gañanes del país, que dicho sea con justicia, tan poco afectos son al trabajo, y resolvió no labrarlo en grande escala, como hacen muchos propietarios de aquel país, sino en pequeñas hazas ó porciones, con lo que las ventajas que se obtienen son incalculables.

Nada de esto comprendia Corsana, pero como sentia por el doctor la admiracion que le obligaba muchas veces á abjurar de sus errores agrícolas, sin darse apenas cuenta de ello, depuso tambien aquella vez su ignorancia ó su práctica rutinaria, é hizo el sacrificio de sus opiniones en aras del bien comun, que, por asegurarlo así García, pensaba ya él que sólo podia resultar de aquel modo. Por su parte, hubiera empleado el dinero con que iban á empezar el laboreo en comprar algunas yuntas de bueyes y media docena de arados toscos é imperfectos, con los que hubiera labrado un pedazo de terreno para sembrar trigo á la buena de Dios, trigo que hubiese nacido y granado si las nubes mandaban sus aguas á tiempo, ó la tierra lo hacia germinar, dejando ya aquel trozo para otro año y empleando al siguiente lo que en aquel habia quedado erial.

García no quiso, como es de suponer, poner en práctica aquel sistema, y por el contrario logró convencer á Corsana de que no podia hacerse cosa mejor para perder el poco dinero con que contaban, que aquello que él proponia.

—¿No será mejor—le preguntó una mañana que ambos salian del cortijo con objeto de dedicarse á buscar el medio de emplear aquel dinero,—que empecemos en pequeña escala, aun cuando nos produzca poco, que no tirar nuestros escasos capitales sin esperanza de grandes rendimientos?

—Yo lo decia á su mercé porque así se ha hecho

siempre, pero yo soy un zopenco y su mercé no debe hacer caso de lo que le diga.

—Zopenco, no, Corsana, pero apegado á las rancias preocupaciones de tus abuelos, sí que lo eres, y mucho. Vamos á ver, ¿qué inconveniente hay en que junto al arroyo labremos entre los dos un pedazo de huerta que puede producirnos con seguridad más de un doble de lo que en ella gastemos, sin contar con que los jornales no podrán ser más económicos?

—¿Y luego venderíamos las hortalizas?

—Naturalmente.

—Sí, pero eso se vende muy barato.

—Más barato nos ha de costar, sin embargo, y poco á poco aumentaremos nuestros capitales, sin olvidar el salitre que todavía ha de producirnos grandes rendimientos.

—Entónces, vamos á poner manos á la obra; ya verá usted qué buen hortelano voy á ser.

—Celebro que al fin convengas conmigo en lo que hemos de hacer al principio, y puesto que ya hemos llegado á la orilla del arroyo, busquemos la tierra más á propósito para nuestra huerta.

Efectivamente, hablando de este modo se encontraban ya junto al riachuelo, que corría como siempre murmurador y cristalino, invitando al hombre á que se aprovechara de sus aguas.

Los terrenos inmediatos estaban formados de la mejor tierra para el objeto que se proponía García, y así lo comprendió en seguida éste.

—Creo que de aquí—le dijo á Corsana echando pié á tierra y atando el caballo á un álamo blanco de los que crecían á orillas del arroyo,—hemos de sacar muy buenos productos; esta tierra contiene gran cantidad de humus y alguna arena, sin que se conozca la presencia de la cal ni de la arcilla, por lo que difícilmente encontra-

remos otro más á propósito para sembrar hortalizas.

—Pues señalemos el sitio—contestó Corsana que habia imitado la accion del doctor.

—Antes, déjame ver qué plantas se producen por aquí.

Y el doctor empezó á recorrer aquel pedazo de terreno, parándose delante de cada planta y examinando muchas de ellas detenidamente; su socio le seguia dispuesto á aprender cuanto él le explicara.

—No hay nada notable; lo de siempre, yerbas que empobrecen el terreno y que ni aún los ganados quieren comer. Aquí hay algunas malvas, pero son locas; no sirven ni para la medicina.

Seguramente, al verlos cualquiera examinando el campo con aquel interes, hubiese creido que buscaban algun tesoro escondido debajo de aquellas yerbas, y á la verdad que no se hubiera equivocado, porque ¿qué tesoro mayor que el que ellos deseaban encontrar?

De aquel modo, el doctor delante y detras el gañan, anduvieron algun trecho sin que el primero pronunciase más que algunos monosílabos siempre que sus ávidas miradas se encontraban con vegetales que para nada podian servirle; de pronto lanzó un grito de alegría y se volvió á Corsana, mostrándole tres plantas que balanceaban sus tallos al aire fresco de la mañana.

—Otro tesoro, amigo mio, otro tesoro—dijo al mismo tiempo.

—¡Qué! ¿hay más salitre?—preguntó el gañan que ni habia reparado en las plantas ni las conocia..

—No, es mejor que salitre, es lino, el *linnus usitassissinum* de Linneo.

Efectivamente aquellas tres plantas textiles, que empezaban entónces á dar flor, esa flor de

cinco pétalos tan conocida en casi toda España, pertenecían á la especie de los vegetales que lleva el nombre de lino, que forma por sí sola la familia de las *linéas* y que es la base de industrias tan productivas en cuantos países se cultiva.

—¿Cómo ha llegado esto hasta aquí?—fué la primera pregunta que se le ocurrió al doctor, despues de haber examinado el vegetal con calma para convencerse de que era el mismo que decia.

—Habrá crecido como el salitre.

—¡Eh! no digas tonterias; para nacer estas tres plantas preciso es que hasta aquí hayan llegado las simientes que les dieron vida.

—Claro.

—¡Ya! eso que tú ves claro lo veo yo oscuro, porque no se encuentra lino en muchísimas leguas á la redonda, y no me explico la presencia aquí de las simientes, como no sea que hayan sido conducidas por pájaros, y acaso por las golondrinas, que al emigrar hácia Africa han dejado caer aquí algunos granos de linaza, de los que no dejan de ser aficionadas.

—Pues ya lo tiene usted explicado.

—No, no pasa de ser una hipótesis como otra cualquiera, y que, á falta de otra razon mejor, admitiremos; pero lo cierto es que aquí ha crecido el lino y que nosotros podemos cultivarlo tambien.

—¿Para que coman las golondrinas?

—No, Corsana, para sacar de él más producto que del trigo que pudiésemos sembrar en todo el valle.

—Entónces... á sembrarlo en seguida.

—Mañana mismo vamos á emprender los trabajos, y para que no peques de ignorante, te daré ahora unas ligeras nociones de su cultivo, que no dudo retendrás en la memoria para que luego puedas aplicarlas sobre el terreno.

Aquello era cuanto deseaba Corsana, que no se atrevia á pedirlo al doctor, y se volvió todo oídos para no perder una sílaba de lo que aquel iba á decir.

Hé aquí ahora algunas ligeras ideas emitidas por García y de las que no quiero privar á mis lectores que tienen el mismo derecho que Corsana á escuchar cuanto aquel decia á su socio.

No se sabe á punto fijo cuando el lino, originario del Asia, comenzó á cultivarse en Europa, en la cual se le encuentra desde la más remota antigüedad; tanto, que el español Pomponio Mela, en tiempo de los emperadores Tiberio, Calígula y Claudio, alababa en sus obras á su patria por su fertilidad en producir dicha planta.

Divídese esta en dos grandes familias; la primera llamada lino grande ó lino frio y lino fino, es más alta, delgada y tardía y ménos granada; la segunda es más baja, temprana, granosa y gruesa, y recibe el nombre de lino caliente, lino grueso ó lino cabezudo.

Si se quiere que la hilaza sea más fina y larga, conviene elegir para sembrar la primera variedad, que es la que produce ese hilo finísimo que se emplea en las batistas y encajes que tanto renombre han dado á la Holanda; pero si se desea hilaza más fuerte con destino á tegidos más bastos y gruesos, entónces debe procurarse hacer uso del grano de la segunda variedad, cuando trate de sembrarse.

El terreno que exige esta planta es el más fértil y de mejor calidad, porque de otro modo no prospera ó crece débil y enfermiza, siendo seguramente la planta más delicada cuando se trata de buscarla tierra donde nacer. Esto bastará á probar que su cultivo es igualmente delicado, y que las labores con que hay que preparar el terreno

han de ser abundantes y repetidas, y buenos y apropiados los abonos, sin que pueda fijarse con exactitud el número de aquellas, ni la cantidad de éstos, que varían hasta el infinito, según la clase de terrenos, condiciones del país y costumbres de los cultivadores.

Con relación al clima, varía también mucho la sementera del lino, haciéndose en los países fríos durante la primavera, es decir, cuando ya no existe el temor de las heladas, y en los climas meridionales puede adelantarse hasta el otoño, atendiendo á aquella máxima, tan conocida en agricultura, de que cuánto más tiempo se da á la planta para arraigarse y desenvolverse, tanto más vigorosa se cria y mayor es la fuerza de que se halla dotada para que su vegetación sea próspera y sus resultados más satisfactorios.

La linaza para semilla debe ser lustrosa, pesada, llena, reciente, esto es, de dos años á lo más, y tener la propiedad de esconderse pronto, chispeando cuando se la arroja sobre ascuas. Muchos sostienen la necesidad de que todos los años se renueven las simientes. ó por lo ménos, un año sí y otro nó, y esto es lo que hoy se hace en Flandes, Bretaña é Irlanda, que compran en Riga toda la linaza que necesitan para sus sementeras; pero según la opinión de los miembros del Instituto de Francia, no es necesaria esa renovación, á no ser en aquellas localidades donde no pueda obtenerse con las condiciones necesarias para la siembra y cultivo. Ahora bien, para que esta falta no exista, deben sembrarse dos clases de linaza, la una espesa y abundante con objeto de aprovecharla por la hilaza, y la otra clara y en corto número de granos para dedicarla expresamente á la producción de las semillas que han de sembrarse otros años.

Debe el lino enterrarse en la tierra al vuelo,

pero para que la sementera sea la más acertada posible, debe esparcirse la semilla con precaucion y mucha calma, dividiendo el terreno en pequeñas eras ó hazas, dejando, para luego verificar la operacion de la escarda, sendas entre las eras, como suele hacerse con todos aquellos terrenos cuyas plantaciones exigen numerosos cuidados.

Estas sendas ó pasos entre las hazas, tienen luego una aplicacion de que se hace mucho uso en Flandes. Como el lino es generalmente alto y delgado, nada más fácil que el viento ó las lluvias fuertes le doblen y tronchen, haciéndole perder mucha parte de su valor; y para evitar esto, se colocan en dichos pasos unos piés derechos ó estacas, cuyos extremos superiores tienen la forma de una horca, y sirven para sostener palos trasversales que se colocan del uno á otro pié derecho: de este modo, encajonadas, digámoslo así, las plantas forman un todo de tal consistencia, que no puede doblarse, y que los palos trasversales obligan á estar constantemente de pié.

El resto de su cultivo consiste en regarlo muy á menudo en verano, por lo propenso que es á la sequedad; y en cuanto á la época de su recoleccion varía mucho segun los usos á que se le destina. Si se desea una hilaza fina y delgada, ó más blanca, debe arrancarse ántes que el lino haya llegado á sazonar por completo, pero si lo que se quiere es una hilaza fuerte y cruda, aunque menos blanca y fina, y una cosecha de linaza abundante en principios aceitosos, debe esperarse á que la planta haya llegado á su sazon completa.

Se recoge en manojos iguales, cuidando de separar todo género de plantas extrañas que lo perjudicarian, colocándolos luego al sol, con ex-

posicion al medio dia, y poniéndolos en piés derechos con objeto de que acaben de secarse: una vez conseguido esto, se separa la linaza, bien pasando las cabezas de las plantas por un peine, bien golpeándolas sobre un banco ó una mesa, haciendo despues la operacion de curarlo ó cocerlo, que consiste en separar de las fibras ó hebras de su corteza, por medio de la fermentacion, el gluten gomo-resinoso que la envuelve, para lo cual se colocan los manojos en lechos ó capas en un depósito de agua estancada, cubriéndolas luego con grandes piedras á fin de obligarlas á que se mantengan dentro del agua. Hácese esto en tiempo de calor, y cuando se advierte que las fibras se separan con facilidad de la parte leñosa, se sacan los manojos del estanque, lávanse con agua corriente y pónense á secar con la mayor prontitud, valiéndose de un horno allí donde los rayos del sol no calientan lo bastante.

Hay que advertir que los estanques donde se deposita el lino son muy perjudiciales para la salud, por lo cual debe tenerse sumo cuidado de colocarlos lejos de las habitaciones.

Ultimamente, al labrador no le toca ya más que separar las hebras de las partes leñosas, para cuya operacion se emplean varios instrumentos que son los mismos en todos los países, conocidos con los nombres de majadera, agramadera ó caballete, espada y peine; y una vez terminado ya esto, entrégase el lino en manos del industrial, dejando de pertenecer al dominio de la agricultura.

Sabido es que el aceite de linaza se emplea con mucha frecuencia en la medicina, como emoliente unas veces, emoliente otras y vermífugo algunas, aunque pocas; muchas artes económicas lo emplean tambien, y la pintura lo prefiere á otros como disecante; úsase tambien para alum-

brar y para la fabricacion de los jabones. En cuanto á la hilaza, excusado es decir la aplicacion que tiene, y cuántos primores hacen con ella los industriales, especialmente en Holanda, sirviendo además para los encajes, y últimamente para las fábricas de papel.

## CAPÍTULO VIII.

Construcción de la granja.—Enriqueta.—Un jabalí á la vista.—Consecuencias de un tiro.

García siguió aún largo rato contándome las vicisitudes de su vida y los grandes trabajos que tuvo que pasar para conseguir al fin verse establecido en el ameno valle, contando con una casa como la que habitaba ya, y sacándole á la tierra lo bastante para que, tanto su familia como la de Corsana, que continuaba siendo su socio, no careciesen absolutamente de nada.

La hormiga, según su expresión, había logrado por último reunir provisiones para el invierno, y él, que no tardaría mucho en llegar al invierno de su vida activa y laboriosa, tendría como la hormiga con qué alimentarse hasta que á Dios le pluguiese arrebatarse de la tierra.

Como había prometido á Corsana cuando le dió las explicaciones sobre el lino, no sólo labraron la huerta, sino que, aprovechando los hermosos días de otoño que corrían entónces, sembraron gran cantidad de linaza y obtuvieron al siguiente año una magnífica cosecha de lino, que vendieron á un precio muy alzado, con lo que, añadiéndolo á los productos no muy escasos de la huerta y del salitre, del que hicieron nueva recolección, se encontraron, ántes de empezar el otoño siguiente, con un capital ya muy crecido y con el cual podían aquel año labrar una gran parte del valle y emprender alguna obra de más importancia.

Durante aquel tiempo, Matilde, que ya tenia á su Ricardo, dió á luz á Rafaela, cuyo nacimiento completó la naciente felicidad del doctor.

Con este aumento de familia aumentaron tambien sus esfuerzos para conseguir el objeto principal que se proponia, es decir, no ser gravoso á Enriqueta, pues aún cuando seguia siendo su administrador general y descuidaba las más de las veces los propios asuntos por atender á los de su amiga, en cuyos dominios se conocia ya mucho la mano inteligente que los dirigia, creia él que cuanto hiciera estaba muy bien pagado con la cesion del valle, y nunca le parecia bien seguir viviendo en aquella casa á mesa y mantel, como vulgarmente se dice. De aquí el que su pensamiento constante fué siempre edificar una granja en el fondo de la llanura, donde las familias de los dos socios pudieran vivir del fruto de su trabajo, y el año anterior á aquel en que yo le hice mi primera visita, consiguió por fin realizar su más ardiente deseo.

Dos buenas cosechas seguidas le pusieron en situacion de poder sufragar aquel gasto, que era tambien reproductivo, y como el doctor tenia sus puntas de arquitecto, hizo los planos con arreglo á los últimos adelantos en la construccion de granjas rurales, y bajo su direccion se levantó en dos meses la casa que tanto habia llamado mi atencion, á pesar de no haber reparado en ella hasta que la tuve casi á dos pasos de los ojos, distraccion muy excusable en un cazador.

Cuando terminó García su relacion, me probó, con los estados de las últimas cosechas, que el valle, cultivado ya casi todo él, producia más de un diez por ciento de su valor en venta, y esto sin contar con que era muy susceptible todavia de admitir grandes reformas, con las que seguramente llegaria á convertirse en un verdadero pa-

raíso, amén de las pingües ganancias que procuraba á sus dueños.

Nuestra conversacion giró luego sobre otros varios asuntos; pero bien pronto conoció mi amigo que deseaba hablar de una persona de quien se habia ocupado al principio de su relacion, y cuyo nombre pugnaba por salir de mis labios.

—Quieres saber de Enriqueta, ¿no es así?—me dijo.

—Sí, me interesa vivamente esa jóven.

—Más habia de interesarte seguramente si la conocieras.

—La pobre será muy desgraciada.

—Vive tranquila, pero no feliz; el recuerdo de su seductor amarga las horas de su vida, y el pensar que su pobre hija no puede llevar el nombre de su padre, la vuelve loca de dolor.

—Efectivamente, es muy triste su situacion.

—Creo, sin embargo, que Dios se apiadará al fin de esa mártir y no dudo que ha de ser feliz todavía.

—¿Perdonaria ella á su seductor?

—¿Cómo no, si es la bondad misma? Además, le quiere aún con toda su alma.

—¡Pobrecilla!

—He de ocuparme de ese asunto, y puede que cuente contigo para darle una solucion favorable.

—¡Oh! sí, me tendrás siempre á tu disposicion.

—Ahora no es tiempo aún; más adelante sabrás el nombre de su seductor, y cuando la conozcas á ella, creo firmemente que harás cuanto puedas por verla feliz.

—Puedes asegurarlo.

—Esta tarde la conocerás; viene con nosotros y espero que serás de la partida. Daremos luego un paseo por el valle.

Como debéis comprender, no hice objecion al-

guna; deseaba quedarme, y García mandó un criado para advertir á los cazadores que no volvería al coto hasta por la noche.

A este tiempo, los niños que habian concluido su leccion, entraron de nuevo en el despacho.

Su deliciosa charla infantil llena de encantos, me distrajo largo tiempo; me contaban sus costumbres, describian los últimos juguetes que su papá les habia hecho llevar de Cádiz, las lecciones de aquel dia y sus impresiones á la vista de mi traje de cazador, de mi larga escopeta de dos cañones, y sobre todo, de las perdices que asomaban sus cabezas por entre las redes del morral, que habia colocado sobre una silla.

Confieso que pasé dos horas entretenidísimo, tanto ó más que hubiera podido estarlo en una buena sociedad de literatos, á que tan aficionado soy, ó en una montería de corzos y jabalíes que ha formado siempre mis delicias.

Y es que los niños tienen un encanto, un no sé qué, que fascina, subyuga y hace que se les ame, que se les oiga siempre embelesados. Además, aquellos hablaban con esa media lengua que hace la felicidad de las madres, y pretendian tener cierto aire grave para que no se les creyera unos muñecos.

Entretenido de este modo, y cambiando algunas palabras con Matilde, que habia sustituido á su esposo, ocupado entónces en los quehaceres de la labor, no eché de ver que el reloj marcaba ya muy próxima la hora de la comida: entónces recordé que García me habia prometido darme á conocer á Enriqueta, y les dije á los niños que me condugeran á la entrada de la granja.

Allí podia verla más pronto, y la verdad es que deseaba conocerla, por cierta misteriosa simpatía que se habia levantado en el fondo de mi alma al oír contar á mi amigo sus desventuras.

No tardaron mucho en realizarse mis deseos, y ¡cosa extraña! no fui yo, á pesar de todo, el primero en descubrirla; los dos niños me anunciaron que el carruaje donde ella debia llegar se divisaba ya tras los árboles que sombreaban las inmediaciones de la granja.

Era un bonito brek tirado por dos lindos caballos, para los que seguramente aquel peso significaria lo que un grano de trigo para un gorrion, pues marchaban al trote, agitando su larga crin, como si se enorgulleciesen de conducir tan bella carga.

Y en verdad que era muy bella; quisiera haceros aquí su retrato, pero cuanto dijera seria tan pálido al lado de la realidad, que no hallariais en mis palabras más que los rasgos de una hermosura vulgar, nunca los puros contornos de aquel rostro angelical.

Hoy, cuando con el corazon helado por los años y el cabello blanqueado por los sufrimientos recuerdo la fisonomía de Enriqueta, creo entrever el cielo abierto sólo para mí, mostrándome uno de sus ángeles más bellos, y en vez de padecer, porque hay ciertos recuerdos que arrancan del corazon lágrimas de sangre, gozo de una manera indefinible; y si á mis ojos asoma el llanto, puedo aseguraros que sólo es de dicha, que la dicha tambien tiene sus lágrimas.

Matilde y su esposo me dieron á conocer á Enriqueta, y la saludé sin saber lo que decia; mi torpeza no dejó de llamarle la atencion, pero un incidente imprevisto, y al cual debí entónces el conocer al seductor de la jóven, hizo que no se fijase más tiempo en mí, volviendo la cabeza para mirar lo que á todos nos llamó de pronto la atencion.

Un enorme jabalí, de grandes colmillos, con el pelo erizado y la pequeña cola tendida, apareció

por entre los álamos, á la carrera, como si le persiguieran de cerca, tronchando cuanto encontraba á su paso, como pudiera hacerlo un furioso huracan.

Las dos señoras lanzaron un grito, y los niños, asustados tambien, fueron á refugiarse entre las faldas de su madre. García corrió á la granja en busca de una escopeta, y yo me coloqué delante de las señoras como para ocultarlas á las miradas de la res, que parecia furiosa, indicándolas al mismo tiempo que se refugiasen en la casa.

Pronto siguieron mi consejo; pero aún no habian puesto el pié en el umbral de la puerta, cuando se oyó muy de cerca la detonacion de un arma de fuego, y el jabalí, que distaba apenas veinte varas del sitio en que se encontraba, rodó pesadamente por tierra, luchando con las últimas convulsiones de la agonía.

—Buen tiro—dijo el doctor que salia al mismo tiempo con la escopeta preparada.

—De mano maestra—añadí yo volviendo á ser el cazador de siempre.

—¿Has sido tú?—preguntó García, que no viendo por ningun lado al que habia disparado no reparaba sin duda que yo no tenia arma ninguna en las manos.

Iba á contestarle riéndome de su ocurrencia, cuando apareció á nuestra vista el incógnito cazador, ahorrándome con su presencia la respuesta que no llegó á asomar á mis labios.

Era Federico, mi amigo, el hijo del marqués, que, segun supe más tarde, cansado de matar conejos, habia montado á caballo para buscarme por lo más espeso del chaparral, creyéndome perdido entre aquellos intrincados laberintos, y habia por casualidad tropezado al jabalí, al que iba persiguiendo hacia ya largo rato.

—¡El hijo del señor marqués!—murmuró García al reconocerle.

—¡Calla! ¿eres tú?—le grité saliendo á su encuentro.

En aquel momento le vieron las señoras, que aún permanecían en el dintel de la puerta, y á un tiempo se oyeron dos gritos.

Me volví rápidamente, y ví á Enriqueta que caía desmayada en los brazos de su amiga.

Corrí hácia ellas á la vez que García, y cuando recordé que Federico estaba en la granja, dirigí la vista al sitio donde se encontraba, y... lo comprendí todo.

El infame seductor, porque no me cabía duda que él era el padre de la hija de Enriqueta, corría por el valle espoleando á su corcel, y bien pronto se perdió tras los álamos que ocultaban el camino del coto de su padre.

Gracias á los cuidados del doctor, Enriqueta recobró el conocimiento á los pocos instantes; miró en torno suyo con ojos espantados, y sin respirar apenas, pidió noticias de su hija, que jugaba con los niños de García, repuestos ya del susto anterior.

La infeliz temía que se la hubiesen arrebatado.

Todos á porfía nos esmeramos en prodigarla cuantos cuidados reclamaba su situación, y tratamos de distraerla para que olvidase la triste impresión que le causara la vista de Federico; ella atendía á nuestras bromas, sonreía tristemente, hablaba con todos, besando apasionadamente á su hija, de la que no había consentido separarse; pero se pintaba en su rostro el malestar que la aquejaba, y se leía en sus grandes ojos negros, rojos acaso de tanto llorar, la pena que destrozaba su pobre corazón.

La comida fué por lo tanto triste y silenciosa; comprendimos que no era fácil borrar de su ima-

ginacion la pasada escena, y dejamos de hacer esfuerzos para conseguirlo: solamente los niños con su alegre charla rompian el monótono silencio que reinaba en torno de la mesa y que pesaba sobre todos nosotros como una losa de plomo.

Enriqueta partió despues de la comida, no sin haberme ofrecido ántes su casa, en la que asegurado tendria mucho gusto de verme: podeis suponer desde luego que admití el ofrecimiento, prometiendo visitarla ántes de abandonar el país.

Nos quedamos solos, y García se cogió de mi brazo para llevarme al jardin.

—Es una desgracia—me dijo,—una desgracia horrible; pero Dios quiere á veces poner á prueba á sus criaturas, y Enriqueta está ahora sufriendo esa prueba.

—¡Oh! pero es demasiado.

—No; Dios nunca nos abandona: la pobre será feliz todavía.

—Lo mereca.

—¿Verdad que es un ángel?

—¡Oh! sí, amigo mio.

—Mañana iremos á verla ¿quieres?

—Con mucho gusto.

—Pues bien, te espero temprano.

Aún seguimos hablando largo rato, pero como la noche se iba echando encima y quedaba mucho camino que andar, abandoné á aquellos buenos amigos, no sin repetir á García que estaria allí bien temprano al dia siguiente.

Ofreciéronme caballo, pero preferí marchar á pié; un cazador de conejos tiene obligacion de ser infatigable.

Cuando llegué á la cacería del coto no quise ver á Federico; empezaba á sentir hácia él una fuerte antipatía que distaba muy poco del aborrecimiento.

Verdad es que no merecia otra cosa.

## CAPÍTULO IX.

El observatorio entre los nopales. — Lección de agricultura.—Judías, garbanzos, habas y guisantes.

Al día siguiente muy temprano mandé ensillar un caballo, y salí de la cacería sin despedirme de mis amigos, que aún dormían; pero dejando prevenido que les noticiasen mi partida para la granja de García, donde pensaba comer, y poco después me encontraba caminando hacia el valle.

El camino se me hizo mucho más corto que el día anterior, en atención á que dejé en paz á los inofensivos conejos que atravesaban de un matarral á otro, casi por delante de los pies de mi caballo, y cuando llegué al vallado de nopales que cercaba por la espalda el huerto, en cuyo centro se encontraba edificada la granja, apenas empezaban á asomar los primeros rayos del sol por el lejano horizonte, dorando las cimas de la elevada cordillera que por el Oriente se desprendía hacia el mar desde las últimas ramificaciones de la sierra de Córdoba.

Al llegar á los nopales me pareció oír en el interior del huerto la voz de García, y presté atención.

No me había equivocado; los dos niños recibían de su padre la lección diaria de agricultura, que durante el verano era siempre á aquella hora, porque, según aseguraba el doctor, no hay otra más higiénica, ni en que más despejada se encuentre la imaginación para retener lo que se la trata de enseñar.

Quise ser testigo invisible de la leccion, y echando pié á tierra até el caballo á alguna distancia de la cerca, y luego me encaminé á un sitio desde el que dominaba el huerto: me encontraba cerca del maestro y los discípulos, y oia sin que me viera ninguno de ellos.

La leccion empezaba sin duda en aquel momento, así es que no perdí ninguno de sus detalles.

—¿Conque hoy vamos á ocuparnos de las plantas leguminosas?—preguntaba García.

—Sí, sí, papaito; Rafaela no sabe cuáles son, y yo ya las conozco.

—¡Picarillo! ¿quieres tú tambien ser profesor?

—Mira, voy á traerte una planta leguminosa, y verás cómo las conozco.

Y el niño se puso de pié y se internó entre los árboles frutales, á cuya sombra habian establecido la clase; un momento despues volvió con un puñado de habas en la mano.

—¿Verdad que son estas?—preguntó con aire muy grave y con la seguridad de no equivocarse.

—Efectivamente, hijo mio, las habas pertenecen á esa familia tan útil al hombre.

—¡Ay! ¡papá! yo tambien las conozco—dijo á su vez la niña, que no queria ser ménos que su hermano.

—Pues trae otra planta—replicó Ricardo.

—Ahora verás.

Y fué en busca de lo que se le pedia, volviendo con una matita de garbanzos.

—Míralo aquí—le dijo á su hermano con aire de triunfo.

—¿Y por qué son leguminosas esas dos plantas?—preguntó García despues que los dos niños se hubieron sentado de nuevo.

Ambos discípulos miraron al profesor con asom-

bro y luego volvieron la cabeza avergonzados de no poderle contestar.

—¡Hola! ¡señores sabios! ¿parece que os quedais sin saber qué responder? Vamos, amigo Ricardo, enséñale á tu hermana cuanto sepas de la familia de las leguminosas.

El niño se puso colorado como una amapola, y Rafaela enseñó sus pequeños dientes, blancos como el marfil, riendo alegremente al ver la turbacion de su hermano.

—Pues ¿no asegurabas que conocias estas plantas?—continuó diciendo García.

El niño, más avergonzado cada vez, confesó por último que aún no habia oido hablar de ellas.

—Pues bien, os explicaré cuanto sepa de tan interesante familia y no dudo que, como hasta ahora, seguireis grabando en vuestra memoria mis explicaciones.

Los dos niños prestaron religiosa atencion y mi amigo empezó á hablar de este modo.

—La familia de las leguminosas pertenece á la clasificacion de las calicifloras, ó sea que tienen los pétalos libres más ó ménos soldados y siempre perigynos ó insertos en el cáliz, y son árboles, arbustos ó yerbas con hojas alternas, perioladas, sencillas ó compuestas y muy rara vez sin estípulas.

—¿Cómo las de la retama?—preguntó Ricardo que queria enmendar su falta anterior.

—Justamente. El fruto de estas plantas en muy pocas se compone de una celda y una semilla, siendo casi siempre una legumbre que por regla general está dividida por muchos tabiques ó articulaciones trasversales.

—Mira, como las habas—añadió Rafaela.

—Esta familia es una de las más extensas del reino vegetal y de las que más aplicaciones tienen á las necesidades de la vida. Entre sus prin-

cipales géneros se distinguen, el *árbol de la sangre de drago*, la *peonía de Cuba*, el *matapex* de Méjico, la *retama macho*, la *carquería*, la *gatuña*, el *altramuz*, el *caracolillo de Cádiz*, el *guisante*, las *almortas*, la *algarroba*, la *lenteja*, el *garbanzo*, la *aliaga*, la *falsa acacia*, el *espantabos*, la *regaliz*, la *serradella*, la *yerba del piso*, la *lengua de oveja*, el *pipirigallo*, la *esparecta*, la *añilera*, la *ruda cabruna* de Europa, el *melioloto*, el *trébol comun*, el *cuernecillo*, la *alholva*, el *haba*, la *judía*, la *mimosa*, la *cassia* y otras que no tengo presentes en este momento y que no son de tanta importancia como muchas de las anteriores.

—¿Y todas se comen, papá?

—Todas, no, pero la mayor parte de ellas sirven para la alimentacion del hombre, y otras para los ganados, que encuentran en ellas gran cantidad de jugos nutritivos. Los géneros más importantes para nosotros de esta apreciable familia y de los que quiero que conozcais las propiedades y cultivo, son la *lenteja*, el *haba*, la *judía*, el *garbanzo* y el *guisante*.

—Mamá decia que hay pueblos donde no se comen esas plantas ¿verdad?

—Sí, hija mia, no en todas las partes de la tierra pueden producirse igualmente las legumbres, y allí donde estas no existen, la Providencia, siempre sabia, ha creado otras que las sustituyen con ventaja, dadas las condiciones del clima y situacion del país.

—¿Qué buena es la Providencia!— observó juiciosamente Ricardo.

—Efectivamente, muy buena; ella atiende lo mismo á las necesidades del leon, rey de los animales, que á las de la pequeña hormiga, y nunca deja abandonadas á las criaturas. Donde al hombre le parezca que no ha de encontrar con que

saciar el hambre que le acosa, hay siempre una planta, un fruto, una simple yerba que puede masticarse sin repulsion, que satisface aquella necesidad horrible, y que llega á convertirse en manjar apetitoso. Dios no podia ménos de hacer el mundo de esa manera, para probar al hombre cuán grande es su poder, y cuán infinita su sabiduría.

—Por eso lo quiero yo tanto—dijo la niña juntando en cruz sus blancas manitas y elevando los ojos al cielo.

—Haces muy bien, hija mia, que Él te protegerá siempre en esta vida, llevándote luego en la otra junto á su trono glorioso y esplendente. Volviendo ahora á nuestras leguminosas, vamos á empezar por el garbanzo, que tanto le gusta á Rafaela y que ella misma nos trajo para darnos una muestra de su saber.

—Sí, papaito, los garbanzos son muy buenos, y cuando están tostados tambien me gustan mucho.

—Pues bien, el garbanzo, por la semejanza que se ha creído advertir en su grano con la cabeza de un carnero, ha recibido el nombre arietinum ó acarnerado.

Al oír estas palabras, los dos angelicales discípulos examinaron con curiosidad los garbanzos que tenían y expresaron con alegres carcajadas su admiración.

—Mira, Ricardo, parece un chotito, ¿no es verdad?

—Nó, tiene la cabeza como el borreguito que trajo Corsana el otro día. Es muy bonito esto, y poniéndole los cuernos sería un carnero.

—Por la misma causa—continuó García, que no quería dejar á sus hijos mucho tiempo en el uso de la palabra,—es decir, por esa semejanza que vosotros decís hallar tambien, y no porque

los carneros tengan especial predileccion por su ramo, ha sido por lo que en algunos países de Europa recibe tambien el nombre de grano del carnero. Cuando tiernos están tan delicados, que son muchísimos los golosos que tiene, y de aquí el que aconsejase Herrera que no se sembrasen nunca cerca de vereda ni camino, porque *cuando están tiernos no pasa ninguno, aunque sea fraile y ayune, que no se lleve un manojo*. Son, sin embargo, muy indigestos, y como no estén bien cocidos ó muy blandos, pueden producir enfermedades.

—Por eso dice mamá que no quiere que comamos muchos cuando parecen balas.

—Precisamente, y tiene mucha razon; pero los españoles, que somos hijos de la tierra clásica del garbanzo, los comemos siempre, á pesar de ese temor, que es exagerado las más de las veces. En otros países, especialmente en el Norte, se cultiva esta planta para pasto de los ganados durante los frios del invierno, para lo cual la siegan en verde y la hacen secar luego como la alfalfa. A los corderos les gusta mucho este alimento, que les es muy provechoso por lo pastosas que son las ramas y las hojas.

—Ya los he visto comérselas muchas veces.

—Sí, despues que se ha recogido el grano les dejamos que coman lo que queda en las eras, sirviéndonos tambien los rastrojos.

—Pues qué, ¿vuelven á nacer los garbanzos?

—Nó; pero como algunos cultivadores extranjeros abonan sus tierras con los garbanzales cuando están en flor, aquí aprovechamos el rastrojo, enterrándolo con el arado, con lo cual se abona el suelo que al siguiente año puede producir una excelente cosecha de cereales.

—¿Y cómo se siembran los garbanzos?

—Las semillas deben tenerse primero algun

tiempo en el agua, con objeto de que estén mejor dispuestos para la germinación, y bien preparado el terreno con dos labores á lo ménos y los abonos necesarios si no se quiere empobrecerle mucho, se siembra al vuelo ó en líneas, enterrando las semillas con el arado, ya al principio del otoño, ya en la primavera, si bien la primera de estas dos épocas es más conveniente, porque las plantas adquieren mayor desarrollo cuanto más tiempo están enterradas, y de este modo resisten mejor la sequedad del estío. Tienen, sin embargo, los garbanzos, ántes de nacer, un enemigo terrible.

—¡Ay! ¿quién? ¿quién?

—Las grullas.

—¡Pícaras! ¿se comen los garbanzos?

—Son aficionadísimas á ese grano, que desentierren apenas el hombre lo ha sepultado con el arado á conveniente profundidad; las grullas en un garbanzal hacen más daño que los gorriones en un campo de trigo ó los tordos en un olivar.

—En cuanto sepa tirar tiros con la escopeta—dijo con mucha formalidad Ricardito,—mataré todas las grullas que vea.

—Trabajo te mando.

—Pues yo pondré muñecos en el campo para espantar á esas pícaras—añadió Rafaela.

—Mejor sería eso; pero de todos modos, allí donde abundan esos pajarracos no hay más remedio que pagarles su contribución, que cobran con recargos y apremios las más veces.

—¿Y las judías se las comen también?

—No parecen aficionadas á esa legumbre, que tan buenos servicios presta al hombre; pero tampoco le faltan enemigos que procuren destruirla ántes que nosotros podamos comerla.

—¿Hay muchas clases de judías?

—Muchísimas, y se pueden comer verdes con

la vaina que les sirve de albergue ó secas en grano, que es como dan mayor alimentacion; los andaluces las conocen con el nombre de frijones, y su nombre científico es *phaseolus vulgaris*.

—A mí me gustan mucho.

—Lo creo; el grano de esta planta proporciona un buen alimento, y son muchos los pueblos de Europa que le son deudores de uno de sus primeros medios de existencia. Tiene además la ventaja de que se conserva muy bien; porque una vez secos los granos, ya no son atacados por ninguna clase de insectos. Las vainas ó legumbres y los tallos sirven en invierno para pastos de los ganados de lana, y cuando no quiere destinárseles á este uso, puede extraerse de ellos, quemándolos, una gran parte de potasa que contienen.

—Papá, tú digiste un día que las judías pueden comerse verdes en invierno ¿cómo puede ser eso?

—Del modo más fácil que puedes imaginar. Se despuntan y se les quitan las hebras, se colocan en un cesto y éste se introduce por espacio de dos minutos en un caldero de agua hirviendo; se sacan y se extienden á la sombra con objeto de que se sequen, y una vez conseguido, se guardan cuidadosamente en vasijas de tierra. De este modo pueden conservarse hasta el invierno, y cuando vaya á hacerse uso de ellas, se ponen primero á humedecer unas seis horas, con lo cual adquieren de nuevo el color verde, la ternura y la delicadeza que tenían cuando se cogieron de la planta.

—Luego voy á coger muchas.

—Y yo; las guardaremos para hacer un regalo á mamá este invierno cuando haga frío.

—Podeis hacerlo muy bien, pero no sabeis cómo se siembran las judías.

—Verdad.

—Tres cosas hay que tener presentes para esta sementera; primero, que no haya temores de he-

ladas ni frios, estando ya la tierra bastante caldeada por los rayos de un sol primaveral; segundo, que el terreno elegido no esté ni muy húmedo ni muy seco, pues ó se pudrirá la semilla ó no germinará, defectos ambos que deben evitarse, y tercero, que se siembre tan á tiempo, que ántes de los primeros frios del otoño estén ya granadas las judías que hayan de destinarse á comer como legumbres secas.

—Y algunas se siembran entre otras plantas; Corsana las ha puesto este año entre el maíz.

—No deja de ser ingenioso ese sistema, porque las mismas cañas del maíz sirven para que las judías trepen y se enreden, adquiriendo mayor fuerza y consistencia; este invento pertenece exclusivamente á los españoles, que no dejan de aprovecharse de sus ventajas siempre que las judías que se siembren pertenezcan á la clase de las trepadoras.

—¿Hay muchas clases de judías, papá?

—Bastantes, y todas muy apreciables; aquí mismo las teneis de las que los valencianos llaman de careta, porque tienen una manchita negra muy regular en el centro, que asemeja un antifaz, y son las más buscadas por los buenos gastrónomos; hay otras que se destinan á comer verdes con la vaina, que es muy delicada, y por la época que fructifican, que es á fin de Julio, reciben el nombre de judías de Santa Ana; las hay tambien de las comunes, gruesas y blancas, ó ligeramente amarillas, que se conocen por frijones, y esas otras pequeñitas, negras ó coloradas que han sido bautizadas particularmente con el nombre de alubias.

—¿Y las habas, son lo mismo que los frijones?

—Nada de eso; el haba, áun cuando de la misma familia, es más basta y de ménos alimento que la judía, si bien el ganado la aprecia mucho más,

especialmente esas pequeñitas que conocemos con el nombre de habas cochineras, por ser los cerdos los que más las comen. Esta planta puede cultivarse en los jardines y huertas con muy buenos resultados; pero como tienen mayores aplicaciones, su cultivo se hace más en grande, proporcionando no pocas ventajas y utilidad al labrador.

—Las habas se comen, ¿es verdad?

—Sí, hijo mio, y hay muchas localidades en España en las cuales el pueblo se mantiene con habas verdes todo el tiempo que puede encontrarlas en ese estado, y es tanta la cantidad que de ellas comen, que por muchas que siembren apenas llegan algunas pocas á secarse en la planta.

—¡Jesus! ¡Qué asco!

—¡Qué! ¿serias tú acaso como los discípulos de Pitágoras que atribuyeren á las habas malas condiciones comestibles, por lo que las respetaban, absteniéndose de ellas como punto de doctrina de la religion que profesaban?

—¿Las tenían por dioses, papá?

—No, nada de eso, creían que eran dañinas, cuando por el contrario, sirven como otra cualquiera legumbre para nutrir al hombre. Nuestros campesinos españoles las comen secas tambien, pero es verdad que ellos tienen estómagos capaces de digerir piedras de molino.

—¿Y no sirve para nada más?

—Tambien tiene otra aplicacion, de la que nos dan noticias los autores latinos que se ocupan de agricultura; dicen que los tesalienses, los macedonios y los romanos cultivaban las habas con el objeto de enterrarlas en los campos en cuanto llegase la época de la inflorescencia, y son muchos, muchísimos, los modernos agricultores, especialmente en Francia é Inglaterra, que aconsejan se siga ese sistema de abonos, que aseguran ser uno de los mejores conocidos, más que nada para los

terrenos arcillosos, que preparan admirablemente para recibir una sementera de cereales. Esto no puede ménos de suceder así, porque no hay planta ninguna que empobrezca ménos el terreno que ésta de que nos ocupamos; áun despues de granar sigue en el estado de yerba en que nació, y la mayor parte de su alimento lo recibe de la atmósfera, por lo que al enterrarla con el arado, devuelve al suelo lo poco que le quitó, y le aumenta la gran cantidad de jugos nutritivos que ha recibido por fuera.

—Ya no quedan más plantas.

—¿Cómo que no? ¿y los guisantes, dónde me los dejas?

—Tiene razon Ricardo; los guisantes, miembros de la misma familia, son de mucho interes, y así creo que lo comprendes tú, Rafaela, cuando tanto te gustan aquellos platos de menestra que tu mamá sabe preparar con tanto gusto.

—¡Ah! es verdad, es verdad.

—El guisante, conocido científicamente por *pisum sativum*, ofrece tambien al hombre un alimento sano y sustancioso, y á los animales domésticos un forraje hácia el cual muestran gran predileccion; pero su cultivo es más propio del hortelano que del labrador, y áun cuando no empobrece la tierra donde se siembra por idénticas razones á las que os he citado al hablar de las habas, no deben pedirse á un mismo terreno dos cosechas seguidas de guisantes, debiendo dejar pasar entre una y otra, por lo ménos, un espacio de seis años, sin cuyo intervalo serian muy pobres y de la peor calidad conocida.

—Son poco interesantes.

—Verdaderamente, su estudio no es muy curioso ni su cultivo ofrece particularidades muy notables, no teniendo tampoco grandes aplicaciones, pues sabido es que pertenece á los comestibles de

lujo, ó que sólo se cultivan para las mesas de los ricos; el labrador apenas hace uso de ellos.

—Entónces no merecen mi aprobacion.

—Pero Corsana los ha sembrado este año.

—Siempre es bueno aprovecharse de todo lo que puede producir algo, y como no dejan de gustaros...

—Eso sí, me gustan mucho.

—Y á mí.

—En ese caso devuélveles la aprobacion que les negabas y concluyamos la leccion de hoy.

—¿Tan pronto?

—Sí, hijos míos, tengo hoy que hacer y es ya muy tarde. Ahora, id á jugar por el jardin, donde vuestro amigo Corsana os espera para que le ayudeis á hacer ramos de flores.

Los dos niños se levantaron, no sin sentimiento, besaron á su padre respetuosamente y partieron saltando como corzos á quienes se pone en libertad despues de un largo cautiverio.

García se levantó á su vez y tomó el camino de la granja, y yo que tan buenos momentos habia pasado detras de las chumberas, salí de mi observatorio, monté á caballo y continué la marcha.

Un momento despues echaba pié á tierra de nuevo delante de la casa.

García que me esperaba sin duda en el portal, salió á mi encuentro tendiéndome la mano.

—Sabia que vendrias temprano—me dijo al mismo tiempo.

—Debias suponerlo, porque cumplo siempre mis palabras. Además, sino te fuera molesto estaria aquí toda mi vida.

—¿Te gusta mi choza?

—¡Diablo! muchos palacios quisieran parecersele. Vengo de asistir á tu leccion de agricultura.

---

—¡Hola! ¿has oído?...

—Todo.

—Distraigo á los pequeñuelos.

—Sí, y los instruyes al mismo tiempo; eso es muy bueno.

—Los pobres no tienen otro maestro y necesito esmerarme, aunque á decir verdad no nací para dómine.

—Sin embargo, aprovechan tus lecciones.

—¡Ya! porque ellos son muy listos. Pero vamos á dentro, tomarás cualquier cosa, charlaremos un rato y despues de almorzar iremos á visitar á Enriqueta. Supongo que lo deseas.

—Ciertamente.

—Bueno, hay tiempo para todo.

Y cogiéndose á mi brazo nos encaminamos á la granja.

---

## CAPÍTULO X.

Instrucción del agricultor—El instinto en los vegetales.—Un paseo entre las flores.—Ataque de los pulgones colorados.—Los insectos y el modo de destruirlos.

Corsana, que iba también al jardín, nos encontró en el camino.

—Dios guarde á ustedes, caballeros—dijo quitándose el sombrero que le cubría siempre la cabeza.

—¡Hola, Corsana! buenos días,—le contesté tendiéndole una mano que él se apresuró á estrechar entre las suyas.

—¿Se ha madrugado, eh?

—Mi amigo desea—dijo García terciando en la conversación,—ver si es cierto lo que le he dicho de que ya no eres aquel gañán de otros tiempos que no sabía más que matar toros y coger anguilas.

—¡Bah! el señorito se habrá querido burlar del pobre viejo.

—No lo creo yo así, y por el contrario, sospecho que ha de tener razón en lo que dice.

—Es muy buen maestro, pero yo soy un discípulo muy torpe, porque á mi edad ya se aprende poco nuevo. Los chicos sí que van á salir muy listos.

—Sin embargo, Corsana ha hecho grandes adelantos, y buena prueba de ello es que yo le fio ya muchos asuntos á que no puedo atender por mi mismo. Antes era mi brazo, hoy es casi mi cabeza.

—¿Quiere usted quedarse conmigo, señorito?

—Además, en los casos de apuro me consulta y yo tengo un especial gusto en explicarle lo que no sabe.

—Ojalá fueran así todos nuestros labradores— dije yo, que recordaba lo que había dicho mi amigo el día ántes sobre la decadencia de nuestra agricultura.

—No faltaria quien les explicase lo que deben saber para cultivar con más aprovechamiento sus campos; pero nuestros agricultores nacieron en medio de la rutina más absurda, aprendieron al hacerse hombres máximas y consejos que sus padres habían aprendido á su vez de los suyos, y aún cuando se les quiera enseñar otras cosas las rechazan por no hallarse conformes con lo que mamaron en su infancia. Apegados á sus rancias costumbres, sólo á fuerza de grandísimos trabajos se consigue que admitan una reforma, y como sus resultados no se toquen en el acto, la rechazan en seguida y vuelven á sus prácticas que creen más convenientes. No está, sin embargo, en ellos solos la culpa: muchos de los que debieran dirigirles y enseñarles ignoran completamente los primeros rudimientos de la ciencia.

—Verdad que sí: no es sólo al pueblo al que falta instrucción.

—Y no obstante de eso, él es el único ignorante: los demás todos son sabios.

—¿Y crees tú acaso que el labrador necesita indispensablemente conocer las propiedades de las tierras que trabaja y de las plantas y árboles que cultiva?

—¡Oh! sí, siempre he creído que, si no profundizando las materias, lo cual seria muy difícil ó acaso imposible, necesitándose para ello toda la vida de un hombre, debe tener al ménos una ligera nocion de cuanto le interesa más de cerca,

es decir, de todo lo que constituye su industria particular.

—¿De modo, que necesitaria saber segun tu opinion?...

—Deberia saber que la agricultura como ciencia se apoya y vive á la sombra, digámoslo así, de la física, la química y la botánica; estar impuesto en todos los detalles de la vegetacion; conocer las variadas influencias de los meteoros atmosféricos, acuosos y terrestres; los órganos de los diferentes vegetales que cultiva, su modo de ser, de vivir, de procrearse, las enfermedades que les aquejan, medios de extirparlas; mejoras que pueden introducirse en el cultivo para que produzca mayores rendimientos; sistemas de abonos, y en fin, todo aquello que se roza más directamente con su ocupacion, y que de ignorarlo le ha de causar no pocas pérdidas muchas veces, como sucede por desgracia en la actualidad.

—Seria necesario para eso que los labradores fueran sabios.

—No, nada de eso: el pensar así es caer en otro error que produce tambien fatales resultados; en nada como la agricultura se prueba aquel refran que dice, «todos los extremos son viciosos;» la ignorancia completa produce poco y malo, pero un sabio tampoco haria mucho más, porque su ciencia le ahogaria, faltándole práctica: en un término medio se encuentra, como en todo, la verdadera virtud.

—Esa es una antigua máxima.

—Lo cual no impide que sea una gran verdad.

—Es, pues, muy difícil ser un buen agricultor.

—No lo creo así; y buena prueba de ello es Corsana, que hoy puede dar lecciones á todos sus antiguos compañeros del cortijo de D. Ricardo.

—Verdad que sí—dijo el viejo.

—Desde luego; pero ha tenido un excelente profesor.

—Que me ha enseñado cosas muy buenas.

—Todos podrian proporcionarse la misma instruccion sin grandes trabajos: existen muy buenas obras sobre el particular.

Discurriendo de este modo, llegamos al jardin.

Los dos niños, que esperaban á Corsana despues de su leccion, nos salieron al encuentro.

Al verme corrieron á darme un beso.

—¿No traes perdices?—preguntó Ricardo.

—Hoy no he visto ninguna—le contesté.

—Entónces no te regalaré un ramo de flores—añadió Rafaela saltando á mi cuello para darme otro beso.

Los rayos del sol empezaban á alegrarlo todo con su benéfico influjo, y las plantas parecian renacer á su vista: los grandes girasoles volvian hácia el astro del dia sus redondas y amarillas flores.

—Curioso espectáculo—dije observando el ligero movimiento de rotacion de aquellas plantas.

—El instinto.

—¿Qué! ¿acaso los vegetales tienen instinto como la raza animal?

—¿Por qué no?

—Es broma tuya.

—No, no es broma; contínuas observaciones lo demuestran.

—Pero...

—Ahí tienes esas plantas corredoras, la pasionaria misma que sombrea ese cenador, te lo prueba. Apenas nacen sus tallos, se doblan, dirigen sus garfios á puntos distantes, en los que se apoyan para extenderse, saltan de rama en rama, ciñense á los troncos, y cuando la vida les falta, porque sus raices no pueden extraer de la tierra los jugos necesarios para tanta rama y tanta flor,

desciende, vuelve al suelo, uno de sus numerosos brazos se fija en tierra, y á manera de un acodo artificial, se provee de nuevas raíces, adquiere vigor, renace, y sigue su obra para repetir la operacion de nuevo en cuanto las dobles raíces son pocas para tan inmensa planta.

—Mira, yo lo he visto eso muchas veces—añadió Ricardo como para dar con su afirmacion más fuerza á las palabras de su padre.

—Si eso no te convence, recuerda que la sensitiva, pudorosa como una vírgen de quince años, encoge sus pétalos y cierra su cáliz siempre que nota que se la aproxima un sér viviente, porque sabe que las emanaciones de aquel perjudican notablemente su desarrollo.

—Efectivamente, lo recuerdo.

—Podria citarte muchos casos análogos observados en otros vegetales, pero como pudieras hacerme la objecion, muy justa por cierto, de que en plantas delicadas nada tiene de particular observar esos fenómenos, voy á referirte un caso ocurrido aquí no hace aún muchos dias con las raíces de un árbol, que no será sospechoso de delicadeza, con un olmo. Has visto que los hay á orillas del riachuelo, pues bien; se colocó un monton de estiércol á unos ochenta pasos de los árboles, y diez dias despues, al recogerlo para abonar unas tierras, se encontraron debajo un número considerable de raíces capilares de muchos olmos. ¿Quién les enseñó el camino para ir á proveerse allí de los jugos que trasmitieron luego á sus árboles respectivos, ni quién les dijo que allí podrian encontrarlos?

Confieso que me quedé sin saber qué razones oponer á aque'lla prueba tan concluyente, y desde entónces no dudé ni un sólo momento del instinto de las plantas, fenómeno para mí desconocido.

Habíamos llegado ya á la parte del huerto des-

tinada á las flores, y Corsana, armado de unas grandes tijeras, empezó á segar las que aquella mañana habian abierto por completo su cáliz.

—Supongo que esas flores serán para vender— dije al observar la gran cantidad de ellas que cortaba.

—Sí; es una de mis pequeñas industrias.

—¿La consideras como tal?

—Y tanto: no ha dejado hasta ahora de producirnos muy buenos resultados.

Rafaella se encargó de enseñarme cuantas flores se criaban allí, en tanto que Ricardo reunia en un cesto las que Corsana iba cortando, y García, por no estar ocioso, podaba unos rosales.

Os aseguro que he visto en pocos jardines, ó mejor dicho, en ninguno, la inmensa variedad de flores que conté en aquel, y que la niña me iba enumerando, orgullosa de servirme de *cicerone* entre aquellos cuadros llenos de perfumes, que embalsamaban el ambiente hasta el punto de hacerse muchas veces insoportable.

Allí se encontraban representadas las treinta y dos especies de *claveles* conocidas, entre las que se distinguían la *clavellina de pluma* con sus pequeñas hojas rizadas, y el *de China*, de brillantes colores jaspeados, las *perpétuas* amarillas y moradas, los *pensamientos* ó *trinitarias* con sus aterciopeladas hojas de tan bella figura y la *cruz de Jerusalem* doble, que tan fragante aroma despide.

De otro lado se veían el *don Diego*, que vive tanto tiempo con sus innumerables corolas de embudo de tan variados colores; la *peonía*; el *lirio* de azules hojas; la *malva real* de suave perfume; la *albahaca*, que tanto se extiende y engrandece; la *boca del dragon*, que parece imitar efectivamente el órgano del animal cuyo nombre lleva; la *enredadera* cubriendo los cenadores;

los *geráneos*, con sus cuarenta especies de tantos colores; las preciadas *violetas*, emblemas de la modestia; el *resedá*, la *mejorana*, el olorífero *jazmín*, con sus pequeñas hojuelas blancas, y la *lila* en sus distintas variedades de árbol, planta y arbusto.

Más allá crecían las cincuenta y tres especies de *rosales* conocidas en España, llenando el ambiente con sus balsámicos olores; la *verónica*, la *dalia*, que Cavanilles trajo de Méjico, y agradable sólo por la hermosa vista de sus aterciopeladas hojas; las blancas *azucenas*, cuyo excesivo perfume embriaga; el *espejo de Venus*, que las sevillanas cuidan en sus entoldados patios árabes; la *magnolia*, tan apreciada y más blanca que leche; la delicada *camelia*, que tan alto precio obtiene en los mercados; la *siempre-viva*, que instintivamente nos hace pensar en el día de difuntos; el *aromo*, con sus flores á manera de esponjitas amarillas, pero que tanto perfume despiden; la *enredadera gigante*, que recuerda á los hijos de América las *lianas* que unen los árboles de sus inmensas selvas haciéndolas impenetrables; y descollando entre tanta flor, á cual más bella, la *Reina Victoria*, tan nueva como hermosa, y de la que los ingleses, que la han bautizado con el nombre de su graciosa soberana, se muestran tan orgullosos.

Rafaela me enseñaba todo; me decía el nombre de cada flor, y á veces hasta se permitía, con cierto tonillo de dómíne de aldea, indicarme la procedencia de algunas de ellas, reseñándome el modo de cultivarlas.

Todo lo había aprendido de su padre; y en verdad que el profesor podía estar orgulloso de su discípula, porque no era fácil encontrar en niñas de su edad muchas que con tanto acierto hablaran de las flores.

Os cuento detalladamente todo esto, porque á pesar de preocuparme mucho la imágen de Enriqueta y su recuerdo dulcísimo, se grabaron de tal manera en mi mente las palabras de la niña, que no las he olvidado nunca, ni aún despues de haber pasado tantos años.

Ella me explicó las clases de tierra necesarias para cada flor y el modo de prepararla; aseguraba muy formal, y con cierto aire de gravedad que no carecia de gracia, que sólo pensaba en ser jardinera; más que las muñecas le agradaban las flores, y Corsana tenia en ella un ayudante que le evitaba muchos trabajos.

Todo esto era muy natural; las mujeres aman á los pájaros y á las flores, que Dios parece haber criado para ellas, y desde niñas se manifiesta muy clara esa inclinacion, que llega más tarde á convertirse en verdadero cariño, al que acaso posponen el del hombre.

Sus gustos son tan delicados y purísimos como esas mismas flores que forman su encanto.

Hablando de este modo, parándonos algunas veces á contemplar alguna flor rara que me era desconocida, y andando casi siempre muy despacio, dimos una vuelta completa á los cuadros de las flores.

Distinguíamos ya á pocos pasos de distancia á Ricardo, que se habia sentado junto á unos rosales, cuando le oimos gritar desesperadamente y como si se viese en algun grave peligro.

—Ricardo grita—dijo la niña soltándose de la mano á que se habia cogido y corriendo hácia el sitio donde se encontraba su hermano.

Apresuré el paso y llegué á tiempo de presarle mis socorros.

Una nube de pulgones de hormiga, colorados, de esos que atacan con tanta frecuencia á los rosales, comiéndose la parénquima de sus hojas, cu-

bria por completo el cuerpo del niño, que entretenido con las flores que Corsana le entregara para colocar en los cestos, no se habia fijado en que, lleno el rosal á cuyo pié se habia sentado de aquellos insectos, se desprendieron poco á poco de la planta, inundándole de piés á cabeza. Sólo cuando los sintió correr por el cuello, fué cuando le llamaron la atencion; pero entónces ya no pudo quitárselos de encima, prorumpiendo en los gritos de socorro que nos alarmaron á todos.

Corsana y García llegaron casi al mismo tiempo que nosotros, y pudimos entre los tres librar el cuerpo del niño de tan incómodos huéspedes; por fortuna los pulgones no atacan al hombre, porque la conformacion de su boca no les permite chupar su sangre, y si aquellos se habian apoderado del cuerpo de Ricardo, seria acaso para hacerle abandonar aquel sitio, donde ellos creian reinar únicamente, destrozando por completo el pobre rosal objeto de sus ataques.

A no ser por las angustias del pobre muchacho, la escena hubiera tenido más de jocosa que de séria, porque verdaderamente era cosa de soltar la carcajada el ver los desesperados esfuerzos que hacia el pobre niño para desembarazarse de sus molestos enemigos, y el considerable número de ellos que subian y bajaban por todos lados, convirtiendo su cuerpo en un verdadero banco de coral en continuo movimiento.

Quedó al fin libre de ellos, y entónces no pudo ménos de reirse, en lo que le imitamos todos, recordando el pasado susto.

—Papá tiene la culpa de todo esto—dijo en seguida recobrando su gravedad;—si me hubiera dicho que esos animales son inofensivos, no habria pasado un susto tan grande.

—¿Me lo has preguntado alguna vez?

—Pues bien, ahora deseo saberlo, no sólo de

éstos, sino de todos los que haya en el jardín.

—¡Chico! eso es interminable.

—¿Y qué importa?

—Creo, como Ricardo, que no debes dejar de explicar cuanto sepas—añadí yo acudiendo en apoyo del niño;—tu doble cualidad de médico y naturalista, te pone en el caso de conocer todos estos animalillos, y como agricultor, observo con disgusto que no has pensado en destruirlos, con lo cual ellos destruirán primero tus plantas.

—Tienes razon—contestó García;—confieso mi falta y ahora mismo voy á enmendarla.

Nos sentamos en un cenador inmediato, cubierto completamente por esos rosales que producen flores diminutas, de apagado color, que en algunas partes llaman *rosas de pilimini*, y el médico empezó á hablar de este modo:

—Supongo que no querreis que me ocupe de más insectos que de aquellos que atacan á las plantas del jardín, porque otra cosa...

—¡Ah! sí, desde luego—dije recordando que teníamos que ir á ver á Enriqueta, y presumiendo que si dejaba hablar á García teníamos para muchas horas.

—Pues bien, reptiles, insectos, parásitos, de cualquier clase y forma que sean, pueden dividirse en tres grandes secciones, segun la manera que tengan de atacar á las plantas; unos que roen y taladran sus tallos, otros que mutilan completamente partes de mucha importancia, y sin las cuales no pueden vivir, y otros que con su baba, que todo lo quema, encorvan arrugan y secan el árbol ó la planta que atacan.

—Tambien los hay que no hacen daño ninguno.

—Ese es un error gravísimo; todo insecto que vuela ó corre sobre las flores, vive á su costa. Ahí tienes sino á la *cistela amarilla* que tan bonito color tiene, con sus patas granulosas y que pa-

rece ser inofensiva, y que sin embargo, con su boca prolongada en forma de espolon no deja de hacer todo el daño que puede á las flores, de cuyo jugo se alimenta; la *mordela manchada*, tan comun tambien en nuestros climas, con su color rojizo manchado de negro por la parte anterior del cuerpo, causa grandes perjuicios á las plantas.

—Pero esos no son seguramente sus mayores enemigos.

—Cierto, pero basta para probar que todos los animales que viven á costa de las flores y plantas, las destruyen como no se les arroje del lugar que ocupan.

—¿Y cuál es el insecto más temible de todos?—preguntó Rafaela, que se impacientaba con tanto comentario.

—Seguramente que no puede darse otro peor que el *saltamonte viajero*, cuando reunido con un inmenso número de sus compañeros, cae sobre un campo cultivado, del que apenas quedan vestigios á las pocas horas. Tienen el cuerpo y las patas verdes, con las alas parduzcas y verticales, y los dos sexos cantan frotando las piernas sobre las alas; viven en Europa y más especialmente en las regiones meridionales.

—Entónces constituyen una plaga...

—¡Horrible! nada se libra de su voracidad y reducen una comarca á la más espantosa miseria en bien poco tiempo. Despues de estos insectos los peores son los pulgones, que viven en los tallos de muchos vegetales y que las más de las veces toman el mismo color de la planta sobre que acostumbran á posarse. La madre de casi todos los pulgones es la hormiga roja, esa que ha atacado á Ricardo, que tiene tambien un gran enemigo en la mariquita ó *coccinella*, que la persigue con objeto de devorarla hasta en sus mismos hormigueros.

—Apreciable mariquita.

—Mucho, por los grandes servicios que, destruyendo á los pulgones, presta á la agricultura. Aumentan la lista de animales que dañan á las plantas, el *escarabajo negro verdoso*, la *chinche de huerta*, las *babosas negras*, toda casta de *carrácoles* y los innumerables géneros de *langostas serradoras*, *saltones* y *orugas de jardín*. Las mariquitas, como ya he dicho, y muchas especies de aves y los galápagos, que persiguen y matan cuantos insectos ven, dan continua guerra á los destructores de vegetales, pero no es esto bastante á concluir con ellos, y se hace preciso que el hombre emplee para ello todos los recursos que le dicte su ingenio.

—Dime uno, papá—gritó Ricardo,—que voy á vengarme de los pulgones.

—Pueden matarse con olores fuertes, sembrando ruda ó ajenjos entre las otras plantas, regando á menudo los tallos, ó mejor ciñendo al pié de los árboles y vegetales atacados pedazos de lana ó estopa que impide á los pulgones subir á las ramas tiernas y delicadas.

Ricardo no quiso escuchar más y partió como una exhalacion á poner en práctica, sin duda, alguno de aquellos medios, y nosotros dimos por terminada la explicacion pasando al comedor donde ya nos esperaba Matilde para almorzar.

## CAPÍTULO XI.

En el cortijo.—Vista deliciosa.—El salto de la novia.

Concluido el almuerzo, ensillaron los caballos y salimos García y yo en direccion del cortijo de Enriqueta que distaba como una media legua de la Granja.

Un camino ancho y arrecifado, que habia sustituido al antiguo sendero abierto despues de muchos años por el continuo paso de los labradores, construido para facilitar las comunicaciones entre ambas casas, se extendia por la llanura, atravesando el riachuelo que mis lectores recordarán se interponia entre el valle y el cortijo, por un hermoso puente de mampostería con un gran arco sobre dos sólidos estribos.

Hablamos al salir del suceso del dia anterior.

—Anoche mismo—iba diciendo García poniendo su caballo al trote—le mandé el jabalí á su casa. Corsana fué y no le dieron ni las gracias.

—Empezará acaso á avergonzarse de su infamia.

—No lo creo. Federico ha demostrado ser un canalla y no conoce la vergüenza.

—¡Quién sabe!

—¿Habló contigo?

—Ni una palabra.

—¿Pero no le has visto?

—Tampoco: me encaminé directamente á mi habitacion cuando llegué anoche y no pregunté siquiera por él.

—Y esta mañana...

—Dormia aún cuando salí.

—Puede que hable contigo cuando te vea, pero no será para arrepentirse, bien seguro, sino para jactarse de su accion criminal.

—¡Oh! no lo hará delante de mí.

—Se reirá de tu enojo.

—Es que entónces...

—¡Diablo! ¿tanto te interesas?...

Al oír esta pregunta, que García me dirigió de la manera más natural del mundo, tiñóse mi rostro del color de la amapola, y sentí palpitar con más fuerza el corazón dentro de su estrecha cárcel.

—No... no he querido decir tanto—balbuceé sin hallar otra contestacion mejor y sin acertar á explicarme yo mismo lo que acababa de ocurrirme ante una pregunta tan sencilla.

La verdad es que hasta aquel momento no habia sabido darme razon del interes que me inspiraba la jóven, y creo que así hubiera continuado largo tiempo; pero García, hiriendo la fibra más sensible de mi alma, me hizo conocer cuál era el sentimiento que Enriqueta habia inspirado á mi corazón.

¿La amaba?

Creo que sí, porque luego, cuando las circunstancias me condujeron adonde yo no habia creído llegar nunca, lo comprendí mejor.

Después de aquella pregunta de García no volvimos á desplegar los labios hasta que llegamos al cortijo: mi amigo conoció sin duda el efecto que me habian producido sus palabras, y con exquisita delicadeza no quiso volver á ocuparse del asunto por temor de ofenderme.

El cortijo era un vasto edificio antiguo, pero con todas las dependencias necesarias para una gran casa de labor: un bonito pabellon, recientemente construido, era el que habitaban Enrique-

ta y su tia, y á su puerta fué donde detuvimos nuestras cabalgaduras.

Un criado se encargó de ellas y subimos á las habitaciones del primer piso.

La anciana tia de Enriqueta era una señora muy agradable, de entretenidísima conversacion y que á pesar de sus muchos años y de los pesares que habian hecho desgraciada su juventud, agriando algo su carácter, conservaba buen humor y una jovialidad envidiables.

Nos recibieron tia y sobrina con mucha afabilidad, y supe con placer que Enriqueta estaba bastante mejorada de su indisposicion de la víspera.

García empezó á hablar con ella de negocios; la anciana y yo nos ocupamos de la vida tranquila que allí hacian, de la hermosura de los campos y de otras mil bagatelas insignificantes que forman el fondo de toda conversacion entre personas que se hablan por primera vez.

Algunos minutos despues, García se levantó: queria ir á visitar los trabajos del campo, pues como recordarán mis lectores, seguia siendo el administrador de los bienes de Enriqueta.

Prometió volver á buscarme y salió en seguida.

La conversacion se hizo entónces general: hablábamos del talento, actividad y disposicion de mi amigo. Enriqueta le queria mucho y así me lo dió á conocer.

—A él le debo muchas cosas, tantas, que seria imperdonable no quererle mucho tambien.

—Usted le favorece demasiado—dije yo.

—Nada de eso; le hago justicia y no son mi cariño ni mi eterno agradecimiento bastante pago á lo muchísimo que le debo en este mundo.

—Creo que por usted cualquiera haria lo mismo—repliqué.

Aquello era rebajar el mérito de mi amigo, sin

duda alguna, pero ¿qué quereis? estaba celoso de él, aunque sin motivo para ello.

Me invitaron á comer, y cuando volvió García querian que él se quedase tambien. Pretextó una ocupacion y volvió á marchar rehusando el convite.

Al salir me dijo al oido:

—Es mejor que te quedes solo con ella.

Y apretó mi mano entre las suyas.

La comida se sirvió temprano y en seguida salimos á paseo: la anciana no pudo acompañarnos, y Enriqueta y yo marchamos solos en direccion á un promontorio de rocas, por entre cuyas grietas crecian el romero y el tomillo, y á cuyo pié corria agitado y bullicioso el riachuelo.

Nada más hermoso que el panorama que desde allí se ofrecia á nuestra vista: á la derecha el valle de García, cubierto de verdura, atravesado por el arroyo que serpenteaba como una cinta de plata: á la izquierda, los altos estribos de la cordillera que, corriéndose al Norte, limitaba las cuencas del rio y del Guadalquivir, que no léjos de aquel sitio se deslizaba hácia el mar, y en ellos la vegetacion más lozana que podais imaginaros, cambiando el verde oscuro de las encinas y carrascos que cubrian las alturas, en el claro, casi amarillento de los naranjos y limoneros de las huertas que á sus piés se extendian como la rica falda de una reina, cuya orla besaban sus vasallos; el trigo y la cebada, encorvando graciosamente sus tallos al soplo suave de la fresca brisa del Sur: en frente, el coto del marqués, como una negra sombra que sirviera de valladar á aquellos terrenos tan fértiles, pero magnífico tambien con su imponente grandeza; á nuestra espalda, el certijo, blanco como la granja del valle, y como ella destacándose de un fondo de verdura, rodeado por el riachuelo, que como una madre cari-

ñosa, repartía sus jugos por todas partes, fertilizando cuanto humedecía con sus cristalinas aguas; y de todos lados, á la derecha, á la izquierda, detras y delante, ese ruido peculiar del campo á la caída de la tarde, los balidos de las ovejas, los mugidos de los bueyes, y dominándolo todo, el cantar de los labradoras, impregnado de misteriosa y dulce melancolía, como todos los cantares de la hermosa tierra andaluza.

¿Me negareis ahora que la naturaleza convidaba á amar? ¿Hubiera habido alguno que en aquel sitio, ante tanta belleza, sentado junto á una mujer hermosa, de grandes ojos llenos de dulzura, de pálidas mejillas que resaltaban aún más su hermosura, y teniendo un corazón vírgen á las impresiones del amor, se quedara mudo y no sintiera algo en su alma que pudiera traducirse por el primer gemido de esa pasión tan santa como bella?

¡Ah! confesad conmigo que no hubiera sido posible, y si yo, aún conociendo su desgraciada historia, aún sabiendo que su amor era para otro, indigno, sin duda ninguna, de poseerlo, la amé como un loco, creo que obré como cualquiera en idéntico caso, y mi falta, si este nombre podía dársele á aquel cariño que acaso ha labrado la desdicha de toda mi vida, es muy perdonable.

—Este sitio es magnífico—dije después de unos momentos de silencio destinados á contemplar tanta belleza.

—Verdad, *el salto de la novia* es el mejor punto de vista de estos alrededores—me contestó.

—¿Se llama así ese promontorio?

—Sí, los naturales del país le han bautizado con ese nombre.

—¡Salto de la novia! Es particular...—murmuré creyendo encontrar algo misterioso en aquella circunstancia.

—¿Le extraña á usted?

—No, nada — dije reponiéndome para no darla á conocer tan pronto lo que pasaba en mi alma;— pienso que ese título tendrá un origen...

—Efectivamente, he oido contar esa historia.

—Debe tener mucho encanto; el lugar de la accion se presta á ello.

—¿Quiere usted juzgar por sí mismo?

—¿Seria usted tan amable?...

—¿Por qué no? Referiré á usted la historia tal como me la han contado no hace aún muchos dias. Crea usted que no la he podido olvidar ni un sólo momento.

Y como recordara sin duda la suya, volvió el rostro hácia otro lado para que no sorprendiese dos lágrimas que se desprendian de sus ojos.

Despues empezó su relacion del siguiente modo:

—A principios de este siglo, el cortijo donde yo habito al presente, más grande que ahora, estaba subdividido en cuatro partes, en cada una de las cuales habitaba una familia distinta que tenia á su cargo una pequeña extension de terreno. Una de ellas se componia del padre, llamado Tomás, de su esposa Teresa y de una hija modelo de hermosura y bondad, que habia recibido el dulce nombre de María.

Los ancianos que la conocieron cuando sólo tenia quince años, hablan de ella con delirio; no podia pedirse, entre gentes que pasaban la vida en el campo, expuestas de continuo á los rayos del sol y á las variaciones atmosféricas, un cutis más blanco ni más delicado que el suyo; tenia los ojos negros y negro era tambien su pelo que peinaba en anchas trenzas formando rodete, con dos rizos delante de las orejas que no dejaban de agraciar su rostro; sus labios eran corales, y un semblante ovalado y de agraciados contornos, encerraba todas aquellas perfecciones.

Cuando una muchacha tiene la edad de María y reúne sus encantos, es muy difícil que esté largo tiempo sin novio; y no la faltaron pretendientes que quisieran pasar á la categoría de tales, siendo entre todos el preferido, un hijo de unos vecinos de Tomás y Teresa, guapo mozo, de arrogante presencia, llamado Miguel.

Ambos jóvenes parecían haber nacido el uno para el otro; se amaban, caballero, como deben amarse los ángeles en el cielo, y nada empañaba la dicha que disfrutaban, por más que á él no le faltasen envidiosos, y á ella muchas compañeras, tanto del campo como del pueblo vecino, que miraran con malos ojos el que hubiese conseguido amor del mejor mozo de estos contornos.

Los padres de los jóvenes aprobaban estos amores y todo marchaba bien para ellos; como vivían casi juntos, en cuanto volvía él del campo, en el que trabajaba desde que el sol lanzaba sus primeros rayos sobre la tierra, iba á buscarla á la vecina fuente, donde ella llenaba su cántaro y volvían juntos á su casa para no separarse en toda la velada, hasta que los padres, rendidos de la fatiga del día y agotada su conversacion, no tan agradable seguramente como la de los jóvenes, daban la orden de retirada y cada uno volvía á su casa.

Así trascurrieron dos años y así acaso hubieran trascurrido muchos más, si el leon español sacudiendo la melena y lanzando feroz rugido no hubiera llamado á sus hijos en torno suyo para vengar á las víctimas del inolvidable 2 de Mayo.

Miguel partió para la guerra y María se quedó como usted puede imaginar; las lágrimas corrían continuamente por sus mejillas, y si algun consuelo encontraba en su dolor, era tan sólo visitando aquellos sitios que por haberlos recorrido con su amante le recordaban su imagen y las horas de ventura que con él había pasado.

Todo tiene fin, sin embargo, en este mundo, y aquella ansiedad que destrozaba el corazón de la pobre niña terminó al cabo de cinco años. Durante aquel tiempo, fueron muchos los que trataron de hacerla olvidar á su prometido; pero ella, fiel á su juramento, no faltó un sólo instante al que reinaba en su alma, que podía tener la seguridad de encontrarla tal como la dejó, ó quizás más enamorada, porque,

ausencia es aire,  
que apaga el fuego chico  
y aviva el grande;

y el fuego que ardía en su alma era inmenso, tan inmenso como su dolor por espacio de aquellos cinco años, que la parecieron cinco siglos de mortales angustias.

Uno entre todos los pretendientes que tuvo María desde que cumplió los quince años, no dejó, á pesar de sus amores con Miguel y de su constancia durante la ausencia, de molestarla continuamente con sus protestas, que no eran sino redes tendidas á la virtud de la jóven.

Era el marqués de X, dueño del cortijo y de las tierras comarcanas, que, huérfano de padre y de madre algunos meses ántes de marchar Miguel, y cuando apenas contaba quince años habia entrado en posesion de sus bienes, retirándose á vivir en este país, acaso por no tener valor para defender á su patria con las armas en la mano.

Aunque jóven estaba ya versado en la escuela de la disolucion, y habia querido hacer de María su manceba, poniendo en juego todos los infames recursos de que se valen los seductores de oficio, inspirados sin duda por el rey de las tinieblas; pero ella, que apreciaba mucho más su honra que su vida, despreció siempre al marqués, aun á riesgo de captarse su odio, que debia ser terrible.

Desesperado al fin de encontrar siempre una resistencia tan tenaz, y comprendiendo que en tanto fuese amada por Miguel no conseguiría ni aún hacerla su esposa legalmente, se propuso concluir con aquellas relaciones de cualquier modo que fuese, siempre que quedasen tan separados el uno del otro, que él mismo la aborreciera tanto como ántes la había amado.

La idea era diabólica y el plan que, para ponerla en ejecución estuvo pensando el infame, no pudo serlo más.

Cuando supo que Miguel volvía cubierto de gloria y loco de contento porque al fin iba á ver realizado el supremo deseo de su alma, le salió al encuentro y le detuvo.

Lo que allí hablaron ambos jóvenes no se sabe porque nadie pudo escuchar su conversacion; pero se deduce por lo que luego sucedió, que el infame empañó con una calumnia horrible la limpia honra de la joven. Miguel, pobre hombre que no conocia los deseos de su señor y que creía de buena fe sus consejos, llegó al cortijo desesperado, calenturiento, loco de dolor, y cuando María le salió al encuentro, con la sonrisa en los labios y las lágrimas de gozo en las pupilas, abiertos los brazos para estrecharle entre ellos, fué rechazada por su amante, que la separó bruscamente, lanzándola con fuerza contra el suelo y murmurando al mismo tiempo con voz que la desesperacion hacia más ronca:

— ¡Infame! ¡apártate de mí!

Y entró en su casa sin escuchar á nadie, encerrándose en su cuarto, que su madre tenía ya preparado para habitacion nupcial.

Calcule usted, caballero, cuál sería la sorpresa de las dos familias que no podían nunca esperar un desenlace como aquel, y cuánto sería el dolor de la pobre joven, que con esa misterio-

sa comprension del alma enamorada, que todo lo ve en seguida, creyó adivinar lo que significaban las palabras de su amante.

Como resultado de aquella escena, la paz se perdió en aquellos dos hogares, ántes tan tranquilos y venturosos, y el marqués fué el único que sonrió con alegría al ver el buen éxito que habia tenido su infame estratagema.

Dios, sin embargo, no podia abandonar de aquel modo la inocencia, dando el triunfo al libertino marqués, y aquella misma noche inspiró una buena idea al padre de María.

Entró en casa de sus vecinos y preguntó por Miguel.

—Aún no ha querido abrir la puerta de su cuarto—contestó la desconsolada madre que no habia hecho más que llorar en todo el dia.

Tomás se llegó á la puerta y llamó.

—Abre, Miguel—dijo,—deseo hablar contigo.

—No puede ser, Sr. Tomás—contestó Miguel que no queria revelar al padre de María el secreto que le habia hecho tan desgraciado.

—Abre—repitió Tomás;—lo exijo, porque has deshonrado á mi hija con tus palabras de esta mañana y vengo á pedirte una satisfaccion.

—¡Ah! déjeme usted por Dios—dijo Miguel;—no quiera usted saber lo que ha de hacerle desgraciado para siempre.

—Te repito que abras ó echo la puerta abajo.

—Usted lo quiere... sea.

Y abrió la puerta que volvió á cerrar en cuanto entró Tomás.

La conferencia duró mucho tiempo; cuando el padre de María salió al fin, su rostro estaba pálido como el de un difunto y en sus mejillas se notaban los surcos que habian dejado las lágrimas.

En cuanto á Miguel, volvió á encerrarse y sus

padres, que no pudieron dormir en toda la noche, le oyeron sollozar y aún pronunciar algunas veces el nombre de María, mezclado con otras palabras cuyo sentido no pudieron comprender. Al día siguiente muy temprano Tomás llamó á su hija, que tampoco habia cerrado los ojos, y ambos se dirigieron á este sitio: las lluvias del invierno habian engrosado el riachuelo y por este terreno que, como usted ve, es muy profundo, corria turbio y cenagoso con bastante rapidez.

Cuando llegaron á esta altura encontraron á Miguel que, acostado en la húmeda tierra, contemplaba las oscuras aguas del riachuelo.

Tomás le saludó y María sintió correr de nuevo el llanto por sus mejillas; la pobre jóven ignoraba todavía de que se trataba, y su padre nada le habia dicho tampoco del motivo que tuviera Miguel para rechazarla el día ántes, cuando amorosa y sonriente, se habia acercado á abrazarle.

Miguel se incorporó y saludó á su vez al anciano, sin mirar á María que estaba al lado de aquel.

—Hija mia—dijo con voz solemne Tomás despues de breves momentos de silencio;—te acusan de una falta que tengo la seguridad que no has cometido; mi honra y la tuya están interesadas en desmentir al calumniador, que Dios perdone, y es preciso que nos des una prueba de tu inocencia. Miguel y yo la exigimos.

—¡Padre!—gritó con varonil entereza la jóven empezando á comprender.

—¿Ves el rio?—continuó Tomás—¿sabes la altura á que nos hallamos colocados?

La jóven midió con la vista la profundidad del rio y no contestó una palabra.

—Pues bien, vas á saltar desde aquí—siguió diciendo el pobre padre;—si eres inocente, Dios te hará caer al otro lado del rio, y sino, las aguas te arrastrarán en su corriente.

Un sudor frío inundó la frente de Miguel, que á pesar de todo amaba á la jóven con toda su alma, al considerar el grave peligro á que se exponía: quiso hablar, oponerse á aquella determinación, pero Tomás con un gesto imperioso le detuvo y el pobre jóven llevó ambas manos á sus ojos para no ver nada.

María no dudó un momento; con voz clara, sin que el temor la turbase, ni la hiciera débil la mentira, contestó acercándose á las últimas rocas:

—Saltaré.

En aquel momento se oyó el galope de un caballo y los tres se volvieron á mirar: era el marqués que llegaba gritando:

—Deteneos, deteneos.

Dios le habia tocado en el corazón y, enterado de lo que allí iba á suceder, llegaba á impedir el sacrificio... pero era tarde ya.

La jóven, herida en su honra, no vaciló y se lanzó al espacio.

Dos gritos horribles salieron de los angustiados pechos de Tomás y Miguel, que se abalanzaron á las últimas rocas para mirar á la jóven, á tiempo que el calumniador llegaba junto á ellas.

¡Ah! Dios es muy bueno, caballero, y la pobre María tuvo bastante fuerza para en el salto caer al otro lado del río; la humedad habia reblandecido el terreno, y la jóven se levantó en seguida sin sentir el menor dolor.

Un momento despues caia en brazos de su padre, y Miguel, arrodillado á sus piés, la pedia perdon, cubriendo de ardientes besos sus hermosas manos, pálidas por la emoción.

¿No adivina usted ya lo que sucedió despues? El marqués marchó de aquí al día siguiente; Miguel y María fueron muy felices, aunque léjos de estos sitios, y el pueblo, ese pueblo que tan bien

sabe poetizar á sus héroes, llamó á esta roca, en memoria del suceso, el *salto de la novia*.

—¿De modo que el marqués... aquel infame?...—  
dige yo cuando Enriqueta hubo concluido su narración.

—Era el marqués actual, padre de...

—Sí, de Federico, tan infame como él.

Enriqueta dejó escapar un gemido de dolor.

—¿Quiere usted que le mate?

—¡Ah! ¡caballero, es el padre de mi hija!—gritó juntando sus manos en ademan suplicante.

## CAPÍTULO XII.

Marcha del marqués.—Mi nombramiento.—Un vino de primer orden.—El zumo de las naranjas.—Cultivo de este fruto interesante.

Cuando regresé á casa de García, encontré una carta del marqués.

Decíame en ella que un asunto urgentísimo les llamaba á Madrid, y que habian salido en seguida para Sevilla; dejaban orden de que se me facilitara cuanto necesitase, y concluía suplicándome que le dispensase aquella falta de atencion que no habia estado en su mano evitar.

Creo que tuve un momento de verdadera alegría al leer aquella carta; la marcha precipitada de padre é hijo me evitaba acaso una explicacion, que en el estado en que se encontraba mi espíritu, hubiera podido tener un mal desenlace.

Amaba á Enriqueta, la amaba mucho, pero conocia que su amor no podia ser para mí; conquistaria acaso su afecto, llegaria quizás un dia en que el agradecimiento ocupase un lugar en su corazon, pero de esto al cariño hay una gran distancia, y yo sólo podia ser feliz con su amor.

—Procuraré olvidarla—dije á García, cuando referí los acontecimientos de aquel dia.

—Es lo mejor que puedes hacer—me contestó, —porque ella, mientras su hija viva, no puede amar á otro hombre.

La cena estaba dispuesta, y mi amigo, en atencion á que en el caserío del marqués no habia nadie, no quiso dejarme marchar de la granja, disponiendo que se me preparase inmediatamente

una habitacion para todo el tiempo que quisiese permanecer allí.

Esto no era posible, sin embargo, más que aquella noche ó el dia siguiente cuando más, porque ya de antemano tenia dispuesto mi viaje, por haber recibido noticias de Madrid, en las que se me participaba habia sido nombrado para ocupar un puesto en la legacion española de Suiza, carrera que habia seguido hasta entónces, y en la que llevaba servidos ya algunos empleos. Ante esta consideracion de tanta importancia para mí, García no insistió en que me quedara y dió las órdenes oportunas para que se recogiese mi equipaje de casa del marqués y se dispusiese lo necesario para emprender la marcha al dia siguiente, marcha que tenia que hacer á caballo hasta el inmediato pueblo, donde podria fácilmente encontrar un coche y seguir hasta Sevilla.

Hechos estos preparativos, nos sentamos á la mesa y la conversacion se generalizó; tomé una parte muy activa en ella, porque deseaba olvidarlo todo y apartar de mi imaginacion la imágen querida de Enriqueta.

Hablamos de agricultura, y Corsana daba su opinion, muy autorizada ya entónces, sobre un vino que García acababa de servirnos, que yo encontraba de superior calidad, fabricado en la granja y procedente, cosa que no dejó de llamarme la atencion, del zumo de las naranjas.

—¡Ah! más bien parece Madera ó Canarias—dije despues de paladear el contenido de la tercera copa,—que vino de naranjas.

—Eso es lo que yo le decia al señorito—replicó Corsana;—este vino al cabo de cuatro ó cinco años de elaborado, puede confundirse con los mejores que den las uvas.

—Ciertamente, no es malo—dijo á su vez García;—pero no estoy conforme con los resultados

obtenidos, deseo otra cosa, perfeccionarlo más si cabe, y hacer de su fabricacion un ramo de industria agraria, que no dudo ha de ser con el tiempo muy productivo.

—¿Es acaso invencion tuya?

—No, nada de eso. Supónese por algunos que los verdaderos inventores del vino de naranjas son los Sres. Laurence y compañía, pero he oido asegurar que esto no es cierto y que un conocido propietario de Sevilla, creo que se llama Cisneros, despues de algunos años de ensayos y experimentos, ha conseguido obtener, ántes que los que se han llevado la gloria del invento, un vino de naranjas tan puro, exquisito y agradable como el mejor que pueden producir las viñas; he tenido ocasion de probar dicho vino y lo encuentro muy superior; por esta razon no veo en el mio la bondad que ustedes le atribuyen.

—¡Diablo! pues es difícil pedir más.

—¡Ah! no lo creo yo así, y espero perfeccionarlo todavía.

—¿Usas para ello algun método particular?

—No, exactamente el mismo que para el vino ordinario; se hace pasar el zumo de la naranja por todos los trámites de fermentacion, clarificacion, etc., sin añadirle especie ni cantidad alguna de alcohol, y despues de los trasiegos y envases indispensables, cualquier inteligente atribuye al vino un número de años igual al de meses que cuenta de vida.

—No veo, sin embargo, grandes ventajas.

—¿Cómo que no? Puedo asegurarte que con el tiempo, y en cuanto mi plantacion de naranjas, hoy pobre aún, tome mayor desarrollo, he de vender grandes cantidades de vino, del que se obtienen muy pingües rendimientos. Está demostrado, y aquí he tenido yo ocasion de convencerme de ello, que con un millar de naranjas, que por tér-

mino medio vienen á costar en este país unos veinte reales, pueden muy fácilmente obtenerse cinco arrobas de vino.

—Observo que no incluyes en esa cuenta los gastos de fabricacion.

—¡Qué! ¿el señorito—dijo Corsana que no queria permanecer callado mucho tiempo,—no sabe que todavía se pueden sacar muchas cosas del pellejo de la naranja?

—¡Ah! sí lo creo, pero...

—Eso—añadió García,—produce lo bastante para sufragar los gastos de la fabricacion, que tampoco son excesivos.

—¿Y qué más puede dar la naranja una vez extraído el zumo?

—Aceite esencial, vinagre, aguardiente, productos medicinales... ¡quién sabe!

—Entónces el naranjo no es simplemente un árbol de adorno.

—¿Has creído tú eso?

—Lo confieso... Pues, vamos, intrúyeme acerca del naranjo.

—Eso á Corsana, que es el encargado de ellos; por mi parte no podría decirte nada nuevo.

Al llegar á este punto, se levantó Matilde, porque habia terminado la cena, y se despidió de nosotros deseándonos muy buenas noches.

En cuanto á los niños, hacia ya largo tiempo que dormian.

Encendimos los cigarros indispensables, y Corsana tomó la palabra.

—Yo no sé si usted sabrá—dijo el antiguo ganán,—que el naranjo es un árbol que lo trajeron de allá, muy léjos, de las Indias Orientales ó de la China, y se llama, segun dice muchas veces el señorito, se llama...

—*Citrum*, de la familia de las *hesperideas*, subclase de las *thalamiflorsa*—interrumpió el

doctor acudiendo en socorro de su socio, al que seguramente se le indigestaba el latin.

—Justo, citrum y hesperideas—dijo el viejo con cierta pronunciacion macarrónica que hizo asomar la sonrisa á nuestros labios;—son árboles que no tienen yemas escamosas, con las hojas relucientes y algunas veces llenas de unos puntos transparentes, que aunque no parezcan nada, son unas bolsitas ó cavidades llenas de un aceite que vuela.

—Volátil, amigo mio.

—Eso es, volátil; las flores son blancas, de un color muy fuerte, y como pienso que usted conocerá el azahar mejor que yo, no tengo que decirle de qué se compone. En cuanto al fruto, es carnoso y con muchas celdas, como dice el señorito, que á mí me parece eso cosa de convento de capuchinos, y está cubierto tambien, como las hojas, de vesiculitas llenas de aceite. La madera de este árbol es muy dura y apretada, por cuya razon los ebanistas la usan mucho para sus trabajos más finos y delicados. A la misma familia y especie pertenecen el limonero y el cidro, que como usted sabe crecen y se desarrollan con tanta lozanía en nuestros climas meridionales, y que tantas aplicaciones tienen, lo mismo su fruto que las maderas de sus troncos.

—Excelente familia, como dirian los niños—exclamé admirado de la erudicion de Corsana.

—Para plantar bien los naranjos hay que preparar ántes la tierra, pero prepararla muy bien; se cava lo ménos á tres palmos de profundidad, y despues de bien movida y desmenuzada, quitándole los cantos y las piedras, se iguala y se allana, para que se riegue bien por todos lados, evitando de este modo que se formen charcos de agua que echan á perder las raíces de los naranjos. Éstos se plantan á diez varas unos de otros, y á los ca-

torce años todas las raíces se han juntado, con lo cual crecen y se desarrollan mejor, siempre que la tierra sea de buena calidad y las labores se hagan como queda dicho.

—Veo que es costoso el cultivo.

—¡Cá! no lo crea usted; el naranjo produce mucho más de lo que cuesta, y se recompensa el trabajo con la ganancia.

—De ese modo...

—No hay temor en gastar lo que se necesite. La multiplicación de los naranjos puede hacerse por acodos, estacas y semillas; en este último caso, la tierra debe ser fértil y escogida, y en los dos primeros se buscarán las ramas jóvenes, cuidando de guardar las estacas y abocados en lugar caliente y á la sombra.

—Y, dígame usted, señor horticultor, ¿no se hace uso de cajones, macetas y hasta de estufas para la plantación de los naranjos?

—Efectivamente—contestó García,—es de suma trascendencia usar estos métodos allí donde el clima no sea lo más á propósito para el desarrollo de estos árboles, y en nuestras mismas tierras meridionales úsanse las macetas y los cajones para recibir las estacas y semillas, trasplantándolas luego, para lo cual se busca la mejor tierra, compuesta, por regla general, de una mitad de mantillo, de basuras bien consumidas, y de otra mitad de tierra buena y suelta; nada más á propósito para esto que la tierra negra que suele encontrarse en los troncos de los sauces viejos, álamos blancos y otros árboles de la misma especie, pues reúne las circunstancias de ser suave, ligera y muy sustanciosa.

—¿Y cómo pueden hacerse los acodos cuando las copas de los naranjos son muy altos?

—¡Toma! en ese caso se hacen artificialmente. Mire usted, se busca una ramita nueva en lo

más alto, donde uno crea que es mejor, y se ata á un cordel muy fuerte para que se apriete bien la corteza; como la sávia que ha subido ya á las últimas ramas no puede bajar por la ligadura, se va reuniendo en aquel sitio, se forma un depósito, y de allí salen las raíces. Se le pone una maceta con tierra de buena calidad, sostenida en el aire con dos estacas, con un agujero en el fondo para que pase la rama, y cuando han prendido las raíces, se corta la rama por debajo de la maceta y ya tiene usted el nuevo naranjo plantado.

—Es bien sencillo.

—Cuando crecen mucho hay que podarlos con frecuencia—continuó García,—y los buenos agricultores les arrancan á las ramas viejas las primeras flores que dan, por no ser de buena calidad generalmente. En Paris se aprovechan mucho esas flores primerizas, sacando de ellas no pocos productos, porque se pagan muy caras.

—Y de los ingertos, ¿qué me dice usted, señorito?—dijo Corsana, al que no agradaba mucho que García interrumpiera sus explicaciones con objeto de decir alguna cosa que él no sabia seguramente;—¿hay cosa más hermosa que los ingertos del naranjo? Se puede ingertar con muchas clases de frutas; pero el más sabroso es el del granado, que produce esas naranjas tan ricas que se llaman en Valencia *de la sangre*, porque son muy coloradas por dentro y aun por fuera, con un gusto que no puede ser más rico.

—He oido decir que las naranjas permanecen largo tiempo en el árbol.

—Sí, señor, quince meses, desde que cuajan hasta que maduran.

—¿Y dicen ustedes que producen mucho?

—Muchísimo—dijo García cortando la palabra á su socio que se disponia á contestar;—además

de comerlas como una fruta cualquiera, y del vino que produce su zumo, como ya te he dicho ántes, las flores y los frutos tienen gran número de aplicaciones en el arte, en la industria y en la economía doméstica. En la medicina se usan las flores y las hojas en infusión en vino para el epicarpo escefálico, estomático, nervioso, etc.; la corteza es sumamente estomal, el aceite esencial que de ellas se extrae tiene grandes propiedades excitantes; las semillas son antihelminéticas, y estomacal también el zumo ántes de convertirlo en vino. En cuanto á la madera ya creo haberte dicho que se aprovecha perfectamente para la ebanistería, y las flores y frutos sirven mucho en las casas para mil usos que conocerás.

—En resúmen, el naranjo es un buen árbol.

—Excelente, y sino, ahí están las provincias de Valencia, Alicante, Murcia y algunas de Andalucía, especialmente Sevilla, que hacen gran comercio con ellos, siendo sin disputa una de las bases de su gran riqueza agrícola.

—Pues entónces, brindemos con su propio vino por la prosperidad de los naranjos.

Y llenando de nuevo las copas con aquel delicioso licor, los tres comensales le hicimos los honores, apurándolas de un solo trago.

Con esto dimos por terminada la sesión y cada mochuelo se marchó á su olivo, como vulgarmente se dice, encerrándonos en nuestras habitaciones para entregarnos al descanso.

Seguramente que lo conseguirían mis compañeros, pero yo no pude cerrar los ojos en toda la noche. Pretendía arrancar de la imaginación el recuerdo de Enriqueta y su desgraciada historia, pero era mi pretensión imposible, por lo que no cesaba de atormentarme la idea de que amaba á un hombre indigno de poseerla, que había despreciado de una manera bien infame aquella flor

tan delicada y tan hermosa, en tanto que yo...

¡Oh! no quiero acordarme de nada. Cuando escribo estas memorias la nieve de los años empieza á blanquear mis cabellos, y el corazon está ya frio como las mañanas de Enero; pero al recordarla, al pensar que no ha podido ser feliz sobre la tierra, ni yo tampoco, sólo por culpa de aquel infame, mi sangre se enardece, el corazon late con violencia y seria capaz de cualquier cosa, hasta de volverlo á matar, aunque tiembla ya mi brazo, si viviese todavía.

La noche pasó, como pasa todo en este mundo, y García que fué á buscarme muy temprano, me encontró ya vestido.

—¡Diablo! ¿has pasado la noche en claro? Estás pálido, ojeroso...

Efectivamente, no podia ocultar la noche de insomnio que acababa de pasar.

—¡Eh! no es nada—dije haciendo un esfuerzo y procurando serenarme,—el viento fresco de la mañana me pondrá bien en seguida.

—Pero, ¿has tenido algo? ¿has estado enfermo? ¿lo estás acaso todavía?

—No, no te asustes, estoy bien, muy bien.

—Entonces...

—Vamos, no hagas caso; dime tu programa para pasar el dia, y no olvides que marcharé esta tarde despues de comer.

—¿Ni un dia más?

—Ni uno.

—Como quieras. Iremos primero á tomar chocolate; luego pensaremos lo que hemos de hacer.

Salimos de mi habitacion y bajamos al portal.

Los niños jugaban ya debajo del emparrado y salieron á nuestro encuentro agitando alegremente unas cañas que llevaban en las manos.

—¡Papá! ¡papá! —decia Ricardo,—hemos en-

contrado una caña muy dulce y muy buena, que no es como las del río.

—¡Ah! diablillos—murmuró García á mi oído, —ya han descubierto mi secreto.

—¡Cómo! ¿tenias algo escondido?—le pregunté admirado de aquel misterio.

—Sí, para probar habia hecho una plantacion de cañas de azúcar, sin decirlo á nadie, y los chiquillos han dado sin duda con ella. ¡Cómo ha de ser! Vamos á enseñarles el respeto que se merecen esas interesantes plantas.

## CAPÍTULO XIII.

Una caña de azúcar convertida en caballo.—Plantación de los cañaverales.—Fabricación.—Remolachas.—El árbol del azúcar.

Efectivamente, los dos niños, jugueteando por los sitios más apartados del jardín, habían dado con una pequeña plantación de cañas de azúcar, que, con gran secreto y sólo para prueba, había hecho García el año anterior.

Ricardo, más travieso que su hermana, tuvo la ocurrencia de convertir una de aquellas hermosas cañas en caballo, y sin pensarlo más tiempo, arrancó una, le quitó sus hojas, y montando sobre ella, se creyó mejor que sobre un magnífico potro cordobés.

De este modo quizás no hubiera dado con el preciado tesoro que encerraban aquellas cañas; pero quiso también tener una garrocha para imitar á los vaqueros cuando derriban toros y arrancó otra, valiéndose de los dientes para arrancarle las hojas.

Entonces descubrió el misterio: la caña tenía un sabor azucarado que no dejó de agradarle, y en seguida comunicó el descubrimiento á su hermana, que no tardó ni un minuto en probar el jugo de aquella caña maravillosa.

Como es natural, se apoderaron cada uno de una caña, y en ménos tiempo del que se necesita para decirlo, dieron buena cuenta del zumo que contenían. Una vez hecho esto y cuando ya se preparaban á repetir el ataque con otras dos ca-

ñas, se les ocurrió si podría ser malo y por eso salieron á nuestro encuentro.

—Vamos á enseñarles el respeto que se merecen esas interesantes plantas—dijo García, y, conducidos por los niños, fuimos al cañaveral, Matilde, Corsana, el doctor y yo.

La plantación, como ya creo haber dicho, estaba situada en un extremo del jardín y consistía en unas cinco ó seis docenas de cañas que se elevaban como unos cuatro metros del suelo, balanceándose con gracia al soplo suave de la fresca brisa de la mañana.

Muchas de ellas tenían ya ese color dorado que indica la madurez, y en otras se veían ligeras líneas de color violeta que señalaban su procedencia: crecían á manera de cepa y en cada tallo podían contarse de seis á doce cañas, aunque algunas llegan á producir hasta veinte.

—Míralas, papá—gritó Ricardo en cuanto distinguió sus penachos.

—Son como las del río—añadió Rafaela;—pero si vieras qué sabor tan rico tienen... ¡Mejor que el de la regaliz!

—¡Ah! ¿qué habeis hecho?—dijo García haciendo como que se ponía serio:—¿y si tienen veneno?

Los dos niños se miraron verdaderamente consternados: no les había pasado por la imaginación semejante idea, pero en aquel momento comprendieron que habían cometido una gran falta en chupar las cañas, sin consultar ántes si podía hacerles daño.

Su madre conoció el apuro en que se encontraban y acudió en su socorro.

—Vamos, no tengais cuidado—dijo,—no es venenosa esa caña; pero papá os riñe para que no volvais á tocar ninguna planta sin su consentimiento.

Corsana, en tanto que se cruzaban aquellas palabras, examinaba las cañas con verdadera curiosidad: muchas veces habia pasado por aquel sitio y no le llamaron la atencion, creyéndolas cañas ordinarias, si bien no es fácil equivocarlás con éstas por parecerse más al maíz; así es que no se daba cuenta de aquel misterio con que su socio habia llevado á cabo la plantacion.

—¡Bah!—decia,—esto no vale nada, y el señorito lo ha puesto aquí para cubrir esta empalizada y librar á los arbolitos del Levante.

Pero el doctor habia prometido ocuparse de la caña, y bien pronto el buen gañan tuvo motivo para abrir los ojos llenos de admiracion.

—Estas cañas, hijos míos—empezó á decir García,—son las productoras del azúcar que tanto os gusta y con el que mamá os hace golosinas.

Corsana y los niños soltaron la carcajada al mismo tiempo.

—¿De ahí se saca el azúcar?—exclamó Rafaela sin cesar de reir.

—De una caña ¿cómo puede sacarse una piedra?—preguntó Ricardo.

Corsana nada dijo, contentándose con manifestar por medio de una perenne sonrisa que se hallaba conforme con las dudas de los niños.

—¡Ah!—exclamó García.—¿No sacan las abejas su miel de las flores?

Á los dos pequeños y á Corsana les pareció sin duda muy convincente esta razon, porque no encontraron objecion alguna que oponer á ella.

—Entre la familia de las plantas llamadas gramineas, á la que pertenecen individuos tan apreciados y apreciados como el trigo, el centeno, el maíz, la cebada, la avena, el arroz y los gigantes-cos bambús, que no son sino unas cañas muy grandes, hay algunas que contienen en su savia una considerable cantidad de azúcar, la cual

puede extraerse muy fácilmente y con incalculables ventajas. La mejor, originaria de la India, recibe el nombre de caña de azúcar, ó *saccharum officinale*, que es la que teneis delante, siendo su jugo ó zumo el que produce ese azúcar tan blanco y hermoso, despues de refinado, al que se da en el comercio el nombre de azúcar de pilon.

Verdaderamente la produccion de la caña de azúcar es una gran industria para paises como las Antillas, que han hecho de ella la base de su principal riqueza, por la buena calidad de la que en aquellos climas se cria; pero para España, donde sólo puede cultivarse en tierras meridionales, es únicamente una industria en pequeño, razon por la cual he creido que puede formar parte de nuestros cultivos. Los españoles podíamos con seguridad tener la bastante para nuestro consumo, porque en toda la costa de las provincias de Granada y Málaga se produce la caña de muy buena calidad; pero nuestro carácter nos hace despreciar lo propio para buscar lo ajeno, y gracias á que hoy las Antillas que tanto azúcar elaboran son españolas, que el dia en que esto no suceda, seremos esclavos del extranjero en esa materia, como en otras muchas, pudiendo, sin embargo, ser nosotros los que surtiéramos muchos mercados con gran facilidad y no pocos rendimientos.

Ricardo daba ya muestras de impaciencia por tanto exordio, y su hermana iba á interrumpir al orador para preguntarle cómo se fabricaban aquellos terrones blancos que tanto le gustaba ver disolverse en el té ó en el café; pero García, sin hacerles caso, continuó diciendo:

—Seria por lo tanto muy conveniente, aprovechando las buenas condiciones del clima y de las tierras para esa produccion, no descuidar su cultivo, aumentando de año en año los cañaverales,

y creo que más conveniente sería ésta que otra clase de plantaciones que se hacen, y en las que se obtienen escasas ganancias. Málaga y Granada pudieran muy bien surtir al resto de España, y el día en que por desgracia perdiéramos las posesiones de América, no tendríamos que pagar á nadie el azúcar que nos hiciera falta, sin contar con que el que se consume hoy de las Antillas podrían llevarlo otras naciones, con lo cual todos ganaríamos seguramente. Pero es inútil declamar sobre este punto, porque siempre que se trata de un verdadero progreso, nuestro pueblo hace oídos de mercader, y de este modo nunca se conseguirá que España llegue á ocupar el lugar que la corresponde en el mundo, como nacion esencialmente agrícola, y la más feraz, abundante y rica entre todas.

— Tienes razon—dije aplaudiendo todas aquellas verdades que acababa de desarrollar García á nuestra vista.

— ¡Ah! desgraciadamente tengo mucha—continuó,—pero hay aquí dos ignorancias, la del pueblo, que no quiere nada nuevo, y la de los propietarios, más culpable todavía, que no se atreven á exponer sus capitales, creyendo que los van á perder, y que no tienen, sin embargo, inconveniente en imponerlo en ciertas sociedades de crédito que acaban por dejarlos sin camisa.

— ¿Y así se hace el azúcar, papá?—preguntó Rafaela haciendo un gracioso mohin de impaciencia.

— No se ganó Zamora en una hora—contestó sentenciosamente Corsana, que al parecer escuchaba con gusto cuanto iba diciendo García.

— Pero no llegamos nunca, y á mí eso que dice papá no me importa—replicó la niña.

— Bueno, dejaremos las observaciones para más tarde y vamos ahora al objeto principal.

Como os he dicho, la caña de azúcar pertenece á la interesante y numerosa familia de las gramíneas; es sumamente dura, y el jugo azucarado está contenido en unas celdillas que forman su tejido interior.

— Es verdad, Rafaela no podia partirla con los dientes—observó Ricardo.

— No masticándola con fuerza ó esprimiéndola entre dos piedras á guisa de molino, no puede extraerse el azúcar. Las cañas tienen variable número de nudos colocados á mayores ó menores distancias, y por ellos nacen las hojas envainadoras; adquieren muchas gran desarrollo, algunas hasta cinco metros, siendo las más apreciadas por ser de mejor calidad su jugo, las que proceden ó se crían en Taiti, que llevan este nombre. Muchas de esas que estais viendo ahí en frente, las que tienen rayas de color violeta, son originarias de aquella isla, si bien muy degeneradas ya, pues pierden al traerlas á este clima, no tan cálido como aquel, su excelente calidad y el gran desarrollo que allí adquieren.

— Pero son muy bonitas.

— Ciertamente que es un vegetal muy digno de admiracion por todos conceptos; un cañaveral de alguna extension en la isla de Cuba, presenta un golpe de vista admirable.

— ¿Sera como un bosque?

— Un bosque, sí, pero bien mortífero por cierto.

— ¡Cómo! ¿se mueren por comer las cañas?—preguntó un tanto asustada Rafaela.

— No, hija mia, pero trabajando en los ingenios, con aquel sol tan fuerte, y bajo el látigo del capataz, muchos infelices esclavos se mueren.

— ¡Pobrecitos!

— En cambio, el dueño gana mayores cantidades, y váyase lo uno por lo otro. Volviendo ahora

á la caña, ésta se planta del siguiente modo: córtase por debajo de los nudos y se introduce en la tierra, convenientemente preparada ya para ello, por medio de dos rejas ó tres si es posible, para que esté más desmenuzada y las raíces puedan prender mejor: el nudo, que en el aire hubiera producido hojas, como ya os he dicho, cria raíces una vez escondido en la tierra, y aquellas raíces alimentan el pedazo de caña, que crece y se desarrolla tanto como si se hubiera plantado de semilla, al año ó á los diez y seis meses cuando más de haberla fijado en la tierra.

—¿Y con las semillas?

—También las semillas se pueden plantar, en cuyo caso la operacion se lleva á cabo como si se tratase de sembrar trigo ú otro grano cualquiera, bien al vuelo ó bien por medio de surcos, pero para que un cañaveral así plantado produzca cañas que se puedan cortar para llevar al molino, han de pasar lo ménos cuatro años, por lo cual se usa mucho más el primer método que el segundo, si bien este último es preferible cuando se quiere obtener la caña en toda su fuerza. Algunos propietarios no dejan de sembrar de vez en cuando simientes, y luego de las cañas que así obtienen, hacen nuevas plantaciones por el otro sistema.

—De modo—se aventuró á decir Corsana,—que cuando se corte una caña sin arrancarla, las raíces volverán á crecer.

—Justamente, amigo mio, has acertado: cuando se hace un corte de cañas para llevarlas al molino, operacion que recibe el nombre de *safra*, se procura cortarlas lo más cerca posible del suelo, pero dejando en él las raíces y un pedazo de planta, que por insignificante que sea, al año siguiente dará nuevas cañas y una cantidad considerable de azúcar. A los cuatro años, sin

embargo, deben sacarse las raíces y hacer una nueva plantacion, porque ya aquellas han dado de sí cuanto podian. Las hojas de las cañas tienen tambien su aplicacion; se arrancan, se las prende fuego y sus cenizas son un excelente abono para la tierra que ha de recibir luego una plantacion de cañas nuevas.

—Has hablado de molinos, papá; ¿van las cañas á los molinos como el trigo?

—Sino como el trigo, de muy semejante manera, porque aquel se reduce al polvo llamado harina, y la caña, despues de sacarle su jugo, sirve para combustible de las calderas donde ha de hervir más tarde el líquido extraido. Divididos en trozos las cañas, despues de hecho el corte, vánse aquellos arrojando entre los cilindros de madera que mueve el vapor allí donde el propietario ha admitido los adelantos de la industria, ó parejas de bueyes ó de otros animales de fuerza y corpulencia equivalentes donde aún se hace esta operacion por el antiguo método; y las piedras, triturando la caña, extraen el jugo que contiene que va á caer en uno ó más recipientes forrados de plomo ó cobre generalmente.

—¿Y no van algunos trozos de caña tambien con el líquido?—preguntó Corsana que se habia hecho muy observador.

—Efectivamente, por muy perfeccionadas que estén las máquinas, suelen escaparse con el zumo algunos pedazos de caña triturada; pero para que no vayan al fondo de las balsas destinadas al líquido, suele ponerse un purificador á manera de tamiz en el conducto por donde aquel corre. Detiéndense allí las cañas y mucha parte de la basura que el zumo contiene, cuidando mucho de tener constantemente limpio el filtro, porque de otro modo llegaria á obstruirse, y el líquido rebosaria las paredes de la canal, perdiéndose

grandes cantidades por un descuido cualquiera: la industria ha aplicado á esta operacion una bomba aspirante-impelente que la facilita y ejecuta con más rapidez.

El jugo reunido en las balsas pasa luego á unas calderas con objeto de someterlo á la accion del fuego; para purificarlo suele mezclarse con cal, sangre de toro y negro animal. La espuma que se forma en las calderas, recogida con cuidado, sirve luego para la fabricacion de un aguardiente muy estimado por los indios y al que ellos dan el nombre de *tafia*. Como el principio azucarado que contienen las cañas se encuentra disuelto en agua, para lograr que se cristalice aquel ó que se reduzca á cuerpo sólido bastará hacer desaparecer el agua en que está contenido, y por eso en las calderas de que os he hablado se hace hervir el jugo para que se evapore el agua, quedando sólo el almíbar que más tarde se ha de cristalizar, cuando separado del fuego llegue á enfriarse por completo.

— Todo eso es muy curioso — observó Ricardo que no podia permanecer largo tiempo callado.

— De las calderas, pasa el *sirop*, que esté nombre se da al almíbar ya formado, á unos moldes colocados en una habitacion fresca y ventilada, y en ellos tiene lugar ese trabajo de la cristalización, encomendada únicamente á la naturaleza, ayudada tan sólo por alguno que otro operario que mueve de vez en cuando el líquido contenido en los moldes que reciben el nombre de *bae*. Aun despues de cristalizado no está concluido todo, y el azúcar contiene todavía muchas partes impuras de las que es preciso separarle: para ello se colocan grandes vasijas con agujeros en el fondo llenas de azúcar cristalizada, sobre un suelo con agujeros tambien, que den á otra habitacion: la parte impura, filtrándose por los agujeros de la

vasija y del suelo, va á caer á la segunda habitacion, donde es cuidadosamente recogida, porque aquellas partes que en el azúcar se desprecian, constituyen lo que se llama melaza y sirve para la fabricacion del rom. Despues de la extraccion de la melaza, siguen el terraje y la aclaracion, operaciones ambas destinadas á purificar aún más el azúcar: la primera se hace filtrando agua clara para que concluya de desalojar el *siróp* que contenga entre sus cristales, y la segunda con agua saturada de azúcar, para, como indica su nombre, aclarar más todavía la cristalización: hecho esto, ya puede destinarse él azúcar á los diversos usos de la vida en que tiene aplicacion. No están aún, sin embargo, completamente concluidas las operaciones que con él se hacen, pues para obtenerlo más blanco, más puro y más cristalino, existen en Europa fábricas de refinacion, de las que sale ya en esa forma que tanto os agrada, conocida con el nombre de azúcar de pilon.

Los niños habian quedado muy pensativos, y García terminó su explicacion sin que ellos dijieran una palabra de aplauso ni de censura como solian hacer otras veces.

—¡Hola! ¿qué es esto? ¿habeis perdido la lengua, infatigables habladores? — les preguntó Matilde.

—Apostaria cualquier cosa—dije yo,—á que sé en lo que piensan.

—¡Bah! yo tambien—añadió su padre;—creian que era muy fácil fabricar el azúcar, y pensaban destruirme mi pequeña plantacion; pero ahora se han convencido de que no puede hacerse tan fácilmente y por eso se han quedado mudos.

Rafaela y Ricardo se sonrieron y prometieron á su padre, no sólo que respetarian aquellas cañas tan estimables, sino que le ayudarian á hacer nuevas y mayores plantaciones.

—Muy bien me parece vuestra resolucion—

contestó García,—y en prueba de que la aprecio mucho voy á daros noticias de otros vegetales que tambien producen azúcar.

—¿Y los plantaremos, papá? —dijeron á un tiempo los dos niños.

—Uno de ellos sí, aquí le teneis ya; el otro es más difícil por no ser de estos climas, aunque no me parece muy difícil conseguir que se aclimate. El primero es la remolacha, de la que los franceses, más inteligentes que nosotros, extraen gran cantidad de azúcar para no comprar en el extranjero lo que ellos pueden obtener en su país; y el segundo, es un árbol conocido con el nombre de *arce del azúcar*.

—¿Qué fruto más rico!

—No es el fruto el que produce el azúcar, sino la savia del árbol que puede dar de cuatro á cinco libras cada año: el fruto de los arces, pertenecientes á la familia de los sicomoros comunes, es igual al de estos que vosotros conoceis.

—¿Y cómo es ese árbol?

—Se parece mucho al roble de Inglaterra, con el que tiene mucha analogía; su corteza es muy brillante, las hojas palmeadas, de color verde claro en estío y con ligero tinte carmesí ó anaranjado durante el otoño. La savia del árbol contiene gran cantidad de principios azucarados, y para extraerla se espera la primavera que es cuando mejor corre; á corta distancia de la superficie del suelo, se abre un agujero en el tronco con una barrena y se aplica á él un canutito de caña por el cual corre el líquido al poco tiempo, recogiénolo en un recipiente cualquiera. Una vez extraido todo, se lleva á las calderas donde se purifica por medio de la fermentacion; sepárase luego la melaza, más dulce y de mejor calidad que la de la caña, y hechas despues las operaciones del terraje y aclaracion, el azúcar que resul-

ta es tan aceptable como el de la caña y mejor que el de la remolacha.

—¿Lo plantaremos aquí?

—Ya te he dicho que no sé si será fácil obtenerlo, aunque á decir verdad no lo creo imposible, porque precisamente en América, su patria, crece en latitudes más bien frias que cálidas, probando de este modo la sabiduría del Creador, que allí donde la caña no puede cultivarse ha hecho nacer un árbol que la sustituya, para que el hombre no carezca del azúcar, que no deja de ser necesario y muy útil para la economía animal.

## CAPÍTULO XIV.

Noticias del monte.—Preparativos.—En busca de los lobos.—Nubes y lluvias artificiales.—Una sesión de física en la montaña.—Los pozos artesianos.—Gazpacho fresco.

A este punto llegábamos de la explicación de los azúcares y sus diversas procedencias, cuando fué interrumpido García por un pastor que llegó á anunciarle un ataque de lobos verificado en la noche anterior al rebaño puesto á su cuidado, y del que habían sido víctimas, á pesar de la desesperada defensa de los perros, cuatro inocentes corderillos.

—¡Diablo! ¡lobos por aquí!—dijo García á quien la noticia no pareció agradar;—preciso será dar una batida, porque de otro modo, si se engolosinan con mi ganado, pronto van á dejarme sin un carnero.

—¡Ay papá! yo quiero ir contigo—gritó entonces Ricardo que no había aún desplegado los labios.

—¡Chico! ¿estás loco?—exclamó su padre,—¿crees tú que cazar lobos es lo mismo que matar perdices?

—Los lobos no atacan á los hombres, papá—observó con cierta malicia Rafaela,—y tú lo has dicho muchas veces.

—Verdad que sí, cuando no son atacados tampoco, pero si se les persigue suelen hacer frente y entonces son muy temibles.

—¿Y no he de poder verlos?

—Si matamos alguno, ya lo traeremos para que lo veas.

—¿De modo, que van los señores al monte?— preguntó el pastor.

—Sí, ahora mismo; avisa á Suarez para que nos ensille los caballos y que te dé de almorzar: vendrás con nosotros.

El pastor saludó y partió.

Matilde con los niños nos abandonó al mismo tiempo: segun nos dijo, iba á preparar las alforjas, porque sabia que en aquellos casos á su marido le gustaba más almorzar en el campo que en su casa.

—Vamos á dar una gran batida—dijo García cuando nos quedamos solos.

—Ustedes la darán—contesté rectificando sus palabras.

—Y tú tambien con nosotros—repuso mi amigo—¿vas á desperdiciar la ocasion que te se presenta de lucir tu habilidad de cazador?

—Bien sabes el placer que tendria en quedarme, no digo un dia más, sino un mes, pero la obligacion me llama á otra parte.

—¡Bah! esta noche estamos de vuelta y mañana partes para tu destino.

Quise replicar, pero no me dejaron: Corsana y García empezaron á hablar de la batida, de la gente disponible, de los sitios que habian de recorrer, en fin, de todas esas cosas que enardecen la sangre del verdadero aficionado y concluí por entusiasmarme como ellos y olvidar mi proyectado viaje. García, sin embargo, me prometió formalmente que aquella noche estaríamos de vuelta, áun cuando no lográsemos nuestro objeto, y que á la mañana siguiente, bien temprano, emprenderia la marcha.

Media hora despues todo estaba dispuesto y montábamos á caballo delante de la granja: ve-

nian con nosotros, el pastor, que debía servirnos de guía hasta el sitio donde aparecieron los lobos, dos guardas de la granja, y tres del cortijo de Enriqueta, que se nos unirían en el camino.

Éramos por lo tanto ocho hombres á caballo y podíamos contar hasta quince con los de á pié que habían de reunírsenos en el monte, procedentes de los diversos rebaños que habíamos de encontrar en nuestra marcha.

Tratábase, pues, de una batida en toda regla, y cada uno de nosotros se disponía á dar cuenta de un lobo al menos, por lo que podeis figuraros cuán mal lo iban á pasar las fieras si dábamos con ellas.

El monte más próximo, primer estribo de la cordillera que empezaba en el Norte, y de la cual debían proceder los lobos, según los cálculos del pastor, distaba de la granja una legua escasa, y estaba cubierto, según creo haberos ya dicho en otra ocasión, de encinas, acebuches y carrascas: á su pié se extendían las huertas del cortijo, y entrando ya en lo que propiamente recibe el nombre de monte bajo, veíanse numerosos rebaños de ovejas, carneros, cerdos y bueyes, que tenían allí abundante comida.

García, Corsana y yo, marchábamos á la cabeza de la pequeña caravana, y los dos primeros, conocedores del terreno, discutían la forma del ataque y los sitios por donde debía principiarse: por mi parte, contentábame con escuchar, si bien no dejaba de vez en cuando de echar mi cuarto á espadas, como vulgarmente se dice, siempre que se trataba de alguna regla general de las batidas, en la cual podía dar mi opinión.

De este modo atravesamos todo el valle y la parte del cortijo que mediaba entre él y el monte, llegando al pié de éste, cuando aún el sol distaba muy poco del horizonte; la gente que aguardábamos se nos incorporó toda en el camino y éra-

mos por consiguiente veintitres escopetas, sin contar con que la de García, la de Corsana y la mía, eran de dos cañones, lo que no dejaba de tener alguna importancia tratándose de una carcería de lobos.

Hicimos alto en una explanada desprovista de árboles, donde al parecer nos esperaban algunos hombres más.

—¡Hola! ¿vamos á llevar más gente?—pregunté al verlos.

—Nó—me contestó Corsana,—vamos á proveer de pólvora á los que no tienen bastante.

—Pues qué ¿tienen ustedes aquí alguna fábrica clandestina?

—Nada de eso, amigo mio—repuso el doctor;—esta gente que aquí ves no se ocupa en fabricar pólvora, lo cual seria defraudar los intereses de la Hacienda, sino en quemarla.

—¡Quemar pólvora!... ¿para qué?

—Porque nos hace falta agua.

—¿Y quemando pólvora se produce el líquido?

—Sí. ¿No has oido decir que despues de una gran batalla, en la que se ha quemado una inmensa cantidad de pólvora suelen formarse en la atmósfera muchas nubes que van á derramar las aguas de que están preñadas en países no muy lejanos del sitio de la lucha?

—Efectivamente he oido hablar de eso, pero no lo he dado crédito nunca.

—Mal hecho, porque el fenómeno existe y yo te lo probaré.

—¿Será posible? podrá el hombre formar las nubes á su voluntad y obtener por consiguiente la lluvia siempre que quiera?

—Positivamente.

—¡Oh! eso causaria una gran revolucion en la agricultura, y desaparecerian para siempre los terrenos de secano.

—No, no vayas tan de prisa; la teoría es aplicable allí donde las aguas sean frecuentes, donde el terreno sea á propósito para ello, y hay que contar también con el viento. Éste puede llevarse las nubes tan léjos del sitio donde hubieses querido que vertiesen sus aguas, que más de una vez habías de perder tiempo y trabajo.

—A ver, á ver, explícame eso.

—Cuando quemas una materia inflamable ¿qué sucede á la atmósfera que rodea el fuego?

—Se enrarece... el aire se dilata.

—Bien, se forma una especie de vacío que otros vapores más ligeros que el aire tratan de ocupar en seguida. Sabido es que una de las causas de la lluvia, ó mejor dicho de la formación de las nubes y nieblas, es que el calor rarifica el aire cuyo sitio es ocupado en el acto por los vapores que se desprenden de la tierra.

—Comprendo.

—El frío que condensa, como sabes muy bien, los vapores elevados en el aire, al encontrar á éstos en una atmósfera que no es la que dilataron los gases de la pólvora, y que se encuentra por consiguiente más fría que aquella, forman las nubes que flotan en el espacio, y que nuevos gases desprendidos de la pólvora inflamada harán resolver en agua, consiguiendo de este modo el objeto.

—¿Y has hecho tú esa aplicación?

—Con muy buenos resultados; tengo ahora aquí algunos quintales de pólvora, que esta noche misma arderán uno tras otro, porque hacen falta aguas en la llanura.

—Entonces debieras quemarla allí.

—No conseguiría el objeto, porque las nubes irían á ocupar otros sitios de la atmósfera, y además, aquí, por la proximidad á los bosques, tengo mayores probabilidades de encontrar en abundancia vapores acuosos.

—Es verdad, he oído sostener que los grandes arbolados traen las lluvias, y que el país que hiciera desaparecer sus plantaciones de árboles, concluiría por no obtener ni una gota de agua de un cielo que no mancharía seguramente la más ligera nube.

—Así es la verdad. La misma cantidad de partículas que se desprenden de los cuerpos terrestres por medio de la evaporación, se encumbra en los aires en forma de vapores. Ésta, á manera de transpiración del globo terráqueo, es muy considerable en el ecuador, sin que por esto sea nula en los polos, donde está probado que también existe. La evaporación puede dividirse en dos clases, y hay entre ellas diferencias marcadísimas: la *evaporación tranquila* hace que se eleven en el aire las solas partes del agua transformadas en un fluido elástico, y la *evaporación tumultuosa*, al desprender los vapores elásticos con gran rapidez, arastra consigo un gran número de moléculas acuosas en su estado natural. La primera, es decir, la tranquila, que es la que tiene lugar generalmente en las regiones templadas y frías, no altera tanto el estado de la atmósfera como la segunda, ó sea la tumultuosa, que en la zona tórrida es un fenómeno muy repetido. Las partes acuosas diseminadas en grandes cantidades en la atmósfera de las regiones cálidas, arrebatan á ésta una parte considerable de calórico, y por consiguiente de elasticidad, por lo cual se hace ménos sensible á todo género de conmociones, explicando esto la constante inmovilidad que allí experimenta el barómetro.

—Esa sin duda es la causa de que, por el contrario, cuando más se aproxima el barómetro á los polos de la tierra, mayores son las oscilaciones que experimenta.

—Indudablemente, sólo puede atribuirse á las

variaciones de elasticidad atmosférica producidas por la evaporacion. La diversa naturaleza de las sustancias terrestres, introducen en aquella algunas modificaciones de consideracion, pues no se comprende que los gases azóe y carbónico, que con tanta abundancia se desprenden de algunas rocas, no tengan su parte de intervencion en los procedimientos que renuevan sin cesar el aire atmosférico. Muchas moléculas terrestres reducidas á una tenuidad apenas perceptible, se elevan en el aire, y esto produce las liuvias saladas, azufradas y otras, que tanto llaman la atencion del vulgo, si bien en este, como en todos los casos, la cantidad de evaporacion está subordinada á la especie de sustancias que constituyen la superficie del globo. La tierra, cuando está mezclada con agua, suministra mayor cantidad de vapores que el agua sola, efecto sin duda de una especie de fermentacion que en esos casos se verifica, fermentacion de la que se desprende mayor cantidad de calórico; por una causa completamente semejante á ésta, la evaporacion del agua es tambien más considerable en el acto de la congelacion. Las plantas desprenden una gran cantidad de vapores, y hay una entre todas, el *helianthus annuus*, cuya evaporacion, en igualdad de superficies, es diez y siete veces mayor que la del hombre. De aquí puedes deducir si no es importante el papel que desempeñan las grandes selvas en la mayor ó menor cantidad de aguas pluviales que pueden caer sobre un país.

—Por eso sin duda nuestros labradores se han dedicado á despoblar los montes y á no dejar un árbol ni para un remedio.

—No es de ellos únicamente la culpa; los gobiernos, que más cuidan de sus ambiciones y de hacer política de personas, que de los verdaderos intereses de sus gobernados, tienen responsabili-

dad en esos actos de vandalismo, tan comunes por desgracia en nuestro país.

—De modo que, volviendo á tus tormentas artificiales, crees que de la manera que lo haces, las aguas son más frecuentes.

—¡Ah! sí, seguramente; no lloverá donde yo quiero, en el mismo punto donde falte el agua, pero caerá ésta no muy léjos, siempre que el viento no se lleve las nubes á otros terrenos.

—Lo que no dejará de suceder con frecuencia.

—Verdad, pero para evitarlo, escojo los dias en que el viento sea apenas sensible.

—Sin embargo, ese mismo viento adquirirá mayor velocidad en cuanto el aire se rarifique á consecuencia de la inflamacion de la pólvora.

—Desde luego, y si yo quisiera descargar la tormenta hácia el Sur, y el viento sopla del Norte, su corriente aumentará en aquella direccion y habré conseguido mi objeto.

—Siento no poder hacer más objeciones, pero creo que tu invento no llena las condiciones necesarias; un sabio te lo probaria en seguida.

—Pero á mi vez le probaria al sabio que un ensayo no es una obra perfecta, y que la mia no ha pasado aún de los límites de un experimento.

Durante este tiempo, los guardas habian llenado de pólvora los cuernos que llevaban á prevencion, y Corsana disponia el almuerzo, que habia de componerse únicamente del tradicional gazpacho fresco, muy ligero desayuno en verdad, pero que es el único que hacen aquellas gentes para estar luego trabajando hasta que el sol oculta sus dorados rayos en el horizonte.

Podíamos, sin embargo, continuar nuestra conversacion, porque el buen gañan majaba todavía los ajos en el dornillo (1).

---

(1) Especie de cazuela de madera propia del campo.

—Y pozos artesianos ¿no has construido aquí?  
—dije á mi amigo, no dudando que aquellos asuntos eran los que más le agradaban.

—¿Para qué? Tenemos agua en abundancia y no veo una gran necesidad de construirlos. Pudieran, sin embargo, perforarse muchos, de los cuales no dejaríamos de sacar agua en grandes cantidades.

—Has hecho, según eso, experimentos...

—No, no he tenido nunca esa ocurrencia, pero hay un pozo en el cortijo, de excelente agua potable, que prueba la existencia de una gran capa arcillosa á no mucha profundidad.

—¿Y esa capa?...

—Esa capa conserva el agua filtrada y la devuelve á la superficie en cuanto el hombre trata de buscarla. En el departamento del Paso de Calais (Francia), cerca de Aire, excavando pozos se encuentra siempre un lecho de arcilla, y perforado éste, salta el agua á borbotones. De aquí llegó la geografía física á conocer la existencia de grandes lagos ó fajas de agua que á ciertas profundidades se extienden por debajo de tierra á considerables distancias. En el Modenes, si no me engaño, se encuentra por todas partes á 21 metros una capa de arcilla de cerca de dos metros de espesor, debajo de la cual, el agua sale con fuerza; y en la Argelia, en la comarca interior, conocida con el nombre de Wad-Reag, excavando á unas doscientas brazas de profundidad, se encuentra siempre un lecho de pizarra que encierra agua en tanta abundancia, que los naturales le llaman el *mar subterráneo*.

—De manera que crees que la de este terreno...

—Seguramente contiene agua en abundancia, y esto tiene su explicación por la proximidad al mar y al Guadalquivir, que no dejarán de filtrar en el terreno grandes cantidades.

—Comprendo que el rio proporcione su contingente, pero el mar...

—¡Oh! ¿eso te extraña? Los antiguos, y Descartes con ellos, atribuían el origen de muchas fuentes á la infiltracion de las aguas del mar, y nada hasta hoy demuestra que esto no pueda ser verdad. El fenómeno de los tubos capilares puede muy bien tener lugar en el interior de la tierra; las aguas del mar despojadas de sus elementos salinos y amargos, pueden ascender por los poros imperceptibles de muchas rocas, de donde, por efecto del calor, se desprende luego en vapores subterráneos, para ser el origen de muchas fuentes. Como prueba de esto, se cita por algunos autores el ejemplo que aquellos cartujos, que viendo de pronto secarse sus fuentes, observaron que en unas canteras recientes salian espesos vapores acuosos, y habiéndolas comprado y cerrado de nuevo volvieron á correr las fuentes. Un suceso muy parecido tuvo lugar en la Esclavonia; y las fuentes dulces de las islas Bermudas, sabido es que suben y bajan del mismo modo que el mar, de quien seguramente proceden.

—¿Y de dónde viene ese nombre de pozos artesianos?

—Llámanse así, por el nombre de Artois que llevaba antiguamente la parte del territorio frances, conocido hoy por el departamento del Paso de Calais. Tambien se llaman pozos *aforados*, y son conocidos en aquella provincia desde una época muy remota, puesto que el de Sillers, á poca distancia de Bethunc, fué construido, segun se dice, en 1126. El pozo artesiano del matadero de Grenelle, en Paris, es sin género ninguno de duda el más profundo que se conoce; el ingeniero Mulot, á cuyo cargo estuvieron los trabajos, no pudo encontrar agua sino después de un aforamiento de 548 metros, y la que sale al llegar á la

superficie de la tierra tiene una temperatura de 27 grados. Algunos pozos artesianos demuestran palpablemente que sus aguas proceden del mar, y entre otros podría citar los de Nogelle-sur-mer, y el de Pulham, cerca de Lóndres, en los cuales el agua sube y baja con las mareas, llegando á su mayor altura en el interior de los pozos, cuando en el Océano se verifica la pleamar.

— ¡Cuántos misterios esconde esa corteza!

— Muchos, amigo mio, pero Dios le ha dado al hombre la facultad de pensar, y por eso puede llegar á conocerlos todos; aplicándolos luego á las necesidades de la vida, ésta será más cómoda, el trabajo menor, y mayores los productos, porque la verdad es que la naturaleza no lo ha de hacer todo, en tanto que el hombre se está con los brazos cruzados, y ningun refran castellano es tan cierto como aquel que dice: «*Ayúdate y Dios te ayudará.*»

Corsana, que daba las últimas vueltas al gazpacho, interrumpió nuestra conversacion, y empuñando las cucharas de cuerno, indispensables en el campo, y para aquel género de almuerzos sobre todo, nos dirigimos resueltamente á hacer los honores al genio culinario del viejo gañan.

## CAPÍTULO XV.

Huellas de un caballo.—Los lobos, descripción y costumbres.—Modo de cazarlos en Rusia.—Encuentro inesperado.—Solución á balazos.—Despedida.

Por fin sonó la hora de la partida y García dió á la gente sus últimas instrucciones.

El pastor debía venir con nosotros hácia el sitio de donde se suponía habían salido los lobos la noche anterior, y el resto de los cazadores, divididos en dos grupos, por mitad los de á caballo y los infantes en cada uno de ellos, se dirigirían á los flancos de la montaña para batirla en todas direcciones, debiendo reunirse con nosotros en la meseta del primer estribo de la cordillera, punto extremo al cual habían de dirigirse nuestros ataques.

Nos separamos y cada grupo partió para su destino.

Nosotros no teníamos necesidad de ir muy de prisa, porque de todos modos, siendo el camino la línea recta, llegaríamos seguramente ántes que los flanqueadores, que teniendo que describir una inmensa curva, no podían llegar sino algún tiempo despues al sitio convenido, por lo cual García dispuso que marcháramos con calma, reconociendo los grandes matorrales y cuantas cuevas ó cavernas encontrásemos al paso, en las que no tendría nada de particular que estuviesen escondidos los lobos, esperando las tinieblas para repetir su excursion de la víspera.

Llevábamos dos magníficos perros que olfateaban una liebre á 200 metros de distancia, y los inteligentes animales parecían comprender que se trataba de vengar á sus compañeros tan villanamente atacados por las fieras, pues husmeaban todos los accidentes del terreno y aspiraban sin cesar el viento, para ver si á sus emanaciones podían arrancarle el secreto de la guarida de sus enemigos.

Por ningun lado, sin embargo, se notaban señales de los pasos de los lobos; la tierra, sombreada por los grandes árboles que cubrían el monte, conservaba aún la humedad del rocío matinal, y no se veían sobre ella las huellas de ningun animal.

Verdad que nos encontrábamos aún al principio del monte, y no era de creer que por allí hubieran pasado los lobos; pero García tenía motivos para creer que debían notarse ya señales de su presencia.

—El ganado debía estar en el valle, y por lo tanto el camino natural para bajar hasta allí sin ser vistos, debe ser esta colada que vamos siguiendo.

Efectivamente, subíamos ya hacia largo rato por una especie de torrente, sobre cuyo lecho seco y arenoso no se notaba señal ninguna de animales; las arenas se conservaban unidas por todas partes, y formaban como el pavimento de una sala acabada de encerar.

—¡Ah! no, señor; el ganado estaba anoche más arriba,—contestó el pastor.

—¡Cómo! ¿habreis sido capaces de llevar los rebaños al centro del monte?

—Hay allí buenos pastos—dijo el pastor temblando.

—Sí, lo creo, destruyendo los árboles, entregando á los dientes de las ovejas los troncos que

tantos años han necesitado para formarse y que ellas se encargan de matar en un solo día.

El monte no era de la propiedad de García, pero ya os he dicho que los intereses de Enriqueta eran cuidados por él más quizás que los suyos.

—Ahí tienes lo que te decía ántes—continuó volviéndose hácia mí;—con tal de que el ganado coma mucho, ó mejor dicho, tenga donde desperdiciar mucha comida, importa poco que el arbolado se pierda. ¿De qué me sirve cuidar de esas encinas y esos chaparros, si luego un pastor, siguiendo las tradiciones de familia, que le enseñaron á no respetar nada, viene aquí y les trae la muerte en ménos tiempo que cuesta el decirlo?

—No es tan grande el mal—dije procurando calmarle,—¿quién sabe si esa poda natural que llevan á cabo los ganados será beneficiosa para los árboles?

—Nunca—me contestó con cierto aire de irritacion que no le habia visto hasta entónces,—nunca, porque las ovejas se comen los retoños y matan al árbol que no da nuevas ramas sin aquellos. Cuando llegue la época de despojarlos de sus partes inútiles ó viejas, ya sabré yo disponer lo necesario para que se haga con arreglo á un método que no puede ménos de producir buenos resultados; pero jamás de ese modo bárbaro que tan generalizado está en España por desgracia.

Su irritacion se calmó, sin embargo, bien pronto; y la sonrisa, aquella sonrisa proverbial de que creo haberos hablado ya, volvió á asomar á sus labios.

Un nuevo incidente llamó al mismo tiempo nuestra atencion hácia otra parte, y el pastor, que conocia seguramente la falta cometida, pudo al fin respirar más tranquilo.

Corsana acababa de descubrir sobre la arena las huellas de un caballo; se veian perfectamente

las herraduras marcadas sobre aquellos sitios en que estaba más compacta, ó habia ménos cantidad sobre el lecho de rocas del torrente.

—¿Ha pasado alguién por aquí?—preguntó García dirigiéndose al pastor, que se llamaba Oliva.

—No le puedo decir á su mercé con seguridad —contestó éste;— puede que haya sido algun guarda de casa del señor marqués.

—Puede...—observó Corsana.

—Entónces, nos ha espantado la caza—añadí.

—Seria muy sensible —replicó García;— las huellas parecen muy recientes, y por la distancia que hay de una á otra, se conoce que el caballo marchaba al paso y con carga muy ligera.

Estas observaciones del doctor no eran de extrañar; todo el que vive mucho tiempo en el campo, los pastores, gañanes y labradores, se acostumbran de tal modo á conocer por las herraduras el paso y carga de los caballos, que algunos llegan hasta adivinar quién ha pasado por un sitio y la hora en que lo verificó.

—¡Eh! sea lo que Dios quiera, adelante; si no matamos lobos, daremos un paseo, y otro dia tendremos más fortuna.—Y espoleando su caballo, García le lanzó al trote por fuera del torrente, para tomar por lo más intrincado de la selva.

Todos le imitamos, costándole á Oliva no poco trabajo el seguirnos, y un momento despues nos deteníamos en un claro del bosque, en el que se observaban todas las señales de una lucha reciente.

—Aquí estuvo antier noche el ganado—dijo el pastor sentándose fatigado sobre una roca.

—Y por aquí marcharon los lobos con su presa —añadió Corsana, que reconociendo el terreno habia dado con una estrecha vereda formada entre los matorrales, en los que se veian aún vello-

nes de lana y manchas de sangre, señales evidentes del paso de las fieras.

—Pues entónces aquí debe empezar nuestra batida—dijo García;—preparemos las armas y marchemos con precaucion; no espantemos la caza sin querer y perdamos el tiempo.

Volvimos á emprender la marcha y nos internamos por el sendero citado, teniendo que andar con suma lentitud, no sólo por precaucion, sino porque era tan espesa la maleza y tan intrincados los giros de la vereda, que muchas veces apenas podian pasar los caballos.

García, como siempre, aprovechaba aquella ocasion para darnos algunas explicaciones sobre los animales que íbamos persiguiendo, y creo que sus palabras nos hicieron ménos penoso el camino, que á la verdad no tenia nada de agradable, y por el que, únicamente cazadores de pura sangre se hubieren aventurado, como nosotros, en pos de una pieza; aquello era más bien para los pájaros que para caballos, pero íbamos seguramente sobre la pista, porque se veian de vez en cuando algunas manchas de sangre sobre las rocas, y más de un vellon de lana indicaba el paso de los lobos con sus víctimas por aquellos sitios.

El lobo, segun nos dijo el doctor, aunque dejando aparte la modestia, debo confesar que yo ya lo sabia, pertenece al órden de los carnívoros, tribu de los carnívoros, familia de los digitígrados y subtribu de los perros; Linneo le apellida *canis lupus*, y se distingue más fácilmente por su parecido con el perro doméstico; son generalmente negros, pardos ó cenicientos, con los ojillos pequeños, circulares y grises, que en la oscuridad brillan como dos luciérnagas; para andar, apoyan únicamente la punta de los dedos en tierra. Son pequeños y poco temibles para el hombre, al cual no atacan sino en caso de acosarles

mucho el hambre; pero son enemigos declarados de los ganados, y cuando se encariñan con un rebaño y no se ponen los medios para evitar su presencia, ahuyentándoles ó dándoles muerte, acaban poco á poco con todos los individuos que lo forman.

Habitán en casi todos los países del globo, y es muy raro aquel en que no se encuentra alguna especie de ellos; en nuestra España no abundan mucho por fortuna; pero en los pueblos próximos á grandes montañas se deja sentir de vez en cuando su presencia, habiendo llegado el caso, cuando una horrible sequía ha reducido una comarca á la miseria, ó cuando las nieves los han arrojado de sus guaridas, de presentarse en bandas numerosas en lugares poblados y arrojarse sobre el indefenso habitante con quien primero tropiezan, destrozándole en ménos tiempo del que se necesita para decirlo.

En la alta montaña de Cataluña suelen presentarse todos los inviernos cuando empieza la época de las nieves, y siempre cobran su contribucion; los pueblos del valle se arman entónces contra ellos, y se organizan grandes batidas en las que se consigue dar muerte á un gran número; pero no por eso escarmientan, y al invierno siguiente, quizás aquel mismo si es muy crudo, se les ve bajar de nuevo á las llanuras, entrar en las aldeas pequeñas y sembrar el espanto y la desolacion por todas partes, y arrebatár, como ha sucedido ya, de los brazos de una madre al hijo á quien amamantaba descuidadamente.

Cuando son atacados por el hombre, se reúnen en grandes bandas y atacan á su vez; forman para ello en semicírculo, avanzando los extremos cuanto pueden para cortar la retirada por los costados al cazador ó cazadores, y si consiguen adelantarse ¡infeiz de él! bien pronto, rodeado

por todos lados, tendrá que sucumbir al número y ferocidad de sus enemigos.

En Rusia los cazan en trineo por los grandes desiertos de hielo, colocando un cabrito vivo en la parte posterior del carruaje, que es conducido por tres caballos; á los balidos del animalito se reúne considerable número de lobos, que poco á poco aumentan de tal modo, que causa pavor el verlos; los cazadores, colocados en el trineo hacen fuego sobre ellos, y cuando alguno cae, sus compañeros se detienen para examinar el cadáver; luego emprenden de nuevo un trotecito corto con el que tanto avanzan, y vuelven á su formacion de media luna. El trineo tiene que fiar su salvacion á la ligereza de sus caballos, que alentados por los gritos de su conductor, los disparos de los cazadores y los terribles aullidos de las fieras, se lanzan á la carrera siguiendo la línea recta, porque de salirse de ella serian perdidos, hasta que jadeantes, cubiertos de espuma y de sudor, rendidos, medio muertos, van á detener su infernal carrera en el patio de alguna casa de campo, cuyas puertas se cierran en seguida, porque de no hacerlo, los lobos seguirian hasta allí el cebo que no han podido alcanzar. Este modo de matar lobos será muy divertido, muy lleno de emociones, pero la nobleza rusa, que es la única que puede permitirse ese lujo, no deja de pagar su contribucion todos los años, contribucion que forma las delicias de los lobos, que en los cazadores y caballos de un trineo vengan á los innumerables compañeros muertos en cada campaña.

Tambien se cogen los lobos por medio de lazos y emboscadas; nada más fácil que engañarlos, porque no tienen seguramente la astucia del zorro; pero el que haya caido una vez en una trampa y logre escaparse, es muy difícil volverle á engañar, porque se vuelve muy receloso, á pesar de

que por un cabrito olvidará él todo, por más que el lazo sea el mismo en que cayó por primera vez.

Para librarse de ellos por la noche, no hay nada mejor que encender grandes hogueras alrededor del sitio donde se acampa; le temen al fuego, pero pasan la noche, que es la hora destinada para sus excursiones, rondando por cerca del campo, enseñando sus agudos hocicos y haciendo relucir sus pequeños ojillos grises.

Una camada de lobeznos varia bastante en número, y la madre es la encargada de velar por su seguridad, en tanto que el padre va en busca de provisiones para toda la familia; sin embargo, mientras él no haya satisfecho su hambre, no se acuerda de su mujer y de sus hijos.

El macho, finalmente, no tiene más que una hembra, con la que vive siempre, y los hijos, una vez criados, abandonan á sus padres y van á buscar otra guarida y una compañera ó compañero con quien habitarla.

Todos estos pormenores nos habia ya referido García, cuando de pronto se detuvieron los perros que marchaban en descubierta; indudablemente el enemigo estaba cerca, porque los inteligentes animales que al principio de la mañana nos habian levantado gran número de liebres y conejos, conociendo, al ver que no les tirábamos, que no era aquello lo que nos inquietaba, habian dejado en paz á los roedores, que continuaban, sin embargo, atravesando por el estrecho sendero, asustados, sin duda, por el miedo de nuestras voces, poco acostumbrados á oír por aquellos sitios.

Al mismo tiempo un extraño rumor hizo resonar por todos lados los ecos de la montaña, rumor que iba aumentando por momentos, y en el que bien pronto nos pareció conocer el galope de un caballo.

\* —El de ántes—dije recordando las huellas del barranco.

—Y viene por esta misma senda—dijo Corsana.

—Nos encontraremos con él precisamente y puede que nos dé noticias sobre lo que buscamos.

—Adelante, pues—dijo espoleando el corcel.

Pero en el mismo momento en que, por ir delante de todos, me disponia á avanzar al trote á pesar de lo estrecho del camino, me detuve aterrado, y un grito de espanto se heló en mi garganta.

La vereda formaba en aquel sitio un ancho recodo, y al extremo de él, dando la vuelta hácia donde nos encontrábamos, acababa de aparecer una amazona, cuyo caballo producía el ruido que habíamos escuchado hasta entónces. Vuelto aquel recodo, la senda se ensanchaba y aparecía una vasta planicie, en la que tenia principio el torrente por donde subíamos al principio de la excursion.

La amazona era Enriqueta, y detras de ella persiguiéndola seguramente, pero á muy corta distancia ya, tan cerca que de un solo salto podian estar sobre el caballo, se veian cuatro horribles lobos.

—¡Demonio!—gritó García, que en los casos supremos usaba de esta interjeccion en vez de la de diablo tan comun en él.

Y preparando la escopeta se lanzó tras de mí, que repuesto ya de la sorpresa, habia salido al encuentro de la jóven.

Corsana y el pastor nos siguieron disponiendo tambien sus escopetas para dar cuenta de los enemigos, que al parecer no habian tenido bastante con el banquete de la vispera.

Al llegar al lado de Enriqueta la grité que detuviera su caballo y nos esperase, en tanto dábamos una leccion á sus descorteses perseguidores;

la pobre jóven me lanzó una mirada impregnada de terror y agradecimiento á la vez, mirada que no he olvidado nunca, y obedeció mis órdenes deteniendo su caballo ántes que se internase por la parte más estrecha del sendero.

Los lobos se detuvieron tambien cuando notaron que no tenian que habérselas únicamente con una débil mujer, y empezaron á aullar con rabia, como el que ve escaparse una presa que ya considera segura; eran cuatro, como ya he dicho, tres machos y una hembra; pero debian ser muy jóvenes por el poco desarrollo de su cuerpo; parecian más bien perros de ganado, cuando aún no han echado los dientes de leche.

Cada uno de nosotros se dirigió hácia un enemigo, y éstos volvieron la espalda comprendiendo que la cosa iba mal, para huir de sus nuevos perseguidores; los dos valientes sabuesos se lanzaron en su persecucion, y cuatro balas silbaron á un tiempo, cayendo dos lotos bañados en su sangre.

Un momento despues sonaron otros dos tiros y la pareja restante rodó tambien por el suelo.

Entónces nos volvimos García y yo á socorrer á Enriqueta, creyéndola medio muerta del susto; pero la valiente amazona nos salia al encuentro, agitando su pañuelo blanco y espoleando á la jaca que piafaba con orgullo al sentir tan dulce carga.

—Si hubiese llevado una escopeta—nos dijo cuando llegamos á su lado,—no habria tenido que fiar la salvacion de este pobre cordero á la ligereza de mi *Corza*.

—¡Ya!—dije comprendiéndolo todo.

Efectivamente, la jóven llevaba atravesado en el arzon un blanco borreguito que lamia dulcemente sus manos, como si comprendiera el peligro de que le habia salvado y quisiera demostrarle de aquel modo su agradecimiento.

—¡Diablo! Lleva usted malos acompañantes para dar paseos por cerca de las guaridas de los lobos.

—No, no lo saqué de casa, y sabe usted que aunque amo con delirio á estos animales, no soy tan niña que cargue con ellos para llevarlos á paseo; salí sola y cuando llegué á esa plazoleta vecina, eché pié á tierra para beber agua en el arroyo que la atraviesa. Cuando me disponia á montar de nuevo, oí cercanos balidos y ví correr hácia mí á este pobre corderillo; comencé á hacerle fiestas, creyéndole perdido entre estos vericuetos; pero bien pronto conocí que no era lo que pensaba, sino que habia sido sin duda robado por los lobos, que volvian en aquel instante en busca de su presa.

—Puede que sea de los de anoche—observó García examinando al pobre animalillo que hacia fiestas á todos

—Sí, señor—dijo Oliva que lo reconoció en seguida;—era del ganado.

—¡Bah! pues para que no lo vuelvan á coger, ya que tan milagrosamente ha salvado la vida, se lo llevaré á mi hija.

Salimos á la plazoleta donde yacian los cuatro cadáveres, é hicimos alto para dar agua á los caballos y beber tambien nosotros.

Corsana y Oliva quedaron encargados de reunirse en el punto marcado con los demás cazadores, y despues de breves momentos de descanso, Enriqueta, García y yo emprendimos la vuelta á casa, siguiendo el curso del torrente, por donde nos dijo la jóven que habia subido aquella mañana.

—Entónces ya sé las huellas que distinguimos ántes.

—De mi *Corza* ¿eh?

—Justamente.

Dos horas despues dejábamos á Enriqueta y aproveché la ocasion para despedirme de ella y de su tia.

Excuso deciros cuán triste seria para mí aquella entrevista, que consideraba seguramente como la última; me faltó muy poco para llorar, y era que en aquel rincon delicioso, en aquella casa donde habitaba una mujer tan desgraciada y que tan digna era de mejor suerte, me dejaba el corazon entero, un corazon que sentia por vez primera y cuyos latidos tenia que sofocar para que no los oyese el mundo, que se hubiera mofado seguramente de aquella infeliz mujer.

## CAPÍTULO XVI.

En Berna.—Correspondencia.—Fundacion de la escuela de Hofwill.—Felleberg y sus sistemas de enseñanza.—Los establecimientos.—Á Paris.

Dos meses despues de los sucesos que acabo de referiros me encontraba en Berna de agregado á la legacion española, y aunque dedicado por completo á las funciones de mi destino, no olvidaba un momento á mi patria, y mucho ménos aquel rincon de ella, del que tan agradables recuerdos tenia, y donde moraba la única mujer que habia hecho latir un corazon que yo consideraba, no sé por qué, muerto para toda sensacion amorosa.

Por esto comprendereis que mis relaciones con García eran más estrechas que nunca, y siempre que los correos, no muy seguros y frecuentes en aquella época, lo permitian, escribíale largas cartas á las que se apresuraba á contestar, si bien por las mismas causas que las mias, no llegaban tan pronto á mi poder como hubiera deseado.

Cada una de aquellas cartas era para mi un bálsamo consolador, un lenitivo á los dolores de mi alma que se recrudecian con la distancia, y más aún en aquel país donde era completamente extraño; fuera de mis compañeros de legacion, no encontraba nadie á quien hablar de aquella patria tan querida, de la que cada dia que pasaba me parecia estar más léjos.

Naturalmente, mis cartas á García reducíanse á hablarle de Enriqueta, á preguntarle mil veces por ella, cómo estaba, qué hacia, si pensaba en

*él*, si le amaba como siempre, en fin, cuanto un loco enamorado de una sombra, de una ilusión, de un imposible, puede preguntar á los que no sintiendo como él no aciertan á comprenderle.

García en cambio, hablaba muy poco de ella; se hacia el desentendido y dejaba sin contestacion la mayor parte de mis preguntas. Comprendia demasiado bien que era peor ocuparse de ella, y por esto dirigia mi imaginacion extraviada por caminos más reales y positivos.

Contábame cuantas mejoras intruducia en su casa y en el valle, el cual, segun sus frases, no conoceria seguramente cuando volviese á verle; despues me referia mil minuciosidades de su vida tranquila, sosegada y feliz, el amor de su esposa, los adelantos de los niños que eran ya dos pequeños sabios, él montando á caballo como un hombre y ella causando la envidia con su hermosura de todas las jóvenes de los cortijos vecinos y del pueblo; y luego su socio, Corsana, viejo como nunca, pero tan fuerte y robusto como el primero, sin olvidarse del pobre desterrado en Suiza.

Una de aquellas cartas, de las últimas que recibí en Berna, contenia algunos párrafos indicándome un medio para distraerme de aquella tristeza continua que me dominaba. Hablábame de su deseo de ser útil á sus compatriotas, extendiendo los conocimientos agrícolas que poseia entre sus convecinos por medio de una escuela ó granja modelo, para lo que muy bien podia servir la suya; pero que poco versado en estas prácticas, me rogaba que visitase la escuela de Hofwill, que pasaba por la mejor de Europa, dándole luego detalladas noticias de cuanto allí viese y aprendiese.

«Con esto, concluia el doctor, creo proporcionarte un agradable entretenimiento, porque sé que eres aficionado á la agricultura, entreteni-

miento que no dudo te hará olvidar pasadas tribulaciones, contribuyendo acaso á que seas uno de los regeneradores de esta pobre patria nuestra, tan mal querida de sus hijos.»

La verdad es que estando tan cerca de la celebrada escuela agrícola del señor Felleberg, pues sólo dista dos leguas de Berna, era un crimen imperdonable no haberla visitado ya; todos mis compañeros la conocían; yo era el único que no había hecho el sacrificio de un par de horas para ver aquel establecimiento que honra á la Suiza y á su fundador; pero mi abatimiento había llegado á tal punto, que creo firmemente que ni áun una partida de caza, de aquella caza que había formado siempre mis encantos, hubiera conseguido sacarme de aquel estado de marasmo en que me encontraba sumido.

Sin embargo, aquella excitacion de García y el deseo natural de complacerle, me hicieron salir de mi estado habitual, y por fin me decidí á visitar la célebre escuela. Hícelo así, dedicando á su inspeccion muchos dias, porque me agradaba sobremanera cuanto veía, y cada vez estaba más encantado.

Entre mis viejos papeles conservo el borrador de la carta que despues de mi visita dirigí al doctor, y voy á copiarla aquí porque es el mejor medio para daros una ligera idea de la escuela, de la que seguramente no podría recordar hoy muchas particularidades por el mucho tiempo que ha trascurrido.

He aquí la carta:

«Mi querido amigo: conseguiste lo que nadie y he visitado á Verlhí, distante dos leguas de Berna. Mi visita, que bien pudiera llamar de inspeccion, ha durado cerca de un mes, y creo firmemente que volveré todavía por allí; el director lo quiere y por mi parte no me faltan deseos. Esto te

probará cuánto ha llamado mi atención este establecimiento, que es sin duda el mejor de su clase en el mundo.

Empezaré dándote algunos datos sobre su fundación, para luego entrar en detalladas explicaciones sobre su organización y sistemas de enseñanza.

En 1799, el Sr. Fellemberg, rico propietario de Berna, hombre muy aficionado á la agricultura y patricio eminente que habia dedicado todos sus desvelos, conocimientos y capitales á la instrucción de las clases más necesitadas, como igualmente al mejoramiento de la ciencia agraria en su país, concibió la patriótica idea de fundar una colonia agrícola que sirviera de escuela y campo de experimentos prácticos, en la que adquirieran sólida instrucción los jóvenes hijos de los labradores de estos cantones, para luego difundir sus conocimientos entre sus compañeros, mejorando con arreglo á lo que allí aprendieran, los sistemas de cultivo seguidos hasta entónces, y haciendo de este modo prosperar la agricultura, que sin género ninguno de duda, es la base de la riqueza y bienestar de esta pacífica República.

Los consejos federales de varios cantones aprobaron desde luego el pensamiento del Sr. Fellemberg, porque sabian cuánto podia prometerse el país de tan brillante proyecto, una vez puesto en planta, y le ofrecieron toda clase de recursos, en la seguridad de que por este medio, no sólo favorecerian al iniciador de la escuela, sino que prestaban un inmenso beneficio á su país que los habia colocado en aquellos puestos para que velasen siempre por sus intereses y prosperidad.

Alentado con estas muestras de deferencia y protección por parte de los Gobiernos de los cantones más próximos al de Berna, adquirió Fellemberg, cerca de la ciudad, á seis leguas del monte

Jura y ocho de los Alpes, la propiedad de las tierras conocidas con el nombre de Hofwill, nombre que por esta circunstancia ha recibido la escuela, hoy tan acreditada y floreciente.

Despues compró Felleberg modelos acabados y perfectos de los mejores instrumentos de agricultura; inventó otros que hizo construir en seguida; planteó el mejor sistema de administracion rural, tomando á su servicio el número de criados y operarios que creyó de absoluta necesidad para los trabajos; adquirió un número considerable de ganados y animales domésticos, y buscó en las mejores cátedras dignos maestros, modestos y entendidos que enseñasen á sus discípulos matemáticas, ciencias naturales y todo aquello que, rozándose con la agricultura, puede servir á ésta como de complemento necesario é indispensable.

Con tan acertadas medidas y bajo tan favorables auspicios, abrió su escuela el Sr. Felleberg algun tiempo despues, y un éxito casi fabuloso vino á coronar sus esfuerzos; los discípulos, aventajados la mayor parte, todos buenos, difunden la intruccion que allí reciben por todas partes, y los labradores que no pueden asistir á la escuela, encuentran quien les enseñe á practicar lo que en ella se estudia; alumnos extranjeros, pensionados por sus gobiernos respectivos, vienen á adquirir en Hofwill la instrucción que luego han de popularizar en su patria; los criados y operarios de la casa son entendidos maestros, y ellos mismos hacen lo que ántes estaba reservado á los depositarios de la ciencia, quitando al cultivo de las tierras sus antiguas y rutinarias costumbres; en fin, todo está llamado en este establecimiento á un brillante porvenir, y él mismo, acreditado ya, no sólo en Suiza, sino en el mundo entero, tiene reservada seguramente una larga

existencia y una serie no interrumpida de gloriosos triunfos, que honran más al fundador que si numerosas victorias, obtenidas á fuerza de sangre y de víctimas, le hicieran dueño de la tierra.

En la actualidad se compone el establecimiento de tres escuelas distintas, aun cuando todas están subordinadas á la misma idea y bajo la inmediata direccion del fundador; la primera, llamada ahora Verlhí, por ser éste el profesor encargado de dirigirla, la forman treinta y dos niños de la clase indigente, de los cuales veinte y ocho son mantenidos y vestidos á expensas del Sr. Fellemborg, que nunca hace el bien á medias. Al salir el sol, todos los dias del año, bien sea durante los calores del estío, bien en los meses del frio, de bastante consideracion en este país, levántanse los treinta y dos discípulos, y dirigidos por Verlhí, á quien todos llaman su segundo padre, tanta es la dulzura y tan grande el cariño con que los trata, van á trabajar al campo ó á los talleres de construccion de instrumentos agrícolas.

En el campo dirigen y ejecutan ellos mismos los trabajos, aplicando á la práctica las teorías que se les enseñan continuamente; sus fuerzas se desarrollan de este modo y adquieren amor al trabajo, al mismo tiempo que saben darse razon de todo, y á cada planta, á cada tierra y á cada cultivo, aplican los conocimientos que poseen, con lo cual el dia que abandonan el establecimiento no llevan la cabeza llena de ideas confusas, sino que saben distinguir los terrenos y los procedimientos que requieren, así como los vegetales y cultivos que á cada cual convienen.

Despues de este trabajo, repetido por la tarde del mismo modo, sin cansar nunca sus débiles fuerzas, el Sr. Verlhí les enseña á leer, á escribir y á contar; aprenden nociones elementales de geometría; se les enseña á levantar planos y

á dibujar los instrumentos y máquinas agrícolas, que usan en sus trabajos, y de los que luego han de dar conocimiento á sus conciudadanos.

Explícanselos tambien principios generales de historia natural aplicados á la agricultura, y todos aquellos fenómenos atmosféricos, y de la vida y reproduccion de los vegetales, que son necesarios para evitar las enfermedades de las plantas y corregirlas cuando se presentan; conocen tambien los animales domésticos, su vida, costumbres, enfermedades, pastos que les son necesarios y cuidados que hay que tener con ellos, las aplicaciones de cada uno y las ventajas que reportan, así como las de todo género de ganados.

Para que nunca estén ociosos, en los dias de invierno que el campo no exige sus trabajos, aprenden, como complemento de su educacion, algun arte mecánico; y la música y el canto, que ayudan el desenvolvimiento de las facultades intelectuales, forman parte de su enseñanza.

¡ Ah! seguramente, á tí, que tanto te agradan los niños, habia de hacerte derramar lágrimas de alegría la contemplacion de estos cuadros de ternura y sentimiento, impregnados de poesía, oyendo cantar á los pequeños labradores himnos que respiran siempre la más pura moral y el más acendrado patriotismo, con sus tiernas vocecitas, que imitan un coro de ángeles entonando las alabanzas del Señor.

Sistema de enseñanza como el del Sr. Verlhí, debiera imitarse en todas partes, y de este modo, á más de buenos agricultores, tendrian los pueblos hombres honrados y ciudadanos amantes de su patria y del trabajo, fuente de donde emana todo bien.

El segundo establecimiento ó escuela del señor Felleberg está destinado á educar á los hijos de familias acomodadas, ya sean del país, ya ex-

tranjeros: en la actualidad he contado hasta setenta y dos discípulos, desde ocho años hasta veinte, y hay con ellos veinticuatro ayos ó profesores, que asisten lo mismo á sus lecciones que á sus juegos y entretenimientos.

El griego, el latin, las lenguas modernas, el cálculo y las matemáticas, explicadas por el sencillo sistema de Pestalozzi, la historia natural, el dibujo topográfico y de figura, la equitación, la esgrima, el baile, los ejercicios gimnásticos, la natacion, la música y el canto, son las materias que allí aprenden. Sus paseos son siempre por sitios donde puedan estudiar algun trabajo agrícola que se les explica sobre el propio terreno, y tienen un gran jardin que cultivan por sí mismos, haciendo allí aplicacion de los principios teóricos de la enseñanza que reciben.

Todos conocen los sistemas mejores para la administracion de una finca; y para que nada falte á una educacion tan completa, uno de los médicos del establecimiento les da lecciones de botánica y de química en sus relaciones con la agricultura, en tanto que el otro los instruye en la veterinaria.

En cuanto al tercer establecimiento está destinado exclusivamente á la enseñanza de la agricultura, y lo forman hoy diez y siete jóvenes, entre los que recuerdo haber visto un frances y un griego, pensionados por sus gobiernos respectivos, que han comprendido sin duda la importancia y excelencias de la escuela.

El mismo fundador es el encargado de darles dos veces á la semana lecciones teóricas de agricultura, y otros profesores tienen las cátedras de química, botánica, historia natural y veterinaria. Todos los discípulos de este último y superior establecimiento toman parte muy activa en las faenas agrícolas; aprenden cuanto se hace

en el campo, hasta en sus menores detalles; dirigen y cuidan por sí mismos, siempre bajo la direccion de sus profesores, los establos y cuadras; ejecutan todas las operaciones que se llevan á cabo en la lechería para la fabricacion de la manteca y el queso, y construyen la mayor parte de las máquinas que salen de los talleres.

Con dos años de una instruccion de este género, los jóvenes que allí concurren salen hechos unos maestros de la ciencia agraria y de todo cuanto de ella depende, llevando á sus paises respectivos nuevos sistemas que saben aplicar perfectamente y que, comunicándolos á sus conciudadanos, mejoran los campos y los cultivos, todo sin grandes dispendios y sin que el discípulo necesite poseer una capacidad extraordinaria, pues sólo con ser una medianía, llega á aprenderse cuanto allí se enseña, por lo mismo que, unida la práctica á la teoría, inmediatamente despues de explicada ésta, se queda más impreso todo en la virgen imaginacion de los jóvenes aprendices.

Prusia, Francia, Grecia, muchos estados alemanes y hasta la misma Rusia, han enviado aquí muchos de sus hijos, que luego han llevado los conocimientos adquiridos á su patria; y únicamente España, que tiene su riqueza en su suelo, que debiera poner el estudio de la agricultura al alcance de todos para que llegase á la altura que está llamada á ocupar, únicamente España, no ha mandado aquí nunca un sólo discípulo.

Vergüenza me causa decírtelo, pero es la verdad, y el señor Felleberg se admira mucho de ello, haciendo salir los colores á mi rostro. Confieso que no supe qué contestarle, porque no hay una causa, ni la más fútil excusa, que justifique ese abandono por parte de nuestro Gobierno; así es que el día que me habló de eso, le volví la espalda, áun á riesgo de pasar por impolítico, y

me dirigí á un rincon de los jardines á ocultar las lágrimas que la vergüenza habia hecho asomar á mis ojos.

En Hofwill todo está bajo la inmediata direccion de Felleberg, y él, áun cuando son tantas y tan complicadas sus ocupaciones, no deja nada sin examinar, y preside la mayor parte de los actos. Acude á todo con incansable solicitud, y profesores, discípulos, mayordomos y criados, encuentran en él un padre tierno y cariñoso, un compañero que sólo distingue á la aplicacion y al mérito verdadero, y un amigo á quien todos quieren y bendicen y por quien se dejarían sacrificar sin la menor violencia.

Creo que escuela ninguna es más digna de estudio que la de Hofwill, y todas las naciones deberían imitar el ejemplo de esta confederacion que ha prestado y sigue prestando su apoyo moral y material al Sr. Feileberg, á fin de que su establecimiento llene por completo las exigencias de la época y proporcione á la agricultura entendidos maestros y á la patria buenos ciudadanos.»

Extendíame luego en reflexiones que no creo necesario copiar aquí, porque vosotros podeis hacerlas mejor que yo, y concluia volviendo como siempre á mi tema favorito.

Ya comprendereis á lo que me refiero, y excuso por lo tanto daros más noticias de aquella carta, que García guarda religiosamente, porque dice que á ella debió venir en conocimiento de un sistema de enseñanza que á él no se le habia ocurrido nunca, y que es de provechosos resultados.

El doctor me contestó en seguida, dándome las gracias por mi amabilidad en complacerle; no hablaba una palabra de Enriqueta, costumbre que habia tomado ya hacia algun tiempo.

Mi inquietud por esta razon era inmensa, y ya me disponia á solicitar un mes ó dos de licencia

para regresar á España, cuando por una órden del Gobierno, recibida algunos dias despues, me encontré trasladado con ascenso á la embajada de Paris, disponiendo al mismo tiempo que hiciese el viaje con la mayor rapidez posible, en atencion á ser necesaria mi presencia en la capital de Francia, por no encontrarse allí el embajador.

Desistí, por lo tanto, de mi proyecto y marché á Paris, abandonando con verdadero disgusto aquella Suiza que tan poco habia apreciado al principio de mi permanencia en ella, y que entónces, despues de conocida la escuela de Hofwill, tenia por una de las primeras naciones de Europa.

## CAPÍTULO XVII.

Incremento de la granja.—Ensayos de los prados.  
—Primera sorpresa de Corsana.—Las patatas; su historia y propiedades.—Revancha de las cañas de azúcar.—Otra sorpresa.

Como no es únicamente la historia de mi desgraciada pasión la que me he propuesto contaros en este libro, sino la de la granja de García, que fué la que verdaderamente me inspiró la idea de escribirlo, siquiera porque dándoosla á conocer creia hacer un bien á los aficionados á la agricultura y á los labradores que saben leer y emplean sus ratos de ocio en instruirse, nada os diré de mi estancia en Paris, que se prolongó mucho más de lo que yo hubiera deseado, y dedicaré en cambio algunas líneas á referiros cuanto despues supe habia ocurrido en el ameno valle de Andalucía, durante mi larga ausencia de la patria.

La granja, cuando yo la abandoné, producía ya gran número de plantas que rendían considerables ganancias; contábanse entre ellas, las flores, las hortalizas, las legumbres más importantes, várias clases de cereales y el lino; pero no era esto bastante para dejar satisfecho á un hombre como García, que deseaba perfeccionar todos los cultivos posibles, aunque en pequeña escala, no sólo para que siendo mejores los productos adquirieran mayores precios en los mercados, sino porque de aquel modo conseguía su objeto principal, que era instruir á sus conciudadanos y hacerles abandonar sus sistemas rutinarios por los que él empleaba en la granja.

Ya creo habreis comprendido que lo iba consiguiendo, aunque á fuerza de trabajos, y Corsana era un buen ejemplo de los maravillosos resultados obtenidos. García, pues, esperaba con el tiempo convertir su valle, cultivado ya todo, y sembrado de cuantas plantas fuera susceptible de recibir, en una escuela de agricultura donde pudieran educarse los jóvenes de las cercanías.

Para llevar adelante el pensamiento tuvo necesidad de buscar nuevas plantas, porque con las que se criaban en el valle no generalizaba los cultivos, y entónces pensó tambien en la necesidad de criar ganados, para que el establecimiento rural fuese completo y contase con cuantos animales son necesarios para ayudar al hombre en el cultivo de las tierras, dándole al mismo tiempo sus estiércoles como abonos, sus carnes para alimento, la leche para regalo de sus comidas y fabricacion de queso y manteca, y sus pieles, huesos, intestinos y demás partes que utiliza la industria, para aumentar los productos y subvenir con ellos á las nuevas necesidades creadas.

Para el infatigable García, aquello fué sólo cosa de pensarlo y hacerlo, y cuando recibió mi carta de Berna, en que le hablaba de la escuela de Hofwill, puso manos á la obra y emprendió todas las mejoras que bullian en su imaginacion, sin darse un momento de reposo.

Bien pronto una preciosa casita construida en la orilla del riachuelo sirvió para lechería, y el ganado vacuno, tan apreciable por todos conceptos, pacia en sus alrededores, para que los operarios tuviesen siempre la leche cerca del taller y la fabricacion de los quesos no sufriera interrupcion ninguna.

Habia, sin embargo, un gran inconveniente que vencer, y el doctor no tardó en buscar los medios para ello. Tratábase de que, siendo el valle

de corta extension, y no pudiendo dejar gran parte de él para prados naturales, los ganados iban á encontrarse bien pronto sin comida; pues sabido es que una piara de vacas, por ejemplo, necesita un gran espacio de terreno para tener pasto asegurado durante el año, y ocurre muchas veces, que si falta el agua para el otoño, los prados no producen yerbas bastantes y el ganado enflaquece y muere, ó hace gastar mucho en alimentos nutritivos que sustituyan á los pastos que les hacen falta.

Otro cualquiera, un labrador de nuestro país, se hubiera encontrado en un gran apuro para resolver aquel problema; en vez de deshacer el nudo, lo hubiera cortado; es decir, para salir del paso, hubiese vendido el ganado en ménos precio de lo que en realidad valia, para luego volverlo á comprar cuando la tierra produjese con qué mantenerlo, pagando entónces por él cuanto le pidieran; pero García no podia recurrir á este medio, contando, como contaba, con otros recursos para que á sus ganados no les faltasen el preciso alimento.

¿Quién no ha oido hablar de los prados artificiales que con tanta ventaja sustituyen á los naturales? ¿quién no conoce ese sistema de alimentacion para los ganados que labradores de otras naciones cuidan con tanto esmero, y que en España, tan fáciles de obtener por la feracidad del suelo, no se ha pensado nunca en cultivar, escepcion hecha de algunos ejemplares muy honrosos?

Este fué, pues, el medio que desde luego ocurrió á García, y como en él, segun os llevo ya dicho, pensar y ejecutar una idea eran una misma cosa, dispuso en seguida las simientes necesarias para los prados artificiales, y acompañado de Corsana y Ricardo salió una tarde á elegir el terreno, entre los que aún se conservaban para pastos, que fuera más á propósito para su intento.

Los tres marcharon primero por entre los campos destinados á recibir las segundas cosechas de cereales, preparados y abonados ya, y pronto salieron á las orillas del riachuelo, y en el sitio donde pacian las vacas y novillos.

—Hé aquí el sitio mejor—dijo García deteniéndose;—¿qué te parece, Corsana?

—Si usted lo cree así... contestó aquel.

—¡Eh! ¡qué diablos! no basta que yo lo crea, es preciso que des tu disposicion tambien, porque ya conoces bien los terrenos y las plantas que pueden producir mejor con arreglo á su calidad.

—Entónces, discutamos—repuso Corsana, á quien gustaba mucho entrar en polémica con su socio, y que iba ya usando un lenguaje bien distinto del de los primeros años.

—Corriente, discutamos, pero sentados, que es más cómodo.

Y uniendo la accion á la palabra, García se sentó sobre un montículo, imitándole Corsana.

En cuanto á Ricardito, jugaba por la pradera, no creyendo sin áuda de ningun interes para él lo que su padre y el viejo iban á hablar.

—En primer lugar, amigo Corsana—empezó á decir García,—y como me figuro, no sé por qué, que tú no has de ser muy aficionado al cultivo de los pastos, prefiriendo dar á los ganados lo que éstos encuentren buenamente, permite que te cite unas frases de un célebre autor inglés, Arthur Yung, el primer escritor agrario de su país, que dice sobre poco más ó ménos en una de sus obras más aplaudidas y apreciadas, lo siguiente: «No es el que ara siempre el labrador más rico, sino el que siembra pastos. Es inútil insistir sobre este hecho; basta comparar los países de pastos con los que se destinan al producto de granos; faltan en éstos los abonos, mientras que en aquellos se hallan en abundancia, y las tierras se me-

joran, aumentando su fertilidad que es la base de su riqueza. »

—¿Y no dice más?—preguntó Corsana.

—Si te parece poco...

—Es que con todo eso estaba yo conforme.

—¡Hola! ¿parece que me he equivocado?

—Sí, señor; lo único que yo trato de discutir con usted, es si conviene ó no esta tierra que usted dice que es buena para el caso.

—¡Diablo! ¿dónde has aprendido tú todo eso?—preguntó García verdaderamente asombrado.

—¡Bah! el señorito no recuerda que tiene en su biblioteca muy buenos libros que se ocupan de estas cosas.

—Y bien, tú no sabes leer.

—No sabia, pero ahora ya leo de corrido.

—¡Demonio! ¿será verdad?—exclamó el doctor que, como indicaba su interjeccion, estaba cada vez más sorprendido.

—El señorito Ricardo me enseñaba sin que lo supiera nadie, y aunque ya soy viejo y tengo la mollera dura para esas cosas, he aprendido á fuerza de trabajos.

—Pero hombre, ¿por qué no me digiste tu deseo y conmigo te hubiera sido más fácil?

—Es que yo queria darle á usted una sorpresa.

—Y lo has conseguido, amigo Corsana, lo has conseguido.

—Por eso puedo leer ahora los libros que tiene usted en la biblioteca, y saber una porcion de cosas de agricultura, sin esperar á que usted se incomode en explicarlas.

—Entónces, discutamos.

—¡Vaya! ahora ya puedo yo hacerlo.

—Pues bien, volviendo á la cuestion, creo que este terreno, por su proximidad al rio, tiene suficiente humedad.

—Sí, señor, pero demasiada humedad para el

trébol y la alfalfa, que son las plantas que va usted á sembrar.

—No es tanta como tú piensas.

—Ya se convencerá usted; sirve para otras plantas que yo conozco y que no nos hemos acordado de sembrar en el valle.

García miró á su socio, que se crecía cada vez más, con ojos espantados, y ya iba á preguntarle qué planta era aquella á que se refería, cuando le llamaron la atención unos gritos que parecían proceder del centro de la pradera.

El doctor reconoció la voz de su hijo, á quien distinguió á alguna distancia de ellos, sentado sobre el césped, y temiendo que le hubiera sucedido algo, se levantó para volar á su socorro; pero al mismo tiempo se levantó también el niño y echó á correr hácia el sitio en que se encontraban los dos socios, repitiendo los mismos gritos que habian sorprendido á su padre y que éste conoció entónces ser de alegría, producida sin duda por haber encontrado algun insecto raro, cuya explicacion iria á pedirle.

Sentóse de nuevo tranquilo ya, y esperó á que llegara Ricardito para continuar su conferencia con Corsana.

—¡Papá! ¡papá!—decía el niño cuando ya se encontraba más cerca, agitando en el aire unas plantas que llevaba en la mano; he encontrado unas raices que parecen patatas.

—¡Eh! ¿qué dice?—preguntó García.

—Habla de papas—contestó Corsana sonriendo de una manera particular que no dejó de llamar la atención del doctor.

El pequeño llegó, por fin, y mostró su descubrimiento; eran efectivamente los tubérculos harináceos que llevan el nombre de patatas.

—¿Dónde has encontrado eso?—exclamó el doctor examinando atentamente las raices.

—Allí abajo, papá; hay unas matas muy bonitas, como ésta, y yo buscaba un gusanito de luz que se había escondido debajo de una, en un agujero; saqué la navaja y empecé á hacer un hoyo muy grande para buscarlo, pero el muy pícaro se me escapó, y no me encontré más que esas patatas que estaban allí escondidas.

—¿Quién diablos habrá plantado esto en el valle?

—Pues qué, papá, ¿no es silvestre la patata?

—¿Estás loco?

—Yo no las he visto nunca, y si tú quisieras...

Ricardito no se atrevió á concluir de formular su deseo; pero su padre, que lo comprendió en seguida, aunque preocupado con la idea de cómo podían haber nacido allí patatas sin que nadie las plantase, al menos que él supiera, y de las grandes ventajas que aquel descubrimiento proporcionaba á la granja, y deseoso de instruir siempre á su hijo, se apresuró á complacerle.

—La patata, como habrás visto—dijo,—es una planta herbácea que despide un olor no muy agradable, y tiene las hojas alternas y el fruto compuesto de una baya con una ó más celdas. Pertenece á la familia de las *solaneas*, y son de su misma especie el *beleño*, el *gordolobo*, la *bella-dona*, el *estramonio*, el *tabaco*, el *pimiento* y el *tomate*, y algunas ménos interesantes, conteniendo muchas de ellas principios venenosos, como sucede con la *nicotina* del tabaco, y todas se distinguen por sus propiedades narcóticas. La patata se distingue por sus raíces, que contienen gran cantidad de fécula, muy á propósito para la alimentación del hombre y de los animales, y procede, como el tabaco, de América. El almirante Drake trajo de Virginia á Inglaterra, su patria, las primeras patatas, allá por los años de 1586; y el célebre agricultor Gerard se dedicó

á su cultivo, que no dejó de producirle excelentes resultados. Cárlos de la Esclusa, profesor en Leyden, amigo de Gerard, supo por éste la importancia del tubérculo en cuestion é introdujo su cultivo en Alemania y Holanda, de cuyos países no tardaron mucho en tomarlo los demás de Europa. Parmentier, á fines del siglo pasado, lo llevó á Francia, que lo recibió con general aplauso, propagándose de una manera considerable en bien poco tiempo, y solamente España, que pudiera haberlas tenido ántes que nadie, fué la única nación que no las poseía á principios de este siglo.

—¡Pícaros españoles!—exclamó el niño justamente indignado.

—Mucho, hijo mío, muy pícaros, porque no saben apreciar bastante el privilegiado suelo que habitan. Volviendo á las patatas, son éstas de diferentes especies, distinguiéndose por su color ó su volúmen; las mayores, las ménos delicadas, las más convenientes para la alimentacion de los ganados y del hombre, y las que nacen más temprano son las blancas y las amarillas; pero las que tienen mejor sabor, aunque son las más tardías y exigen mejores terrenos, son...

—Las encarnadas, ¿verdad?

—Justo, las encarnadas, ó mejor dicho, rojas, y todas las variedades que más se aproximan á este color. Todas ellas proporcionan al hombre un alimento sano y agradable, con la recomendable circunstancia de que basta hervirlas en agua ó cocerlas debajo de la ceniza, para que sean comestibles; mezcladas con la harina del trigo hacen un pan exquisito, y los buenos gastrónomos preparan con ellas platos delicados y de mucho gusto. En Alemania y Suiza las conservan de un año para otro sin más que cortarlas en dos ó tres porciones circulares y secarlas de este modo al

fuego de un horno; con patatas preparadas de esta manera fabrican en dichos países macarrones y fideos, haciéndolas hervir primero, y pasándolas luego por un cilindro de hoja de lata, cuyo fondo está lleno de agujeritos como las espumaderas; por medio de un émbolo que ajusta perfectamente en el cilindro, se empuja la patata, naciéndola escapar por los agujeros, que van sirviendo como de molde para que salgan formados los macarrones.

—Eso sí que se puede hacer fácilmente, y se lo voy á decir á Rafaela para que probemos.

—La patata, por lo delicada que es su caña ó tallo, que teme mucho á los hielos, debe sembrarse cuando ya aquellos no se repitan, y en algunas partes recogen dos cosechas, una que siembran inmediatamente despues del trigo, y otra en cuanto han recogido la primera y dado dos labores á la tierra.

—¿Y cómo se siembran, papá?

—De tres modos: se producen por tubérculos enteros, por parte de ellos, siempre que contengan al ménos dos ó tres ojos, ó por simientes. Es más conveniente plantar patatas enteras, porque así recibe la planta más alimento, hasta que se encuentra en estado de proporcionársele por sí misma; pero si no pudiera disponerse de las necesarias para una plantacion, entónces pueden dividirse en trozos, siempre que cada uno de ellos, como te he dicho ántes, quede con dos ó más ojos, si bien en este caso hay el grave inconveniente de que se pudren más fácilmente los tubérculos. Para plantar por simiente se coge el fruto el dia ántes que se saque la raíz, y se conserva el invierno, ó sobre arena, ó colgado en el aire: cuando llega la primavera se mete el fruto en el agua para separar los granos ó semillas del gluten pulposo que las cubre, sembrándose luego

como el trigo. Es muy conveniente renovar de vez en cuando las plantaciones de patatas, sembrándolas de este último modo, porque valiéndose muchos años seguidos del otro sistema, es decir, de los tubérculos, degenera mucho la especie y llegan á adquirir muy mal gusto.

—Lo mismo que la caña de azúcar.

—Exactamente del mismo modo. Para concluir, los terrenos que más convienen á las patatas son aquellos en que la tierra es más hueca y no contiene gran cantidad de arcilla, pudiendo desmenuzarse con facilidad: tampoco le son muy convenientes los terrenos excesivamente húmedos, pero siempre son éstos preferibles á los duros y tenaces, que impiden á las raíces su completo desarrollo.

—Ahí lo tiene usted; un terreno como éste—dijo Corsana volviendo á sonreír como ya lo había hecho cuando vió llegar á Ricardo con las patatas.

—¡Diablo! ¿habrás sido tú?—preguntó el doctor acabando de comprender.

—Sí, señor, yo he sido; planté unas pocas para ver si aquí se daban bien.

—¿Y sin decirme nada?

—¡Toma! ¿y no quería usted que me desquitase del secreto de las cañas de azúcar?

A esta salida del viejo no pudo García contener una carcajada.

—Está visto—dijo cuando cesó de reír,—que hoy es día destinado á recibir sorpresas.

Ricardo miró á Corsana como pidiéndole explicación de aquellas palabras que no comprendía.

—Sí, hazte el distraído—continuó su padre;—todo se sabe.

—¡Papá!—exclamó el niño que temía sin querer haber hecho alguna parecida al corte de las cañas.

—En castigo de tu falta, de haberle enseñado á leer sin yo saberlo—siguió diciendo García sonriendo bondadosamente,—es preciso que le enseñes á escribir.

Corsana y el niño, libre ya con aquella explicacion del temor que comenzaba á embargarle, soltaron á su vez la carcajada.

—¿Cómo! ¿se rien ustedes?—preguntó el doctor.

—Claro, papá, ¿no nos hemos de reir?

—Pues que, acaso...

—Sí, ya escribe, casi tan bien como yo.

—¿Será posible?

—Y tanto; ya lo verá usted á la noche.

—Entónces te castigo por ambas faltas... á que me des un abrazo.

Y el buen doctor, con lágrimas de alegría en los ojos, abrió los brazos para recibir á su hijo, que se arrojó en ellos, cubriendo de besos aquella cabeza tan querida.

## CAPÍTULO XVIII.

Llegada del invierno.—Los niños de García.—Otra niña bellísima.—Tertulias instructivas.—Vegetales propios de cada zona.

El bueno del doctor iba poco á poco realizando su deseo, y comenzaba á saborear las delicias del triunfo: no eran, sin embargo, su granja y el valle de ella dependiente, un modelo perfecto y acabado de este género de establecimientos; pero no contando con más recursos que los que le proporcionaba su ingenio, era difícil hacer más y en ménos tiempo.

Llegaba por lo tanto la época del descanso, cosa que hubiera sido un poco difícil en un hombre de su genio, para el que aquella palabra no existía en el diccionario, época que la edad del doctor hacía ya necesaria, y á la que, gracias á sus muchos y buenos trabajos anteriores, podía sin cuidado ninguno dedicarse.

El invierno llegó un año, hacia ya seis que yo no los veía, y los graneros se hundían con el peso de miles de fanegas de trigo y otros granos que aquel estío había producido el valle; la familia toda, y cuento en ella al bueno de Corsana con la suya, daba continuamente gracias al cielo por tanto beneficio, pues que habían conseguido mucho más de lo que podían prometerse.

La próxima sementera se presentaba muy buena, porque las aguas caían con frecuencia, haciendo innecesarias las del riachuelo, que más de una vez se salía de madre inundando las tier-

ras vecinas, si bien no era nunca en proporciones alarmantes, y el trabajo no era mucho si se atiende á que haciéndolo con órden, lo que parece al obrero una montaña resulta luego un grano de arena; y como el método seguido allí era inmejorable, de aquí el que las operaciones del día, muy corto de invierno, se concluyesen temprano, reuniéndose luego las dos familias al amor de la lumbre para ocuparse de sus asuntos ó instruirse oyendo las explicaciones del doctor, siempre dispuesto á decir cuanto sabia de cada planta, de cualquier fenómeno ó de algun accidente que llamaba la atencion de los niños ó de Corsana, que se aproximaba ya á esa edad en que el hombre vuelve á parecerse á lo que era en sus primeros años.

Ricardo era ya entónces un hombrecito: su papá le llevaba á todas sus expediciones, y sabia poner una bala en el corazon de un jabalí como el mejor tirador de la comarca; llevaba las cuentas de la administracion y pagaba los jornales, trabajos á que se dedicaba con gran satisfaccion, enorgulleciéndose de aquella confianza que su padre depositaba en él.

Rafaela, por su parte, era una andaluza preciosa, con toda la gracia y todo el garbo de las hijas de la tierra de María Santísima; merced al género de vida á que su padre habia acostumbrado á los dos hermanos desde pequeños, su desarrollo físico era tal, que parecia ya una mujer, aunque no contaba sino once años, y su madre aseguraba que para el invierno siguiente iba á vestirla de largo. Parecíase mucho á Matilde, y cuantos la veian y trataban no podian ménos de confesar que era difícil encontrar más belleza, más candor y más gracia, unido todo á una instruccion nada comun. Adorábanla los pobres de las cercanías, bendecíanla los trabajadores de la

granja y del cortijo de Enriqueta, y más de un propietario de los alrededores habia puesto en ella los ojos para dar á su hijo una esposa buena y que hiciera su felicidad.

Otra niña, no ménos graciosa é interesante que Rafaela, solia verse muy á menudo en la granja. Era la hija de Enriqueta, María, de quien nada he dicho hasta ahora, pero que merece llamar tambien vuestra atencion. Contaba un año más que Ricardo, y decíase con insistencia que no le era á este indiferente; lo que no tenia nada de extraño, porque María, educada por su madre, pobre mártir, víctima de un hombre sin corazon, además de ser muy bonita, con unos ojos grandes y negros, una magnífica cabellera castaña, unos labios que asemejaban dos rojos pétalos de clavel, entreabiéndose para mostrar una faja de marfil escondida entre ellos, y un cuerpo lleno de gracia y donosura, poseia un corazon todo ternura y un alma en la que se habian dado cita la virtud, la modestia y el candor.

Las tertulias de la granja, pasadas entre aquellas buenas gentes, tan dignas de estimacion por todos conceptos, debian ser agradabilísimas. Ya podeis suponer, sabiendo que Enriqueta asistia algunas veces, cuánto hubiera yo dado por encontrarme allí y ser un tertuliano constante; seguro es que no habria llegado á cansarme nunca.

Cada una de aquellas veladas era naturalmente, cuando en ellas se trataban puntos de instruccion, de cualquier materia que fueran, una session científica, en la que García tomaba la palabra para no dejarla en toda la noche, usando de ella de manera que todos le comprendiesen, y basando siempre sus explicaciones en hechos observados por alguno de los tertulianos, que exigia al doctor para comprenderlos y dar razon de ellos, detalles y circunstancias más precisas, que él se

apresuraba á proporcionar en gran número, procurando llevar la discusion, si es que se suscitaba, al terreno mejor para que de cuanto se hablara pudiesen sacar alguna leccion provechosa y útil á la granja.

De ellas podria citaros muchas que el mismo García me refirió despues á mi vuelta definitiva á España; pero como esto seria tarea interminable, para daros únicamente una ligera idea de aquellas cátedras de ciencias, que así podian llamarse, os daré algunos detalles de una de las que más me llamaron la atencion por lo bello del asunto, y por rozarse además con una ciencia que para los habitantes de la granja era de grandísimo interés.

Hallábanse reunidos los de costumbre, excepto Enriqueta que no asistia sino de vez en cuando, y Ricardo, promovedor generalmente de cuantas cuestiones se ventilaban allí, preocupado con una idea que le perseguia ya algun tiempo, preguntó á su padre por qué se podian encontrar mejor plantas en las regiones polares, que en los desiertos abrasadores del África, creyendo él que del mismo modo podia haber vegetales propios de los polos, que de las arenas del Ecuador.

García dió sus explicaciones sobre aquella observacion de su hijo, y como en una conversacion de esta especie se pasa insensiblemente de un asunto á otro, el doctor llegó al fin, casi sin darse cuenta de ello, á ocuparse de la distribucion geográfica de los vegetales, materia delicada pero bellísima que ha inspirado á Humboldt su *Ensayo sobre la geografia de las plantas*, y á Stromayer el libro titulado *Specimen geographiae, botanicae*, impreso en Gotinga á principios de este siglo.

Recuerdo únicamente algunas ideas generales de lo que mi amigo explicó aquella noche, y voy

á trasladarlas aquí, puesto que os he ofrecido un ejemplo de lo que eran aquellas tertulias.

Únicamente la temperatura del aire ha podido limitar la extension de cualquier especie vegetal; sabiendo el grado de calor del aire atmosférico, puede fácilmente deducirse la flora de un país, encontrándose la demostracion de esto en multitud de casos observados por viajeros y naturalistas. Los valles de la zona tórrida producen la flora propia de aquel clima abrasador; pero no es raro ni difícil hallar en la cumbre de sus montañas los frutos de las zonas templadas, sucediendo otro tanto en América, donde se encuentran en los amenos prados de los Andes los plátanos y las palmas, productos ambos de los climas templados, en tanto que en la cima de aquellas cordilleras y aún sin ascender mucho, se tropieza con abetos, encinas y agracijos, árboles todos ellos que crecen y se desarrollan muy bien en el Norte de Europa.

De esta circunstancia tan favorable se ha aprovechado el hombre para llevar á un país, desde otro donde se criaron, las plantas que no son propias del primero, que si no viven en los valles por el excesivo calor, se desarrollan en las cimas de los montes ó viceversa.

Indudablemente el frio exterior no mata la vegetacion por completo, y buena prueba de ello nos presentan muchas variedades de plantas criptógamas que nacen y se desarrollan en lo más profundo de las minas y cavernas, donde nunca penetra el calor que proporcionan los rayos solares; gran cantidad de saxifragas, francesillas, sames rastreros y líquenes buscan el frio para vivir y florecer. En vez de impedirles la nieve el ejercicio de las funciones vitales, resguárdalas de las heladas, las comunica mucha parte del oxígeno que contiene y acelera de una manera

notable la germinacion de las simientes que entierra. No puede negarse que la region de las nieves perpetuas es habitada por unas plantas, las más sencillas que se conocen, pues se componen únicamente de una celdilla llena de un líquido rojo, que M. Biot ha observado muchas veces y confirmado otros sabios eminentes que han bautizado á ese vegetal con el nombre de *hoematooccus nivalis*, nombre bastante significativo para demostrar su modo de vivir y desarrollarse.

Por esto los labradores castellanos tienen muchísima razon en sostener que encierra una gran verdad aquel refran que dice, *año de nieves, año de bienes*, pues encerradas las simientes bajo la nieve, no mueren á impulsos de las grandes heladas que de otro modo sobrevendrian, y bastan únicamente algunos dias de calor, despues que la nieve licuándose ha humedecido la tierra comunicándola su vida, para que las semillas germinen y las plantas broten lozanas y poderosas.

El calor acompañado de humedad, por poca que ésta sea, tampoco mata la vegetacion, y así se ven multitud de plantas crecer y desarrollarse á orillas de manantiales calientes, que parece debian abrasar sus raices y sus hojas; pero el calor solo no deja producir nada, y los desiertos africanos, tan movedizos y en los que la humedad es desconocida, no pudiendo por consiguiente fijarse la tierra de modo ninguno faltándole aquel elemento, la vegetacion es completamente nula.

En esa misma zona tórrida, sin embargo, allí donde la humedad fertiliza las tierras ¡qué de poderosos árboles y gigantescas plantas se producen! Sus riquezas vegetales no es posible que puedan compararse con nada, y parece como que la tierra ha querido demostrar al hombre cuánto es su poder para dar vida á las mayores

especies. Los frutos más suculentos y de más grato sabor, las flores de más preciados aromas y más vistosos colores, las maderas más compactas, las savias más dulces, las hojas más grandes, las plantas que en la zona templada no pasarían nunca de tales, convirtiéndose en lozanos arbustos, éstos adquiriendo el desarrollo de árboles inmensos y los árboles á su vez, semejando muchas veces las más esbeltas torres de nuestras catedrales, por su corpulencia, por su altura, cubriendo acaso debajo de su copa, lo que aquí no cubriría quizá un bosque de los más hermosos robles, eso es lo que en aquella zona privilegiada se encuentra siempre.

Hay allí más variedad, más lozanía, otra savia que produce mejor alimento para las plantas, ofreciéndolo éstas más grato, más dulce, más aromático y con mayor cantidad de jugos alimenticios.

Vense allí la caña dulce que nos proporciona el azúcar, que forma uno de nuestros mayores regalos; el café, que alimenta un vicio convertido en costumbre; multitud de palmas, cuyos frutos adornan en Europa las mesas de los potentados; el árbol del pan, colocado por la Providencia, siempre sabia y justa, allí donde no pueden encontrarse fácilmente ese primer alimento de la mayoría del género humano, que ha dado su nombre al árbol; el cacao, que con la vainilla, la canela y el azúcar constituye uno de nuestros manjares más apetecidos; el árbol del alcanfor, el sándalo, el banano, el cocotero, los cien distintos que producen apreciados tintes; el árbol del viajero, que guarda en sus hojas el agua para apagar la sed del peregrino; y sobre todos estos y cien más, cuya sola enumeracion llenaría muchas páginas, el inmenso baobab, en cuyo interior viven familias enteras y cuyo tronco no pueden

abrazar á veces veinte hombres cogidos de las manos y con los brazos extendidos.

Luego todos estos gigantes de la vegetacion están rodeados, abrazados hasta en sus más insignificantes ramas, por lianas inmensas que viven á costa de ellos muchas veces, que se confunden con sus hojas y forman un solo conjunto, impenetrable siempre á los abrasadores rayos del sol de los trópicos. La higuera ecuatorial cobija á su sombra al esbydium y á la vainilla, tan apreciada y digna de estimacion; el photos entrelaza sus ramas con las de cien especies de orquídeas que viven de su savia, y el fresco verdor de sus hojas contrasta notablemente, presentando bello y agradable conjunto á la vista del observador, con los variados colores de las flores de aquellas; la banisteria, con sus corolas amarillas, que semejan desde léjos hermosas pepitas de deslumbrante oro, cercan todos los árboles de aquellas selvas, muchas veces impenetrables, y el ojo más perspicaz confúndese allí para descubrir á qué planta y á qué tallo pertenecen cada una de aquellas ramas y de aquellas flores, todas grandes, verdes, de múltiples colores, de poderoso desarrollo.

Nuestras débiles cañas, que apenas resisten el soplo de la suave brisa de las montañas, se convierten allí en el gigantesco bambú, con el que se sostienen los techos de las casas y se construyen infinidad de objetos de uso doméstico, en tanto que sus grandes hojas cubren las cabañas y los cuerpos de los felices habitantes de aquellas sorprendentes moradas.

La Providencia, sin embargo, ha colocado en climas de vegetacion tan rica y exuberante muchas de las plantas que crecen en los climas templados, y distintas variedades del trigo, tales como el *durra*, el *oleus*, el *kebru* y otros que

viven en el fondo de los valles, mientras que en las cimas de las cordilleras encuéntrase algunos de los líquenes, musgos y arbustos que sólo parecen poder vivir en las heladas regiones de la Siberia.

Poco á poco esta vida gigantesca de las plantas va decreciendo y se entra en las zonas templadas, ménos ricas que la tórrida; todavía, sin embargo, consigue el hombre á fuerza de trabajos conservar algunas especies como el plátano, la caña de azúcar, el algodouero y otros no ménos apreciables; pero bien pronto cambia el paisaje, y sólo se tropieza ya con los géneros que no necesitan aquel calor ni aquella tierra poderosa para florecer.

Empiezan los árboles frutales, raquíuticos y pobres los más, si se les compara con aquellos, y cuyos frutos no tienen ni el aroma ni el sabor de los de los trópicos; nótese, empero, que los más delicados señalan el límite de una á otra zona, y encuéntrase primero el olivo, el limon, el naranjo, el maíz, el arroz, el cedro, el cipres, el alcornoque y otros, entre los que no debe olvidarse la vid, tan interesante, que vive mejor cerca del paralelo 30 que del 50, último límite de su mejor desarrollo. Albérchigos, albaricoques, ciruelas, cerezas, almendras, nueces, castañas, membrillos, granadas, trigo candeal, mijo, trigo sarraçeno, lino, cáñamo y otras muchas viven muy bien en el centro de las zonas templadas, temiendo mucho la proximidad de las limítrofes, bien sea la polar, bien la tórrida, y más al Norte, si es cierto que obtienen la mayor parte de esos frutos, no es sino á costa de infinitos trabajos, siendo más fácil encontrar allí abetos, pinos, arces, olmos, tilos, encinas, agracejos y cien especies más, notándose entre ellos los líquenes y musgos, que parecen más propios de las zonas glaciales.

En aquella parte, es decir, en las zonas templadas, no existen las selvas inmensas del Ecuador y los trópicos; los bosques son pobres y raquíticos y ninguna liana entrelaza las hojas y las ramas de sus árboles, confundiendo con ellos; sólo las trepadoras cubren algunas especies, pero son débiles y sus tallos apenas llegan á adquirir desarrollo bastante para que puedan obtener el honor de ser juzgados como leñosos. Hay además en las tierras que forman estas regiones, inmensas porciones que no alimentan ningun vegetal; el suelo se compone en ellas de rocas en las que es casi imposible toda vegetacion, y esto no deja de dar armonía al cuadro por la variedad que presenta á los ojos del observador.

Subiendo aún más, y despues de pasado el círculo polar, la vegetacion va decayendo hasta que cesa del todo; ya allí los pinos son más raros, los abetos casi no aparecen, pero en cambio la Providencia no ha abandonado á aquellos habitantes, y cuentan, además de los líquenes y musgos, abedules y sauces, con los helechos, plantas rastrearas y numerosos arbustos de bayas, entre los que son notables los groselleros, los *rubus arcticus* y otros, cuyos frutos no se encuentran en parte ninguna con el delicioso sabor que allí tienen y que forma uno de los platos más agradables de aquellas buenas gentes.

Podia no obstante, y esto prueba la bondad del suelo europeo, obtenerse mayor variedad de cosechas de las zonas templadas en la parte de las glaciales que comprende á la Laponia, porque allí se produce el centeno y muchas legumbres, si bien éstas como los pocos árboles que crecen, son raquíticos y miserables, no llegando nunca á adquirir gran desarrollo, por lo cual, á lo que se da pomposamente el nombre de árboles, no puede aplicársele con formalidad más que el de arbustos.

En resúmen, porque como decia García, con este trabajo tan interesante y que forma un estudio tan agradable se podrian llenar muchos volúmenes, en el mundo conocido se cuentan hasta 70.931 especies de vegetales, que pueden distribuirse del siguiente modo: Europa, 43.281; Asia, 3.700; Africa, 4.380; América, 12.070 y Oceanía, comprendiendo con esta denominacion todas las islas de aquellos apartados mares, 7.500.

De las europeas, tócanle á España 4.300, y obsérvese que, exceptuando Francia, Alemania é Italia, los demás pueblos cuentan con menor, mucho menor número de ellas, lo que prueba seguramente la bondad de este clima y de esta tierra, que sus hijos no apreciarán nunca lo bastante.

Otros muchos detalles añadió García, detalles de que os hago gracia, no sólo por no cansaros más, sino porque no los recuerdo é ignoro lo suficiente para aumentar ó suplir lo que la memoria olvida.

Como veis por esto, las sesiones no podian ser más agradables, y en tanto que las mujeres bordaban ó cosian y los hombres descansaban de los rudos trabajos del dia, unos y otros aprendian cuanto el gran libro que se llama naturaleza, escrito por el mismo Dios, enseña á los habitantes de este mundo, y de cuya enseñanza tan útiles y provechosos resultados pueden obtener.

## CAPÍTULO XIX.

Escuelas de instruccion. — El pesar de García y Matilde. — Federico. — Invierno lluvioso. — Sapos. — La cabaña de los carboneros. — Carbon vegetal.

Al empezar el siguiente invierno, el doctor habia conseguido realizar su más ardiente deseo, y la granja del valle era una modesta escuela de agricultura, en la que muchos jóvenes y niños de las cercanías obtenian gratuitamente una educacion, que ni aún á costa de mucho dinero hubieran podido recibir en ninguna parte de España.

García dividió su enseñanza en dos clases; la primera, á cuyo frente se encontraba su hijo Ricardo, servia para instruir á los discípulos en la lectura, escritura, cuentas, sistema de administracion rural y de cultivo y conocimiento de las plantas y sus diversas cualidades; y en la segunda, que él mismo dirigia, se hacian experiencias agrícolas, aplicando á la práctica cuanto Ricardo enseñaba en teoría.

Los discípulos, tratados con suma dulzura por los profesores, y estimulados con continuos premios concedidos á los más adelantados, ponian gran atencion, y bien pronto hicieron rápidos progresos; notábase con este motivo gran animacion en el valle, y cuanto de éste quedaba aún por cultivar, ellos se encargaron de labrarlo y hacerlo producir.

Ni un sólo padre se negó ya, en vista de los buenos resultados obtenidos, á mandar sus hijos á la escuela; y dos meses despues de inaugurada

ésta, el número de los pequeños latradores habia aumentado considerablemente: muchos llegaban de dos ó tres leguas de distancia, y como en la granja, concluido el trabajo de la tarde, no quedaba ninguno, hacian aquella caminata con gusto sólo por asistir á las lecciones del doctor.

Todo marchaba, pues, á pedir de boca, como vulgarmente se dice; pero Matilde y su esposo tenían aún un gran pesar que no bastaba á hacer más llevadero la satisfaccion de la buena obra que estaban haciendo, ni los prósperos resultados obtenidos en el cultivo de aquel valle que algunos años ántes era sólo un vasto erial.

Aquel pesar lo causaba la vista de Enriqueta, desconsolada y triste siempre, á la que ni aún las gracias de su hija distraian, haciéndola salir de la profunda melancolía que la dominaba de continuo, y el noble matrimonio no podia contemplar aquella interesante criatura sin llenársele los ojos de lágrimas y sentir en el pecho una opresion dolorosa.

Federico se habia retirado á vivir en el coto de su padre, y muy rara vez se oia hablar de él; creíase generalmente que, cansado de la vida disipada que habia llevado hasta entónces, y aproximándose ya á la edad en que se piensa algo en lo porvenir, el hijo del marqués expiaba en la soledad sus faltas juveniles y empezaba á arrepentirse de ellas.

No era esta, sin embargo, la verdad; una enfermedad gravísima, la tísis, que rara vez se deja arrebatarse su presa, se habia apoderado de él y le consumia lentamente; iba concluyendo poco á poco, como muere una luz por falta de aceite, ó como se seca el lozano árbol á quien falta por largo tiempo el jugo que le da la savia para sus venas. Así al ménos lo aseguraban sus criados de más confianza, que poseian el secreto de su amo

y lo divulgaban por la misma razon acaso de exigirles el más profundo silencio.

El invierno se habia presentado tambien muy lluvioso, como el anterior, de que os he hecho mencion, y la tierra, saturada ya de agua, parecia negarse á producir la más ligera planta; preparábase por lo tanto una mala sementera, pues sólo apareciendo el sol, ese hermoso sol de Andalucía, y enviando á la tierra sus amorosos besos podia esperarse que las simientes no se pudriesen. Esto era, sin embargo, muy problemático, y las nubes que se amontonaban oscuras y amenazadoras sobre el risueño valle, no parecian estar muy dispuestas á buscar otros horizontes, donde acaso hicieran más falta, para dejar caer las aguas de que estaban preñadas.

Sevilla habia ya sentido los efectos de tan continuadas lluvias; el Guadalquivir, saliéndose de madre, inundó la ciudad de San Fernando y sus campiñas, llevando el luto y la miseria á muchas familias; y estas noticias, aumentadas por la distancia, llegaban hasta el valle y los campos comarcanos, esparciendo el terror entre sus habitantes.

No fué García, ni podia esperarse de él otra cosa, de los que se amilanaron por tan fatídicos augurios; ántes al contrario, convencido ya de que la cosecha de aquel año iba á perderse por sobra de agua, como suele ocurrir muy á menudo en Andalucía, procuraba por cuantos medios estaban á su alcance evitar que la miseria se enseñorease de aquellos terrenos, acudiendo al socorro de los necesitados y empleando gran número de braceros, desocupados entónces, en construir fuertes diques que evitaran una inundacion casi segura del riachuelo, cuyo caudal de aguas engrosaba de una manera alarmante.

La alegría no llegó por lo tanto á desaparecer

ni un momento de casa del doctor, y concluida la clase de Ricardo, única en que entónces podian recibir su educacion los niños, y siempre que el tiempo lo permitia, organizaban expediciones á inmediatos cortijos donde alguna familia necesitaba de los consuelos y socorros de aquellas buenas gentes.

Una tarde, las nubes, que no habian cesado de enviar sobre la tierra un agua fria y menuda durante la mañana, parecieron calmarse un poco, y un pálido rayo de sol, llenando de contento todos los corazones y haciendo asomar la sonrisa á todos los labios, se dejó ver en el lejano horizonte, dando un tinte rojizo á todos los objetos.

Formaban aquella tarde la caravana, María, Rafaela, Ricardo, uno de los hijos de Corsana, llamada Antonio y el viejo gañan, encargado de todos ellos, á causa de no poder García acompañarles en su excursion. Matilde quedaba tambien en la granja con Enriqueta, que pasaba allí la mayor parte del tiempo, y que, sintiéndose algo delicada aquella tarde, no habia querido salir.

Los jóvenes salieron cuando aún era muy temprano, porque se proponian ir muy léjos á visitar una cabaña de carboneros situada casi en lo alto de la montaña, á cuyo pié se extendia el coto del marqués; y como la travesía era larga y las tardes eran cortas en el invierno, apretaban el paso de un modo que no era muy del agrado de Corsana, cuya avanzada edad, por más que se conservase aún ágil y robusto, no le permitia abusar mucho de sus piernas.

Hablaban, reian y corrian de un lado para otro, parándose ante cada planta ó cada objeto que les llamaba la atencion y luego apresuraban el paso para ganar lo perdido, sin seguir nunca la línea recta, atravesando de un sembrado á otro ó costeano las veredas que circuian á aquellos.

María y Rafaela, que marchaban delante, llevaban la dirección, y más locas que los jóvenes, no cesaban de impecionarlo todo; de pronto se detuvieron lanzando aterradores gritos de angustia.

Ricardo, Antonio y Corsana se apresuraron á reunirse con ellas y bien pronto supieron la causa de su terror y de aquellos gritos que no habian dejado de alarmarles. Las dos jóvenes se encontraban rodeadas por todos lados de un gran número de sapos, á los que la humedad de la tierra, y los tibios rayos del sol que convidaban á secarse, habian hecho salir sin duda de sus madrigueras, cosa extraña en ellos que sólo salen de noche.

No eran seguramente los sapos verdes y asquerosos los que habian asustado á las dos amigas, sino la gran cantidad de ellos, pues sin duda ninguna llegarían á contarse más de quinientos en unas cuatro ó cinco varas de terreno, y de aquí el que hubiesen pedido socorro, porque inadvertidamente llegaron hasta el centro de aquella tropa, que al ver invadido su territorio, comenzó á mostrarse hostil, llegando algunos hasta atreverse á subir por los lindos piececitos de Rafaela.

La llegada de los hombres concluyó de espantarlos, escondiéndose muchos debajo de las piedras y otros en pequeños agujeros abiertos en la tierra que denunciaban la existencia de cavernas por ellos habitadas: cuando el campo quedó limpio de enemigos, pudieron comprender el por qué los sapos, tan aficionados á esconderse durante el día, habian quebrantado aquella vez su método de vida.

Todo el terreno por donde caminaban, cercano al riachuelo, habia sido inundado por éste algunas horas ántes, y las aguas al retirarse dejaron depositados entre las piedras millares de esos

pequeños caracolillos de río de que tan ávidos se encuentran siempre los sapos.

Resuelta esta cuestión por Corsana, la curiosidad de las niñas no se contentó con aquello y exigieron de Ricardo que les diese algunos pormenores sobre aquellos bichos tan raros; el joven, cuyos estudios en Historia natural le permitían ser complaciente con su hermana y con aquella encantadora María que tanto adoraba, no se hizo de rogar, y emprendiendo de nuevo la marcha hácia el monte, del que ya distaban muy poco, les dijo sobre poco más ó ménos, lo que voy á trasladar á continuación.

El sapo común, que era aquel que habían visto, es rechoncho y de formas pesadas; adquiere casi la mayor talla á que llegan los *batracios anuros*, es decir, que con corta diferencia es igual al sapo de agua. Sin embargo, no en todos los países ofrecen tan gran desarrollo, sino tan sólo en el Japon y en el Mediodía de Europa, como en Sicilia por ejemplo: en todos los demás puntos, en Francia, en Suiza, en Alemania etc., su volúmen total es con corta diferencia el de nuestra rana verde; se halla esparcido por toda Europa y también se le encuentra en el Japon, del mismo modo que la hila verde y las dos ranas indígenas conocidas en España, la verde y la temporaria.

Se alimenta de insectos, de gusanos y de pequeños moluscos, y suelen encontrarse á menudo piedrecitas en su estómago: habita los jardines, los bosques, y como prefiere los sitios húmedos por eso se le encuentra á veces en las cuevas y en las bodegas. Se oculta debajo de las piedras y también se abre galerías subterráneas á poca profundidad, no saliendo sino de noche. Entónces suele dejar oír, si el tiempo está bueno, un sonido aflautado muy análogo al canto del pequeño buho (*Stry scops*, de Linneo). En tierra no salta como

las ranas, sino que merced á ser proporcionalmente ménos largas sus patas posteriores, anda con facilidad y hasta corre con cierta rapidez.

Los japoneses llaman al sapo en cuestion *fiki* ó *fhikaeru*, nombre que podria traducirse con bastante exactitud, segun Schlegel, por la expresion latina de *Banas pipiens*. El aspecto pustuloso de la piel les ha valido de parte de los chinos la denominacion de *Lay hia usa*, rama sarnosa. En aquellos dos pueblos, el vulgo cree que su carne es un remedio eficaz contra toda clase de enfermedades, y en España no faltan campesinos ignorantes que les atribuyen tambien propiedades curativas que la naturaleza no ha pensado nunca en darles.

—Finalmente—dijo Ricardo para dar por terminada su tarea,—los agricultores no deben perseguir al sapo comun como desgraciadamente lo hacen hoy con objeto de destruirlo, porque son incalculables las ventajas que reporta haciendo cruda guerra á los animales que le sirven de alimento, terribles enemigos los más de ellos de nuestras plantas y árboles; por esta razon hay quien aconseja que debe procurarse la reproduccion de los sapos, que aunque feos y capaces con su sola presencia de asustar á las niñas, presta inapreciables servicios al agricultor.

En tanto que el jóven naturalista daba aquellas explicaciones sobre el feo animal que tanto habia hecho gritar á las niñas, llegaron á la mitad de la montaña, surcada por todos lados de torrenciales arroyuelos, que formados por las lluvias iban á depositar sus turbulentas aguas en el riachuelo. Muchas rocas que habian sido lamidas en su base por aquellas improvisadas corrientes, se desprendian de sus asientos para rodar tambien por la falda de la montaña, y gran número de árboles, socavados igualmente alrededor del tronco, mos-

traban al descubierto sus raíces, que amenazaban pudrirse si de aquel modo continuaba el cielo mandando tan prolongados chubascos.

Aspirábase por todos lados ese ambiente saturado de humedad que sigue á las grandes lluvias y que tanto alegra al labrador que las esperaba con ansia, y el romero y el tomillo esparcian por el aire sus más ricos aromas que parecen guardar para estos casos.

Sin embargo, todo aquello que preocupaba poco á las niñas, tenia de muy mal humor á Ricardo y á sus compañeros. Detras de aquellas lluvias tan continuadas y que parecian dispuestas á no cesar, veian ellos muy oscuro el porvenir, las cosechas imposibles por no poderse sembrar y acaso la miseria asomando por todos lados.

Los mismos carboneros á quienes iban á visitar eran una buena prueba de ello.

Por fin llegaron á la cumbre de aquella colina, de fácil repecho y que escasamente se elevaria sobre el nivel del valle unos cien metros; allí estaba la cabaña construida con tierra gredosa, pitera y esa paja á que los andaluces han dado el nombre de paja de castañuela, tan útil para cubrir los techos de las chozas y construcciones semejantes, haciendo en España parecido papel al de los bambús en la India.

Pedro, el carbonero, Rosa, su mujer, y sus dos hijos Manuel y Pepe salieron al encuentro de nuestros amigos apenas los distinguieron á través de los árboles, con muestras de verdadera alegría, porque á más del gusto de ver á aquellos señores tan buenos, tenian la confianza de que acudian á su socorro.

La caridad de los habitantes de la granja era proverbial entre todos sus sirvientes, colonos y vecinos de muchas leguas á la redonda.

Hacia ya más de un mes que Pedro no tenia

trabajo; áun cuando la leña para el carbon debe buscarse verde, todos los árboles del monte, con tanta agua, se habian puesto de modo que era punto ménos que imposible conseguir trabajar con sus ramas, y para colmo de desgracias, además de escasear el pedido de su mercancía, habian tenido medio muerto el único asno que les servia para acarrear el carbon.

Por esto comprendereis su verdadera alegría, fundada tambien en haber visto que Corsana, que marchaba detras, llevaba colgado del brazo un gran cesto, que indudablemente contenia provisiones y algunas botellas, denunciadas por los negros cuellos que asomaban por entre la tapa y el cesto.

El recibimiento hecho por lo tanto á nuestros amigos, excedió seguramente á lo que ellos podian esperar de aquellas pobres gentes, brucas y poco amables por naturaleza, sin educacion de ningun género, pues no habian salido nunca de aquellas breñas.

Distribuyéronse las provisiones, con las que podian tener muy bien para dos semanas, y las ropas que Matilde habia hecho preparar para ellos; la alegría subió de punto cuando vieron que Ricardo sacó del bolsillo algunas monedas de plata que depositó luego en las negras y callosas manos de Pedro.

En tan caritativa tarea pasótes la mayor parte de la tarde, y ya iba anocheciendo cuando Corsana dió la órden de marcha. Negras nubes comenzaban á amontonarse de nuevo por el Norte, y un viento fuerte, soplando de aquel lado, las impelia rápidamente hácia el valle, amenazando deshacerse en agua áun ántes de entrada la noche.

Rafaela queria, sin embargo, ántes de abandonar la cabaña, saber cómo se obtenia el carbon, y Corsana tuvo que acceder á este deseo de la

niña, permaneciendo aún algunos minutos en la montaña.

—Venga usted, señorita—dijo Pedro que deseaba probar de algun modo su reconocimiento,—verá usted cómo se hace el carbon.

Detras de la cabaña se veian unos hoyos profundos y anchos, llenos de agua entónces, y allí fué donde Pedro condujo á Rafaela y María, que tambien mostraba curiosidad por saber lo que el carbonero iba á explicar á su amiga.

—En esos hoyos—continuó Pedro,—metemos la leña un poco verde, muy bien apiladita, y luego le damos fuego por abajo y la tapamos con hojas y tierra, de modo que el humo pueda salir como si fuera una chimenea. Despues no tenemos nada que hacer hasta que se conoce que ya todo el horno está ardiendo; le echamos agua encima para que se apague y asunto concluido.

Las dos amigas se dieron por muy satisfechas con aquellas explicaciones tan sumamente sencillas, y reuniéndose con sus compañeros de expedicion se despidieron todos de los carboneros que los colmaron de bendiciones, y emprendieron el regreso hácia el valle, acelerando el paso por consejo de Corsana, quien presumia, no sin fundamento, que les habia de coger el agua ántes de encontrarse bajo techado.

## CAPÍTULO XX.

**Suceso imprevisto. — El barranco inaccesible. —  
Pesquisas inútiles. — Un salvador inesperado. —  
El primer beso de un padre.**

Rafaela y María marchaban á la cabeza como á la subida, y sus alegres carcajadas llegaban hasta sus compañeros de expedición, que ménos locos que ellas, caminaban con paso, aunque largo, más tranquilo, sin correr de un lado á otro como las niñas, que querían examinar cuantos árboles veían, deteniéndose cuando el vuelo de algun pájaro las asustaba, ó corriendo detras de algun pequeño reptil que iba á esconderse en las rocas.

De este modo habian ya bajado la mitad próximamente del monte, y empezaban á distinguir con más claridad las plantaciones del valle por entre los árboles del bosque, que iba haciéndose ménos espeso, cuando de pronto Ricardo, que marchaba un poco delante de sus compañeros, se detuvo lanzando un grito de terror.

—¿Qué pasa?—exclamó Corsana atento siempre á velar por sus amigos.

—Mira—contestó Ricardo señalando hácia adelante y con acento trémulo y desfallecido.

El gañán siguió con la vista la direccion marcada por el jóven, á tiempo que un trueno espantoso hacia resonar todos los ecos de la montaña, y comprendió el terror de aquel, palideciendo á su vez y deteniéndose asustado.

¿Qué habian visto?

En primer lugar el terreno sobre que marchaban, abriéndose delante de ellos como la inmensa

boca de una ballena gigantesca, formaba un gran barranco de muchísimos metros de profundidad, y luego el sitio por donde caminaban las dos jóvenes se deslizaba hácia el fondo del valle con una rapidez vertiginosa, arrastrando en su caída árboles, matorrales y peñas; pero sin que nadie se moviese de su sitio, sin que el equilibrio se perdiese, enteramente lo mismo que cuando sobre un plano ligeramente inclinado resbala un tablero de madera, al cual están sólidamente adheridos los soldados de plomo con que juega un niño.

—¡Oh!—gritó Corsana,—nos hemos quedado á este lado del mundo y será necesario poner un puente para pasar al otro lado.

—No hay cuidado—dijo Ricardo tranquilizándose al conocer el fenómeno que tenia lugar ante ellos; la montaña ha perdido parte de su base y rueda hasta el valle; una vez allí se detendrá, y Rafaela y María nada tendrán que temer.

—Pero es preciso ir por ellas,—observó Antonio.

—Verdad—replicó su padre,—las pobres estarán asustadas.

—Entónces... examinemos la cortadura y tratemos de pasar al otro lado.

Pusiéronse á examinar efectivamente el barranco que habia aumentado de una manera considerable, pero les detuvo un nuevo accidente que empezaba á verificarse y que llamó á Ricardo la atención ántes que á ninguno.

—¡Ah! mirad, el monte ha concluido ya su carrera, pero ha detenido al rio en la suya y el agua inunda al valle.

Miraron todos hácia el fondo y vieron que era cierto lo que indicaba Ricardo. La base de la montaña, introduciéndose en el cauce del rio, se opuso á la marcha de las aguas como un inmenso

dique, y aquellas empezaron á inundar los terrenos inmediatos, formando en bien corto tiempo un gran lago, que amenazaba ser cada vez mayor, faltándole el desagüe de la primitiva corriente.

María y Rafaela, que sorprendidas en sus alegres correrías por el desquiciamiento, se habian cogido fuertemente á un árbol, vieron el agua subir poco á poco, como la marea ascendente, y temieron, si no se apartaban de allí, ser arrastradas al fondo del improvisado lago; para huir de este peligro, volvieron á la cumbre de la parte desplomada, encontrándose allí en frente de sus amigos, muy cerca de ellos, pero divididos por el barranco que parecia infranqueable.

—No hay nada que temer—les gritó Corsana; —por fortuna el monte ha parado ya, y el agua subirá más por el otro lado, marchándose luego á buscar el río otra vez.

—¿Y qué hacemos?—dijo Antonio, que despues de examinar la cortadura se habia convencido de que sólo los insectos y las aves podian bajar á su fondo y llegar hasta las jóvenes.

—¡No apurarse!—repuso Ricardo,—el derrumbamiento no puede haber sido general, y es probable que el barranco concluya en alguna parte; sigamos hácia cualquier lado, unos enfrente de otros y pronto nos reuniremos.

—Vamos, pues—dijo Corsana, asintiendo de este modo al parecer del jóven, que parecia el más acertado;—pero vamos pronto, porque es ya casi de noche y luego nos quedaremos á oscuras.

Comunicaron á las jóvenes el plan y partieron todos siguiendo las orillas del derrumbadero, en direccion del valle, suponiendo desde luego, que siendo el monte por aquel lado de ménos altura, llegarían á un sitio en el cual el desprendimiento no habria dejado sentir sus efectos.

Desgraciadamente para las jóvenes se habían equivocado; el trozo de montaña desprendido formaba un inmenso paralelogramo, estando por lo tanto rodeado por todos lados de aquel barranco, que no presentaba punto ninguno de fácil acceso, siendo necesario para atravesarle poseer alas, ó por lo ménos, establecer un puente ó escalas que llegaran hasta el fondo, que en muchos sitios apenas se distinguía.

Así lo comprendieron en seguida todos, pero no por eso desalentaron; si por el lado donde el agua se estancaba no era posible bajar, por aquel hasta donde habían llegado no existía este inconveniente, puesto que el lecho del río había quedado en seco, y siguiendo al barranco hasta el valle, no tardarían en encontrar tierra firme y sin separación.

Siguieron de nuevo hasta el valle, dejaron atrás el cauce seco del riachuelo que la montaña dividiera, y cuando ya creían poderse reunir, un nuevo contratiempo les impidió realizar su deseo, y Rafaela y María quedaron de nuevo sin esperanza de abrazar á sus amigos, y lo que era peor, colocadas entónces en una especie de isla, cuyas costas eran bastante difíciles de abordar.

Efectivamente, momentos ántes de poner el pié en el valle, el agua estancada al lado opuesto de la montaña se desbordó por la parte más baja, y corriéndose hácia el valle por la falda de aquella, fué de nuevo á buscar su antiguo cauce, inundando todo aquel terreno y haciendo desaparecer debajo de sus ondas, sumamente alteradas, el sitio donde terminaba el barranco.

La situación por lo tanto iba haciéndose difícil, aunque no peligrosa, pues habiendo ya encontrado salida las aguas no había temor de que subiesen su nivel en el lago improvisado; todo se reducía á esperar más ó ménos tiempo, en tanto que

uno de los jóvenes iba á la granja á pedir auxilio y á llevar instrumentos y maderas con que construir un puente.

Así se decidió en breve consejo, apoyando todos la idea de Corsana, y su hijo Antonio partió en seguida con encargo de andar lo más aprisa que pudiera y volver pronto, por si acaso la tempestad llegaba al fin á desencadenarse.

La noche, en tanto que estas peripecias ocurrían, había avanzado considerablemente y era mucho más oscura que de ordinario, á causa de las negras nubes que ocultaban la pálida luz de las estrellas, de tal modo, que nuestros amigos concluyeron por no distinguirse del uno al otro lado del barranco.

El tiempo pasaba, sin embargo, Antonio no volvía tan pronto como ellos hubieran querido, y la conversacion languidecía por falta de asunto y porque la situacion, fuertemente excepcional en que se hallaban colocados, más convidaba al silencio y á la meditacion, que á gritar haciendo resonar los ecos de toda la selva.

Insensiblemente fueron todos guardando silencio, si bien de vez en cuando se cruzaban algunas palabras, reducidas á pedir noticias de la situacion respectiva.

Así llevaban ya largo rato cuando un nuevo ruido llamó la atencion de Rafaela y María, tan animosas hasta entónces en el peligro, ruido que provenia seguramente del interior del bosque por la parte de la isla, si es que este nombre era aplicable al trozo de montaña separado del resto por el barranco que ellas ocupaban.

Pronto se distinguió más perceptiblemente lo que al principio era sólo un vago rumor, y las dos jóvenes creyeron reconocer el galope de un caballo.

Creyendo que provenia de la parte ocupada

por sus amigos, se figuraron estar pronto fuera de allí, porque aquel caballo conducía sin duda la contestacion de Antonio, y por consiguiente los medios para atravesar el barranco; pero bien pronto se convencieron de que no era así, y entonces se vieron asaltadas de un nuevo temor.

Aquella tarde no habian visto á nadie en el bosque, ni por aquel lado conocian á ningun labrador ó carbonero que montase á caballo, fuera de los dependientes del cortijo ó de la granja; ¿quién podia ser por lo tanto? Rafaela y su amiga no podian pensar quién pudiese ser tan atrevido para salvar el obstáculo que las separaba del valle y llegar hasta allí, y Ricardo y Corsana por su parte, tampoco acertaban qué caballo pudiera ser aquel cuyo galope escuchaban, y que sin llegar á infundirles temor ninguno, no dejó de causarles vivísima sorpresa.

Las pobres niñas, cuyo valor no llegaba ya á tanto, empezaron á temer algun peligro, y se acercaron, aún más de lo que estaban, la una á la otra, inspirándose así mutua confianza; enmudecieron, sin embargo de pronto, y asaltólas una misma idea, aunque en aquel primer momento no se dieron cuenta de ella.

¿Seria un caballo con su jinete el que llegaba, ú otro animal cualquiera que podria muy bien, si las descubria, atacarlas á ellas que no tenian defensa de ningun género?

Hé aquí la pregunta que ambas se hicieron embargadas ya completamente por el miedo y sin que ninguna de las dos encontrase contestacion satisfactoria.

En cuanto á Ricardo y el viejo, aunque oian el galope del caballo, y no podian figurarse quién era el que andaba aquellas horas por el bosque, no temieron nada malo, ántes al contrario, se alegraron, porque creian encontrar en el que pa-

recia acercarse, bien á un lado ó á otro del barranco, un amigo que les ayudara á salvar este obstáculo y nunca un enemigo, especie para ellos desconocida en el valle y sus inmediaciones.

Pronto pudieron salir de dudas unos y otros; el ruido cada vez más perceptible, cesó al fin al lado de las jóvenes, y éstas, mudas ya durante largo rato, lanzaron un doble grito, medio ahogado por el temor, al percibir junto á ellas la negra masa de un caballo con su jinete.

Al mismo tiempo que el bruto se detuvo, contenido seguramente por la mano del que lo dirigiera hasta sitio tan peligroso al galope largo, otro animal de ménos talla llegó á los piés de las jóvenes lanzando un gruñido sordo que denunció en seguida la especie á que pertenecía.

—¿Están ustedes ahí?—dijo el jinete, que avisado por el perro creyó estar ya cerca de María y Rafaela, pero que por la oscuridad de la noche y la inmovilidad en que se encontraban no sabía á punto fijo hácia que lado.

Rafaela conoció aquella voz en seguida; era la de Federico, la del seductor de Enriqueta, el padre de aquella pobre niña que abrazaba contra su pecho.

Hay que advertir, y creo haber olvidado hacer notar esta circunstancia, al ocuparme de la interesante niña, que ignoraba quién era su padre; mejor dicho, le creía muerto.

Muchas veces habia preguntado á su madre por él; Enriqueta ahogaba un suspiro que moria ántes de salir á sus labios, y le contestaba siempre:

—Reza por él, hija mia; hace mucho tiempo que le perdiste.

María insistía aún; queria saber algo de él. ¡Es tan triste no haber conocido á su padre!

Entonces Enriqueta replicaba:

—Algún dia, cuando yo muera, acaso puedas

tener más noticias de él; hoy, conténtate con amar su memoria, bendecirle y orar á Dios para que no le abandone.

¡Sublime respuesta de aquella infeliz mujer deshonrada por el mismo á quien de aquel modo daba á conocer á su hija!

Rafaela le conoció en seguida, como os llevo dicho, y áun cuando sólo sabia la historia á medias, sentia una repulsion odiosa hácia aquel hombre, así es que estuvo tentada de guardar silencio; luego pensó que la situacion en que se encontraba era muy poco agradable y acaso comprometida, porque nada más fácil que ocurrir un nuevo derrumbamiento de la montaña, y era posible que Federico tratase de sacarlas de allí, por lo cual contestó al cabo de algunos instantes de vacilacion:

—Aquí estamos, señor marqués.

Federico echó pié á tierra y se aproximó al árbol donde se encontraban las dos jóvenes.

—No hay tiempo que perder—dijo,—las he visto á ustedes desde léjos cuando ocurrió el desastre, sé que se han quedado solas á este lado y como quizás sus amigos no habrán encontrado aún la salida, ya que yo he tenido la dicha de dar con ella, bueno será aprovecharla, pero pronto. El agua puede subir; entónces todo estará perdido y habrá que esperar muchas horas.

Rafaela que escuchaba con profunda atencion al recién llegado, se dispuso en seguida á seguirle; ántes, sin embargo, era preciso avisar á su hermano y á Corsana para que tomaran la misma direccion y los esperaran á la salida de aquella especie de isla.

Acercáronse cuanto les fué posible al borde del barranco y la joven llamó á su hermano, que no tardó en contestar, asustado por temor acaso de una nueva sorpresa.

—¿Qué pasa?—gritaron á un tiempo él y Corsana.

—¿Habeis encontrado la salida de esa isla fatal?—añadió Ricardo.

—Hemos encontrado quien nos lleve á ella.

—¡Cómo!—dijeron asombrados Corsana y el jóven.

—Sí, el señor marqués conoce un sitio por donde se puede bajar al valle y viene en busca nuestra para salvarnos.

A decir verdad no agrado mucho á nuestros amigos tener que agradecer á Federico aquel favor, pero se hacia preciso salvar á las jóvenes del peligro en que se encontraban y no vacilaron un momento en aceptar los servicios de aquel inesperado amigo.

—En marcha—dijo Ricardo despues de haberlo consultado en voz baja con Corsana;—nosotros bajaremos al valle por este lado.

Y uniendo la accion á la palabra, ambos comenzaron á descender por el flanco de la montaña, siguiendo el curso del barranco, y no sin continuos tropiezos, porque la oscuridad de la noche era cada vez más intensa y apenas se distinguia un árbol á diez piés de distancia.

Cuando Rafaela conció que su hermano y Corsana se alejaban en direccion al valle, se volvió hacia el marqués y dijo cogiéndose del brazo de su amiga que guardaba silencio.

—Y bien, caballero, cuando usted guste.

—Vamos andando—repuso aquel,—el camino es malo, la oscuridad es mucha y no tendria nada de particular que tropezasen ustedes á cada paso: cójase usted á mi brazo.

—Gracias, señor marqués—contestó Rafaela con sequedad;—estoy acostumbrada á correr en noches como esta por el campo y nunca he tropezado.

—Pero su amiga...—insistió Federico.

—Mi amiga se dejará guiar por mí.

—Como usted quiera.

Y Federico silbó al perro que partió en la misma direccion que él habia seguido para llegar hasta allí momentos ántes, siguiéndole los tres y el caballo que el marqués llevaba del diestro.

La marcha, como habia dicho muy bien Federico, era lenta y penosa: los pequeños piés de las niñas tropezaban á cada momento con grandes fragmentos de roca, y María habia dejado escapar ya más de un triste gemido arrancado por el dolor. Rafaela, sin embargo, no quiso confesarse vencida y ahogaba en su pecho los ayes que le hacian exhalar las continuas piedras con que tropezaba.

El marqués, por su parte, guardaba profundo silencio, y ¡quién sabe lo que pasaria en aquel momento en su alma! Tenia allí, á su lado, tan cerca como no la habia visto nunca, á su hija, y él mismo era el que habia llegado hasta ella para salvarla del peligro que la amenazaba; acaso su corazon se despertaba al amor paternal; acaso su hija iba á ser el primer eslabon de la cadena que uniera al esposo con la esposa, cadena que el amor habia formado y una infamia parecia haber roto para siempre, ántes que la religion la santificase.

María daba vueltas en su imaginación á los recuerdos de aquella tarde tan fecunda en emociones y guardaba silencio tambien, interrumpiéndolo sólo para quejarse: la marcha, á más de fantástica, porque tenia algo de tal, era silenciosa, completamente muda.

Aquel silencio fué, sin embargo, desapareciendo poco á poco; del lado hácia que marchaban dejóse oír al principio sordo rumor, que fué aumentando considerablemente hasta llegar á con-

vertirse en formidable estrépito; eran las aguas del río que, despues de llenar el gran lago que con el desprendimiento de la montaña se habia formado, caian desde gran altura en el valle para ir á buscar, rodeando la base del monte, el antiguo curso de su mal parado cauce.

Ya habian andando cerca de media hora y sentian cada vez más cerca el ruido del agua, cuando Federico se detuvo de pronto.

—Hemos llegado al paso difícil—dijo al mismo tiempo.

—¡Gracias á Dios!—contestó Rafaela hablando al fin.

—Es preciso que una de ustedes espere aquí, en tanto que yo—continuó el padre de María,—traslado á la otra á la parte opuesta del lago.

—¡Cómo! ¿vamos á pasar á nado?—preguntó María que en todo encontraba peligros.

—No, señorita, pasaremos á caballo por un sitio que tendrá á lo sumo veinte metros de anchura; yo le respondo á usted que no hay cuidado ninguno.

—Podria arrastrarnos el agua...

—Mi caballo es fuerte y nada bien; en último caso yo tambien nado y Dios no ha de abandonarnos así.

Rafaela quiso pasar la primera; Federico montó á caballo, ella subió á la grupa ayudada por su amiga y el noble animal partió hacia el agua cuyo ruido atronaba los oidos.

Un momento despues los tres se encontraban en el centro del lago, y á no nadar el caballo, el agua les hubiera cubierto por completo; pero el bruto cumplió perfectamente su mision y Rafaela llegó á la otra orilla sin novedad.

Federico volvió por María y la tomó en brazos; en vez de colocarla detras como á su amiga, la llevaba sobre el arzon. De aquel modo podia es-

trecharla contra su pecho, y ¡cosa extraña! la jóven pudorosa y llena de candor dejóse abrazar por aquel desconocido, y hasta permitió, sin gritar por ello ni ofenderse, que al descuido posase una vez los labios en su frente.

¿Seria aquello un presentimiento?

## CAPÍTULO XXI.

**Vuelta al cortijo.—Llegada de Enriqueta.—Al día siguiente.—García explica el fenómeno.—Nueva sorpresa de Corsana.—Los arrozales.**

Por fin se encontraban fuera del islote formado por el río, pero merced á la avenida, quedábanles aún muy malos terrenos que atravesar; la segunda parte era más lastimosa aún que la primera, porque tenían que dar un rodeo inmenso para llegar á la granja, y el camino, cubierto completamente por el agua, no les dejaba esperanza ninguna de marchar un sólo momento en línea recta.

Además de esto, era muy difícil que encontrasen á Ricardo y Corsana, y Rafaela estaba inquieta en tanto marchasen solas con aquel hombre que tan pocas simpatías tenía para ella.

Sin embargo, no hubo más remedio que emprender de nuevo la marcha, y los tres volvieron á su mutismo anterior.

María y Rafaela, cogidas del brazo, seguían á Federico que les indicaba los mejores sitios para colocar los piés, y el caballo iba tras el grupo como hubiera podido hacerlo el perro que marchaba de explorador á alguna distancia.

Más de una hora duró aquella trabajosa marcha, tropezando siempre, llenándose de agua y lodo, porque seguían entre los sembrados; pero al fin distinguieron ya las luces de la granja y percibieron distintamente las voces de los criados que se disponían sin duda á marchar hácia el

barranco con los preparativos necesarios para colocar un puente.

Un momento despues las dos se arrojaban en brazos de García y de su esposa.

Pintaros aquí aquella escena seria punto ménos que imposible; es necesario sentir, comprender la situacion, y luego figurársela cada uno como su corazon se la dicte. Mi pluma pecaria de pálida si tratase de hacer trasladar al papel lo que García me contó de aquel encuentro.

Cuando empezaba á calmarse algo aquella primera explosion de abrazos y preguntas, de llanto y risa á la vez, repararon en Federico que se habia mantenido á alguna distancia del cuadro esperando el desenlace sin pronunciar una palabra.

García fué el primero que le vió, y no pudo contener una exclamacion de asombro.

—¡Caballero!—dijo al mismo tiempo.

A esta exclamacion volvióse Rafaela, y se interpuso entre su padre y el marqués; luego, tendiendo la mano al último, dijo:

—Es nuestro salvador, papá; gracias á él hemos podido llegar hasta aquí.

Y la interesante jóven refirió en breves palabras cuanto habia ocurrido aquella tarde, encomiando el valor de Federico.

Cuando terminó su relato, las lágrimas asomaron á los ojos del buen García, y tendió las dos manos al marqués: su alma hermosa y noble no podia guardar resentimientos contra el salvador de su hija.

—Muchas gracias, caballero—dijo profundamente conmovido;—le debo á usted más que la vida, porque le debo mi hija, y mi reconocimiento será eterno.

—¡Por Dios!—murmuró Federico,—he cumplido con los deberes de la humanidad, y... además, no habia verdaderamente ningun peligro.

—¿Por qué desvirtuar tan bella accion?—observó la madre que participaba de los sentimientos de su esposo.

Un gran fuego encendido en la magnífica y espaciosa cocina de la granja consoló á todos bien pronto del excesivo frio que habian sentido; y cuando las jóvenes iban á retirarse para cambiar sus trajes empapados por el agua, aparecieron Ricardo y Corsana, y un momento despues Enriqueta que, enterada de lo ocurrido, corria á abrazar á su hija.

Nuevamente se repitieron las demostraciones de cariño, y otra vez volvió Rafaela á contar la manera cómo habian podido salir de la isla improvisada.

Despues de oir esta relacion, en la que Rafaela habia callado el nombre del marqués, Enriqueta quiso conocer al salvador de su hija.

—Este caballero—dijo Rafaela presentando á Federico que habia permanecido sentado en un oscuro rincon de la cocina.

Enriqueta levantó la vista hácia él y reconoció á su seductor.

Quiso hablar, darle las gracias, pero las palabras espiraron en sus labios y tuvo que apoyarse en su hija para no caer al suelo.

¡Era á su mismo padre á quien María debia su salvacion!

Cuando se repuso y pudo al fin hablar, Federico habia desaparecido de la cocina, y se oia el galope de su caballo alejándose hácia el cortijo.

¡Pobre Enriqueta! cuánto debió sufrir en aquel momento con la misma alegría recibida. Para ella no cabia ya duda ninguna de que Federico amaba á su hija, que la seguia para contemplarla de lejos; de otro modo ¿cómo se explicaba su presencia en el lugar del siniestro y á aquellas horas?

La oveja descarriada ¿volveria por fin al redil?

Momentos despues de la desaparicion de Federico todos se retiraron á descansar de las fatigas de aquel dia tan fecundo en accidentes y emociones: cuando á la mañana siguiente se reunieron para almorzar, lo ocurrido en la montaña fué el tema favorito de la conversacion.

García habia prometido explicar el fenómeno ocurrido, y yo os debo tambien esta explicacion; he aquí algunas de sus palabras:

—Lo ocurrido ayer en la montaña no tiene absolutamente nada de particular; debíamos haberlo previsto, porque más tarde ó más temprano tenia que suceder, y acaso hubiéramos conseguido algun beneficio de su desprendimiento, preparando terrenos que, recogiendo las aguas desbordadas del riachuelo, sirvieran de vivero para la cria de los numerosos peces que pueblan aquel.

En cuanto al hecho en cuestion, es uno de los muchos que contribuyen á variar la forma general de la superficie de la tierra. Infinitas veces el fuego interno levanta el terreno deprimiéndole por otros sitios, y cambia completamente el aspecto de un país cualquiera; pero como debeis suponer, no han sido aquí causas volcánicas las que han dado lugar al fenómeno ocurrido.

Algunas veces son las aguas de un rio caudaloso y de rápida corriente, ó las de un lago, y acaso tambien las de una corriente interior, las que van lentamente minando el terreno, disuelven las capas de arcilla, arena ó greda que servian de base á la montaña y forman un vacío que aquella se apresura á llenar, hundiéndose por su propio peso; otras veces, las aguas subterráneas tan abundantes en ciertos terrenos, consiguiendo penetrar en las capas inferiores de algun piso vegetal, y aunque por algun tiempo logran sostener las capas superiores, concluyen éstas por desli-

zarse por encima en busca de base más segura.

En otras ocasiones, y esto es seguramente lo que ha dado lugar al desprendimiento que tanto asustó ayer á Rafaela y María, una montaña cualquiera á cuyo pié corre algun arroyo turbulento, se desgaja de la masa total montañosa, y faltándola en la base el punto principal que le servia de apoyo, va en busca de otro y se derrumba ó desliza, separándose considerablemente á veces de aquella, pero sin que en su superficie se note variacion ninguna.

A más de esto, puede cambiar la estructura de las montañas por mil causas distintas, especialmente por la influencia mayor ó menor que en ellas puedan ejercer los flúidos atmosféricos, porque además del fuego y el agua, el aire las divide y desgaja.

No pasa año sin que se cuente en los periódicos algun caso de esos, con especialidad de las montañas que son lamidas por alguna corriente caudalosa. En el año de 1767 sumergió el Adige una porcion de aldeas, entre ellas una bastante considerable, la de Neumarkt. En la Noruega meridional existe un rio de impetuosa corriente, que descende de lo más elevado de los montes Dofrines y vá á desaguar al mar del Norte; se llama el Glommen, y ántes de llegar á su desembocadura cae de una gran altura sobre el llano, formando la hermosa cascada de Sarpen, que con sus remolinos llegó á abrir una balsa subterránea de más de 200 metros de profundidad. Un dia, creo que en 1702, aquel mismo agujero se hundió por completo con todos los terrenos inmediatos, arrastrando en su caída el castillo de Borge con su parque, su jardin y demás dependencias, apareciendo en su lugar un hermoso lago, que aún existe, de doscientos sesenta metros de largo, por ciento cincuenta de ancho.

Hay tambien otros hundimientos producidos por la falta de consistencia de los terrenos hornagueros, y en Irlanda aumentan por esto considerablemente los lagos que llenan el país de una manera considerable, pero es más fácil que ocurran hundimientos y que las montañas se deslicen, como sucedió ayer, porque hay muchas compuestas originariamente de grandes piedras independientes unas de otras. Suecia y Noruega proporcionan numerosos ejemplares, y en el monte Quedlie existe un corte trasversal que deja ver un banco de setenta y ocho metros, compuesto de pequeñas piedras, calizas las unas, arenosas las más, pero sin enlace ni cimiento alguno que las una. Ya comprendereis que una sacudida cualquiera, por leve que sea, tiene necesariamente que producir un hundimiento, y por la forma especial de las piedras, un deslizamiento de cuanto sobre ellas se sostiene.

En estos casos, nada más fácil que suceda lo que ayer presenciaron los chicos, es decir que la montaña se deslice sin que cuanto hay sobre ella, casas, plantas y animales, noten siquiera el fenómeno que se está verificando. A principios del siglo actual, tuvo lugar un acontecimiento de este género en Solutre, cerca de Maçon; llovía mucho y con insistencia, cuando la montaña empezó á correr sobre su base, sin que se notara apenas el movimiento en su superficie, y ya habia recorrido muchos centenares de toesas, cuando cesaron las lluvias y la montaña se detuvo. Todavía se cita un caso más asombroso, ocurrido en el monte Goima, de Venecia; una noche se separó parte del monte de la masa total y se deslizó suavemente hácia el fondo del valle, sin que los pacíficos habitantes de las casas que le cubrían se enteraran de nada ni abandonasen su tranquilo sueño. Figuraos cuál no seria su sorpresa al

verse al día siguiente, cuando salían á sus trabajos, colocados en medio del valle. Por mucho tiempo creyeron que algun génio sobrenatural se habia encargado de aquel trasporte; pero observando el terreno en el que se notaban las huellas del fenómeno, se convencieron de que todo tenia una explicacion natural y científica.

—Eso mismo nos sucedió á nosotros ayer—dijo Rafaela.

—¡Pobres chicas!—observó Matilde;—de seguro os asustasteis más que los habitantes de ese monte que referia papá.

—¡Bah! no lo creas; de buena gana repetiría el viaje; se hace tan cómodo como en el mejor carruaje.

—¡Ah! ¡ valientes!—dijo Corsana;—sin embargo, no deciais eso ayer cuando veiais el peligro encima.

—¡Toma! porque no era de desear que aquello continuase—repuso Rafaela.

Hablando de este modo habian llegado á un ancho campo, casi inundado por el desbordamiento del arroyo, pero que presentaba cierto aspecto que indicaba que aquellas aguas estaban apriionadas allí por la mano del hombre y no porque el terreno fuese más bajo.

Formábase de pequeñas eras circundadas por calzadas ó terraplenes de más elevacion y de unos dos piés de ancho, á los que no llegaban las aguas; habria como unas treinta y cinco ó cuarenta de aquellas eras.

—Mira, papá—dijo Rafaela que fué la primera á quien llamaron la atencion,—mira cómo se parece ese campo á las salinas de San Fernando.

—¡Cómo!—murmuró el doctor, reparando entónces en las eras.

—Más bien parece un arrozal—observó Ricardo.

Corsana sonreía y guardaba silencio entre tanto; indudablemente conocía el secreto de aquel terreno, con tal perfección dispuesto.

—¿Quién ha hecho esto?—preguntó García.

—Y no está mal—dijo el viejo gañán, que continuaba sonriendo maliciosamente.

—¿Has sido tú?—interrogó Ricardo.

—Puede...

—¡Calla! este pícaro no se ha cansado aún de causarnos sorpresas—dijo Rafaela que ardía en deseos de saber qué era aquello.

—Ha sembrado un arrozal—continuó Ricardo.

—Y nadie ha sabido una palabra—añadió Matilde.

—Es preciso castigarle.

—Sí, sí, que se le castigue.

—Propongo que nos dé una explicación de lo que ha hecho.

—Es verdad, sí, con eso lo sabremos todos.

Y Corsana se vió asediado por un verdadero diluvio de preguntas, á las que le era materialmente imposible contestar; todos querían saber algo del arroz.

—Dejadle, que hable solo—dijo García viendo que ninguno se entendía;—él debe conocer bien esa planta y nos dará noticias curiosas de ella.

Corsana pudo al fin tomar la palabra é hizo uso de ella en estos términos:

—El arroz es de la misma familia que el trigo, la cebada, etc., es decir, de las gramíneas, clase de los monocotiledones, y se llama en latín, según Linneo, *ory... ory...*

—*Oryza sátiva*—concluyó García.

—Eso es, *oryza sátiva*; se siembra como todos los cereales y vive entre el agua como está aquí. La mejor agua es la de río, por eso he aprovechado la de arroyo, y cuando falta agua corriente puede echarse mano de la de estanque ó lagos,

aunque su temperatura más fría por lo regular, suele impedir el desarrollo de la planta á quien tiene que dar vida.

—¿Y siempre está el arroz metido en agua?

—No, nada de eso; primero se pone corta cantidad; luego se aumenta cuando crecen las plantas, pero cuando éstas se han desarrollado ya y crecido lo bastante para poderse sostener sin necesidad de aquella, se la quita toda, desaguando el arrozal y escardando el terreno. En el instante en que la planta llega á tomar un color amarillento, que equivale á decir que se pone mala, conviene devolverle el agua, la que se le quita de nuevo cuando se aproxima la época de la siega.

—¿El arroz se siega?—exclamó admirada Ra-faela.

—¡Toma! y se recoge en haces y se trilla lo mismo que el trigo, la cebada y la zaina.

—Pero esa agua de que hablas—observó el doctor,—se corromperá y producirá enfermedades en el país donde se hallen situados los arrozales.

—¡Ah! sí, señor, pero eso ya es de cuenta de usted, que es médico; yo de eso no entiendo una palabra.

—Pues bien—continuó García,—efectivamente es insalubre todo el terreno en que se siembra el arroz, y las fiebres no desaparecen nunca, habiendo llegado á llamar la atención de los gobiernos, que hubo algunos, como el de Francia, que lo proscibieron de su territorio, y otros, como el de España y del Piamonte, que lo circunscribieron á ciertas y determinadas localidades. Hay, sin embargo, medios hábiles para desterrar esa insalubridad sin prohibir para ello las siembras del arroz, cereal que constituye el alimento de la tercera parte de los habitantes de la tierra. En Egipto, una plantación de cebada ó de harsim, muy parecida á la alfalfa, ocupa el terreno de un

arrozal en cuanto aquel se siega; y en la China y ese mismo Egipto, renovando mucho las aguas, con lo cual no llegan á corromperse, se consigue evitar la insalubridad del terreno.

—¿Y el arroz en seco?—preguntó Ricardo.

—Mejor fuera sembrarlo todo así, como en Conchinchina, en la isla de Francia y en el Piamonte; en el primero de estos países le siembran como el trigo, despues de haber dado una labor á la tierra, y tres meses más tarde, está la planta en todo su verdor y lozanía, por más que sembrán-dole en Enero, está el termómetro bien bajo.

—¡Qué gusto dará entónces comerse una buena paella valenciana!—dijo Ricardo.

—Los valencianos han inmortalizado el arroz con sus guisos especiales.

—¿No podremos comer algun dia del que ha sembrado Corsana?—preguntó Rafaela.

—¿Por qué no?—contestó el viejo;—yo le prometo á la señorita que el primero que se recoja le comeremos con pollo ó con jamon.

## CAPÍTULO XXII.

Un paseo al lago.—Encuentro de la anguila.—Las trepadoras de árboles.—Abundancia de peces en España.—Piscicultura.—Fecundación artificial.—Números increíbles.—Proyectos.

Seguramente que no podía darse día más hermoso que aquel; las nubes habían abandonado por fin el horizonte, y el cielo se mostraba azul y diáfano como nunca, tan bello como es siempre en Andalucía; templada la atmósfera á causa de las lluvias, estaba saturada de esos olores propios del campo cuando el sol comienza á secar las aguas, que todo lo llenan; las hojas de los árboles, las plantas, hasta las más pequeñas, se adornaban con líquidas perlas que los rayos del sol hacían aparecer más brillantes; y las aves, esos eternos cantores del Supremo Hacedor, entonaban el himno de la bienvenida á aquel mismo sol que les volvía con sus alegres rayos la esperanza de mejor sustento.

¡Cuánto ponderaba siempre García aquella mañana tan hermosa!

Para ir al lago eligieron una vereda que, dando un rodeo, iba á concluir precisamente al sitio en que Federico había encontrado la noche anterior á las dos jóvenes, y como aquel camino era casi el mismo que ellas habían seguido, servían de guías al resto de los expedicionarios y marchaban algunos pasos delante jugando alegremente, cogiendo las florecillas que tímidas abrían sus corolas al calor vivificante del astro del día,

y buscando las conchitas y piedras de variados colores que la inundacion del dia anterior habia depositado en los campos.

La conversacion del resto de nuestros amigos era más grave; se ocupaban de los destrozos causados por el temporal y del modo de repararlos. García, despues de otros proyectos no ménos útiles y provechosos, habia propuesto sacar partido de las aguas del lago, criando en mayor escala las diferentes variedades de peces del riachuelo, con cuyo producto podian atender á otros gastos de la granja, que aquel año acaso no pudieren sufragar los ingresos, muy cortos quizás por no ser buenas las cosechas.

De esto se hablaba aún, cuando les llamaron la atencion alegres gritos de las jóvenes que se habian detenido y parecian observar muy atentamente un objeto que plateaba sobre el céspedes.

—¿Qué pasa?—preguntó Ricardo acercándose el primero á ellas.

—¡Un pescado! ¡un pescado!—contestó María señalando una pequeña anguila y batiendo palmas con infantil alegría.

—¡Hola! ¿habeis hecho un descubrimiento?—preguntó el doctor que se reunia con ellas en aquel momento.

—¡Calla! ¡una anguila!—dijo Matilde.

—Consecuencias del desbordamiento de nuestro pacífico riachuelo; esta infeliz estaria bien léjos de sospechar que hoy se iba á encontrar fuera de su elemento, y ved que muerte ha encontrado.

—Pues es extraño en las anguilas—observó Ricardo.

—¡Cómo!—exclamó admirado Corsaña,—¿acaso las anguilas no se mueren fuera del agua?

—¡Bah! poco estudias tú en la biblioteca—repuso Ricardo,—¿no sabes que las anguilas atraviesan impunemente las praderas?

— Parecerán lagartos — murmuró Enriqueta.

— En la costa de Coromandel — continuó el joven naturalista, — hay un pez, la *pirea scandens*, que sale del agua y se sube á los árboles como pudiera hacerlo una serpiente; en Nueva Irlanda existe otro pescado, el *periofalso*, que pasa la mayor parte de su vida en las praderas, correteando como un lagarto, y que tambien sube á los árboles con agilidad pasmosa.

— ¡Parece increíble! — continuó Corsana.

— Sin embargo, son tantos los testigos presenciales que han referido esos hechos, que hay que darles entero crédito.

— Y esta anguila es hermosísima — dijo García que habia estado examinando el pez.

— Se podia hacer un soberbio vivero, aprovechando las aguas del lago — observó Ricardo.

— ¡Cuántos debiera haber en España si la ignorancia de los unos y la maldad de los más no impidiesen el desarrollo de esta industria!

— Pues qué, papá — preguntó Rafaëla con encantadora sencillez, — ¿pueden los hombres impedir que nazcan los peces?

— Desgraciadamente, sí, hija mia, en España sobre todo, donde aún no se saben apreciar bien los inmensos recursos de la riqueza que posee. Aquí se usan todos los instrumentos de pesca prohibidos en países ménos ignorantes, y con ellos se consiguen destruir las crias de tal manera, que bien pronto concluyen las especies en los rios en que acostumbran á criarse. La pimienta de tabaco, molida y mezclada con lombrices, que enloquece á los barbos y á las truchas; el terevisco fermentado y puesto en disolucion en un riachuelo, que mata en dos ó tres leguas de corriente todo cuanto puebla el agua, y pone en peligro la vida de los ganados y aún de los hombres; los ojeos dentro de las aguas ahuyentando á los pe-

ces hasta una caída de aquellas donde todo se recoge, grande ó pequeño; en fin, mil medios más, á cual peor, todos se usan en España, muchos de ellos hasta con conocimiento de las autoridades, primeras que se aprovechan de los resultados en esas pescas fraudulentas (1).

—Es una infamia—murmuró Corsana.

—¡Ah! si no fuera por eso tendríamos en nuestros rios, fuentes, lagos y arroyos peces bastantes para surtir al mundo entero.

—Oye, papá, ¿y cómo han llegado esos peces á los lagos?

—Hé ahí la pregunta que encierra todo el proyecto que bulle en mi cabeza, y que, si Dios quiere, pienso llevar á cabo en cuanto sea posible.

—¿Pues cómo?

—Difícil es acertar, hija mia, de qué manera criaron los peces en algunos sitios donde apenas se concibe que pudieran llegar ellos solos; pero es de presumir que la piscicultura ó séase el arte de criar, aumentar y conservar los pescados, arte que nosotros creemos haber inventado, fuera ya conocido á los antiguos, único recurso que le queda á la imaginacion para explicarse satisfactoriamente la existencia de peces en fuentes y lagos que se encuentran aislados completamente y á larga distancia de otros manantiales.

—Los hay en España ¿verdad?

—Muchos; en la sierra de Alcaráz, creo que en la provincia de Albacete, hay una peña que lleva el nombre de *Peña de la albarda*, por su parecido con este aparejo; se sube á ella muy difícilmente, y al llegar á la cima se encuentra un manantial que produce excelentes truchas.

---

(1) El autor tiene una satisfacción en consignar aquí, que cuanto pone en boca de García, se refiere á épocas anteriores al planteamiento de la Guardia civil, cuerpo que nunca será encomiado como se merece, gracias al cual han desaparecido muchos de aquellos abusos, si bien quedan aún algunos en plé.

—¿Será posible?

—Cuatro leguas más arriba de Tortosa se crían en el Ebro truchas que no tienen más que un ojo en el lado derecho: de allí para abajo sucede lo contrario, que sólo tienen el ojo izquierdo.

—¿Qué raro es eso!

—Acaso sea un capricho de la naturaleza.

—Todo es fácil; pero hay, sin embargo, derecho á pensar que la mano del hombre pudo muy bien haber intervenido en el milagro.

—Por lo ménos en el primero.

—Existen en España infinidad de riquísimos viveros de peces, y para probarlo os citaré sólo algunos casos que recuerdo en este momento. Los orígenes de los ríos Murdo y Guadalquivir, que corren en bien distintas direcciones, están situados en una cueva de la sierra de Segura y divididos por una peña, de cuya ranura salen magníficas truchas, esmaltadas con pintas rubís, que son las que más aprecian los gastrónomos, y con razón. En una hacienda del partido de Albarracín un ojo de agua da principio y vida al río llamado San Pedro, y de él salen truchas casi blancas y plateadas. En Híjar hay una balsa que apenas tiene dos hectáreas, y que en anguilas y peces grandes produce una cantidad muy respetable. En la laguna de Gredos, situada en lo más alto de la sierra de este nombre, casi inaccesible para el hombre, se crían magníficas truchas que bajan al Tórmes, cuyo origen es la laguna. Las balsas de tencas del Paular, los estanques de galápagos y tortugas de la Cartuja, y los viveros de carpas de los monjes del Desierto, prueban bien á las claras que los hombres se ocupaban ya de la piscicultura y han hecho de ella un estudio serio y una aplicación práctica de conocidos resultados; ¿por qué no hemos de hacer nosotros lo mismo?

—Es verdad, sí, que se haga.

—Mañana mismo empezamos.

—Yo cuidaré mucho á los pececitos.

—Y no dejaremos que nadie pesque.

—Sí, pero ántes—observó Corsana que no habia desplegado los labios en largo rato,—conviene mucho que sepamos algo de lo que vamos á hacer.

—Tiene razon que le sobra—dijo García;—así, pues, voy mientras continuamos nuestro paseo, á daros algunos detalles, aunque á la ligera, de la piscicultura, empezando por su historia.

Y emprendiendo todos la marcha de nuevo en la misma direccion que ya llevaban, tomó la palabra el doctor y empezó á hablar de este modo:

—El conocimiento de la piscicultura es muy antiguo, como os he dicho ántes y como lo prueban los famosos viveros de los romanos, donde no sólo se criaban los peces de agua dulce, sino que, como asegura Columela, nuestro célebre escritor, encerraban en aquella agua los que hacian traer vivos del mar, citando, entre otros casos, el famoso lago Tusenlamera, que Lúculo hizo construir en Nápoles, poniéndole en comunicacion subterránea con el mar. El ejemplo de Lúculo fué seguido por muchos romanos, y bien pronto no quedó una quinta sin su piscina correspondiente, habiendo subido éstas á tal valor, que Caton, siendo tutor de Lúculo, vendió en cuatro millones de sextercios las piscinas de su pupilo.

Tampoco fué desconocida la piscicultura para los chinos, que en esto como en todo, aunque en otro género de civilizacion, han ido siempre delante de los europeos; pero reducian á la fecundacion natural, sin que hicieran más que facilitar á las hembras lugares apartados y tranquilos para el desove y fecundacion, y construyendo viveros en los cuales crecian magníficas truchas y salmones.

Como sucedió con las ciencias y las artes, la piscicultura se refugió en los conventos cuando cayó Roma y dió principio la Edad Media, época que bien puede llamarse de transición; los monjes fueron los depositarios únicos del saber humano, y ellos conservaron las piscinas de los romanos, llegando, según algunos escritores, hasta conseguir la fecundación artificial de los huevos de los peces. Spallanzani fué, sin embargo, el primero que hizo serios experimentos, dando á conocer de un modo positivo cómo tenia lugar el acto de la fecundación natural, acto que es simplemente exterior; pero no pudo encontrarse en muchísimos años el modo de reemplazar al pez, y por lo tanto no se adelantó nada á lo que hacían ya los romanos. La gloria del descubrimiento estaba reservada, no á un sabio naturalista, ni á un celebrado químico, ni siquiera á un entendido gastrónomo, sino á dos oscuros y pobres pescadores del valle de los Vosgos en Francia, que se llamaban Remy y Fehin, y que probablemente no sabrían ni leer siquiera.

Estos infelices que vivían del producto de sus pesqueras, notaban que las especies disminuían de una manera considerable, y comprendieron desde luego, al ver los muchos huevos que salían entre los peces cuando recogían sus redes, que en aquel despilfarro de simientes estaba encerrado todo el misterio. Estudiaron las costumbres de la trucha; á su estilo y manera hicieron experimento tras experimento, y en 1843 obtuvieron, aunque imperfecta, la clave del enigma.

Remy obtuvo por su descubrimiento, así como su compañero Fehin, una recompensa nacional, á la que seguramente no habían aspirado nunca; y trabajos en mayor escala, y experiencias hechas por sabios tan ilustres como Dumeril, Coste, Valenciennes y otros, consiguieron poner el descu-

brimiento á tal altura, que convirtió casi en realidad aquella profecía de Mr. Quatrefages, de que llegaría un día en que se sembrarían los peces como el trigo.

Coste, sobre todos, ayudado por el ingeniero Detzem, fué el que más trabajó en beneficio de la nueva industria, creando la escuela de Huninga que tan brillantes resultados ha dado para la piscicultura. Al mismo tiempo que esto sucedía en Francia, dos ciudades, una de Italia, Commachio, y otra de Escocia, Hamerdsmith, ensayaban ya la aplicacion de la fecundacion artificial, repoblando en la primera las lagunas que una pesca mal dirigida habia dejado sin habitantes, y haciendo en la segunda grandes experimentos que dieron por resultado la repoblacion de las riberas del Tay.

Todas ó casi todas las naciones mandaron delegados á la escuela francesa de Huninga: España figuraba como siempre, entre las que brillaban por su ausencia, y sin embargo, ella debió ser la primera en estudiar y propagar el nuevo descubrimiento, atendiendo á la inmensa riqueza que con ello le hubieran producido sus muchos y caudalosos rios. ¡Cómo ha de ser! Tenemos la desgracia de llegar siempre los últimos á todo, cuando sin esfuerzo podríamos muy bien ser los primeros.

—Eso es una gran verdad, señor García—dijo Corsana, que como todos habia prestado suma atencion á las explicaciones del doctor;—pero hasta ahora no sabemos todavía qué es lo que inventaron y perfeccionaron todos esos señores que nos ha nombrado.

—Querrás decir que no sabes cómo lo hicieron, pero el invento ya creo haberlo dicho.

—Sí, la fecundacion artificial; tengo yo mucha curiosidad de saber cómo se hace eso.

—Y yo—añadió Rafaela.

—Y todos—concluyó Ricardo.

—Pues bien; despues de conocido el misterio no puede pedirse cosa más fácil. Los dos pescadores de los Vosgos estudiaron las costumbres de las truchas, que era la especialidad á que se dedicaban, y notaron que apretando el vientre á las hembras cuando están ya en disposicion de hacer la ovacion, cosa que puede conocerse muy fácilmente, salen los huevecitos en seguida; de este modo obtenian gran cantidad de gérmenes, que colocaban á su antojo allí donde mejores resultados pudieran darles, dejando luego á los machos que hicieran su papel. Esto, sin embargo, no era bastante, y entónces pensaron que del mismo modo que la hembra depositaba los huevecitos con sólo apretarle ligeramente el vientre, el macho debia á su vez arrojar el licor prolífico suficiente para fecundar aquellos. Así lo hicieron, y un resultado feliz vino á coronar sus esfuerzos.

—¡Vaya! pues eso no es cosa del otro jueves.

—¡Hola! presuntuoso Corsana, ¿tendremos aquello del huevo de Colon?

—Como es tan fácil...

—Ahora que lo sabes; ántes seguramente que nadie lo creia posible.

—¿Y ponen muchos huevos las hembras, papá? —preguntó Rafaela.

—Ponen tantos algunas, que parece fábula, y se hace muy cuesta arriba el creerlo; en una carpa de dos libras se han encontrado ochocientos mil huevos; en una tenca más pequeña doscientos ochenta y dos mil; la hembra de un esturion puso una vez más de ciento treinta y dos libras de huevos, lo que suponía por cálculos aproximados (siete, un gramo), siete millones seiscientos cincuenta y dos mil doscientos huevos; así por este estilo se citan muchos casos; pero es más notable la fecundidad de los machos, pues los hay que pue-

den dar vida de una vez á la postura de siete ú ocho hembras. Calculad por lo tanto si estas son de las que ponen siete millones y pico de huevos, cuántos de estos fecundará el macho.

—Si son ocho, más de cincuenta y seis millones —dijo Rafaela apresurándose á multiplicar.

—¡Parece mentira! —balbuceó Corsana.

—De ahí podeis deducir ahora lo pobladísimos que estarian nuestros rios y lagos, si no fuera por la guerra mortal que se hace á sus moradores.

—Verdaderamente, es una lástima que eso suceda—observó juiciosamente Ricardo;—los pobres tendrian con ello una gran base para su alimentacion.

—Por eso mismo quiero que probemos á introducir esa industria, que en medio de todo puede rendirnos brillantes resultados. He observado ya varias veces que las anguilas abundan extraordinariamente, y bueno seria aprovecharse de ello; además, hoy tenemos un vivero que la naturaleza nos ha proporcionado cuando ménos podíamos esperararlo, y haremos mal si no le sacamos todo el partido posible.

—Ya llegamos á él—dijo entónces Ricardo, viendo aparecer el lago por detras de una eminen-  
cia próxima.

Algunos momentos despues, nuestros amigos contemplaban admirados el desastre de la noche anterior y el magnífico estanque que á consecuencia de él se habia formado al pié de la montaña; el riachuelo, penetrando por la parte del Este y saliendo hácia el Sur en direccion de la granja, le suministraba aguas bastantes y tenia á éstas en continuo movimiento.

La circunferencia del lago podria muy bien tener unas doscientas varas, por lo cual, como dijo muy bien Corsana, era ya seguro que nunca les faltaria agua para regar todo el valle.

## CAPÍTULO XXIII.

En la orilla del lago.—Peces de agua dulce.—Postura de las truchas.—Conduccion de huevos.—Alimentacion.—Presentimientos de María.

Sentáronse todos en un declive del terreno, á cuyo pié llegaban las ligeras ondas que la fresca brisa hacia jugar sobre la superficie de las aguas, y reanudóse bien pronto la pasala conversacion.

García explicó los planes que tenia para conseguir un buen vivero de anguilas y truchas, y convinieron los oyentes en todo, quedando desde luego decidido que al dia siguiente empezarian los trabajos preparatorios, que el mismo García se encargaba de dirigir.

Despues de esto, y como la altura del sol indicaba ya que se aproximaba la hora de la comida, emprendieron el camino de vuelta para la granja hablando de mil cosas indiferentes; pero Rafaela, que se proponia sin duda saber cuanto se refiriera á los peces que trataban de criar, instó á su padre para que les diese extensas explicaciones sobre las anguilas y truchas, peces ambos que no dejaban de llamar la atencion de la niña, muy especialmente el primero, desde que sabia que eran capaces de andar por las praderas y subir á los árboles.

García, complaciente como siempre que se trataba de instruir á sus hijos y amigos, tomó de nuevo la palabra y se expresó en estos términos:

—El nombre y aspecto de la anguila son cono-

cidos de todos; hay varias clases de anguilas, de las cuales unas habitan en los rios y lagos de agua dulce, y otras crecen y se multiplican en la vasta extension del Océano. Los naturalistas dividen las anguilas de agua dulce en tres especies: la de hocico puntiagudo (*anguila dentirostris*), la de hocico redondo (*anguila latorostris*), y la que denominaré intermedia (*anguila nudiorostris*) por participar del aspecto de las otras dos clases, algunos hacen mencion de una cuarta variedad; pero esto es aún materia de duda, y de todos modos tan escasa, que no merece consideracion. La diferencia entre estas especies es tan poco notable, que muy bien pudieran contarse las tres en una sola; únicamente los naturalistas de gabinete, en su afan de poner muchos nombres á los animales y hacer con ellos infinitos géneros, subgéneros, especies, variedades, clases, familias, etcétera, ha sido motivo para esa division, que en medio de todo, sólo conduce á hacer desesperar á los estudiantes de historia natural.

El aspecto de la anguila, por regla general, viene á ser sobre poco más ó menos el siguiente: cabeza comprimida en la parte superior, convexa y disminuyendo gradualmente hácia el hocico; los ojos pequeños y colocados exactamente sobre los ángulos de la boca; las mandíbulas redondas y angostas en las extremidades, haciéndose notar la superior por su mayor tamaño; las ventanas de la nariz con dos aberturas á cada lado; la boca pequeña y rodeada, como mucha parte del cuerpo, de poros mucosos: las escamas pequeñas tambien, tanto que se creyó al principio que podian distinguirse los machos por carencia absoluta de ellas, si bien luego se ha notado que existen, especialmente cuando el animal es jóven y está vivo.

El color de la anguila es verde aceitunado en el lomo, y plateado amarillento en el vientre. Las

de agua dulce tienen por regla general de veinte á veintidos pulgadas de largo, adquiriendo á veces mayor tamaño las de la especie dentiros-tres: la anguila marina ó congrio, llega á medir cinco ó seis piés de larga, con un grueso de una pierna de un hombre. En proporcion á su tamaño es su fuerza, y suele atacar á los muchachos y aún á los hombres, causándolos heridas profundas con sus fuertes quijadas.

La anguila no tiene nada de pulcra en la elección de su alimento; come indistintamente toda clase de pescado menudo y sustancias animales putrefactas, razon por la cual muchas personas rehusan comerlas; sin embargo, la anguila es considerada generalmente como un alimento sabroso, y en algunos países se hace de ellas un consumo considerable. Buen ejemplo de esto es Lóndres, que no teniendo bastantes con las que le produce su rio Támesis, las recibe de Holanda, lo cual ha establecido un comercio muy vivo entre ambos países: en Nápoles las comen por navidad, considerándolas *bocato di cardinale*, y en algunas islas de la Polynecia las ceban hasta que adquieren un gran desarrollo, colocándolas para ello en un hoyo lleno de agua, y manteniéndolas bien, porque su voracidad no conoce límites.

En el otoño emigran desde lo alto de los rios hácia la inmediacion de los mares, porque el agua salitrosa es más templada que la dulce y que la salada: cuando entra el invierno se esconde en el fango de las orillas, y allí permanecen ale-targadas hasta la primavera que las vuelve á su elemento.

Como os decia muy bien Ricardo, las anguilas suelen dejar el agua y viajar por tierra, bien en busca de alimento ó en demanda de otra corriente distinta. Un caso muy reciente ocurrido en In-

glatterra que os voy á contar, servirá para confirmar lo que ántes citaba Ricardo. Un caballero paseaba en una hermosa noche de verano por las alamedas de su parque situado á orillas de un gran estanque; una vez que atravesaba junto á éste, el guardabosque que le acompañaba llamó su atención hácia una soberbia anguila, que saliéndose por los bordes del estanque avanzaba luego hácia el interior del parque deslizándose por entre las altas yerbas. Mirando atentamente observó un gran número de ellas que habian abandonado ya el estanque y se dirigian cautelosamente hácia unos viveros situados cerca de un cuarto de milla de distancia del sitio de donde partieron; aquellos viveros estaban surtidos por las bulliciosas aguas de un arroyo, y seguramente el instinto llevó á las anguilas hasta allí, para seguir la corriente y bajar por ella hasta las aguas salitrosas.

—¡Es admirable!—dijo Rafaela.

—Aún te llamaria más la atención el fenómeno que presentan las anguilas en los meses de Marzo y Abril, fenómeno conocido con el nombre de *subida*; en dichos meses se ven elevarse á la superficie de las aguas, especialmente en la desembocadura de los rios, innumerables animalitos filiformes que no son otra cosa sino pequeñas anguilas que abandonan el lugar de su nacimiento para dispersarse por todos los sitios adonde el rio hace llegar sus aguas.

—No me quedaré sin verlo el año que viene—dijo Rafaela.

—Por esa razon—continuó el doctor,—no se ha aplicado á las anguilas el medio de la fecundacion artificial, pues con la natural hay bastante para poblar todos los rios del mundo. Como tampoco nos faltarán á nosotros muchas de ellas, prefiero que el sistema inventado por los pescadores de

los Vosgos lo apliquemos á las truchas que nos han de dar seguramente mejores resultados. Tambien podíamos tener brecas, de las cuales se saca esa sustancia nacarada que sirve para fabricar perlas falsas: barbos que adquieren gran tamaño; carpas de exquisito gusto que llegan á pesar de una manera considerable, citándose el caso de una, pescada cerca de Francfort, cuyo peso era de setenta quilogramos; la postura de las hembras, cuando son de buena calidad, suele llegar hasta 700.000 huevos; sargos, muy parecidos á las carpas; gobios, que nos servirían de pasto para otras especies; sollos, tan apreciados de los buenos gastrónomos; percas, cuya fecundidad asombra, y cuyos huevos despues de puestos forman caprichosas figuras; tencas, que ponen tambien de cien mil huevos arriba, y otras muchas más que pueden aclimatarse con paciencia y trabajo. Pero de todas estas especies, la única, á más de la anguila, que debemos explotar, es la trucha que, cruzada con el salmon, produce esas excelentes truchas salmonadas que forman uno de los mejores platos de las mesas de los ricos.

El modo de hacer las posturas las hembras es muy curioso, y por él vinieron en conocimiento Remy y Jehin del importante descubrimiento de la fecundacion artificial. Se reúnen las truchas eligiendo el sitio que creen más favorable para su postura, sitio que por regla general es aquel cuyo fondo está compuesto de arena y cantos rodados ó guijos; hacen en la arena un hoyo que á veces llega á tener más de veinte centímetros de profundidad y un metro de anchura, y en él colocan, paralelamente á la corriente del agua, una línea de piedras que conducen valiéndose de sus aletas; hecha esta operacion, una hembra cualquiera pasa sobre las piedras, frotándose suavemente contra ellas, y va depositando los huevecitos

hasta que no le queda ninguno; pasa luego un macho y por medio de la misma operacion fecunda los gérmenes, que despues cubren con arena. Otra nueva fila de piedras sirve para otra hembra y otro macho, y así continúan hasta que todas las truchas allí reunidas han hecho su postura; entónces lo cubren todo con piedras de tal manera adheridas, que algunas veces cuesta trabajo desunirlas. Dos ó tres meses más tarde, los pequeños pececillos se escapan de entre las piedras que forman su cuna, y una nueva generacion se posesiona de las aguas tranquilas de los viveros.

—Es muy curioso todo eso—dijo Enriqueta cuando el doctor terminó su explicacion.

—Di, papá—preguntó Rafaela, siempre curiosa,—¿y pueden trasladarse los huevecillos obtenidos por medio de la fecundacion artificial de un punto á otro?

—Muy fácilmente, hija mia, y la escuela de Huninga, de que ya os he hablado, envió el año pasado 504.000 huevos de salmon del Rhin y cerca de 150.000 truchas finas y ordinarias á los departamentos de Francia para servir los numerosos pedidos que le hacian de todos ellos: hasta hoy se calculan en dos millones los gérmenes que han salido de aquella escuela sin pérdidas de consideracion, y es posible que cuando adquiera mayor desarrollo sea tambien mayor el número de ellos que proporcione, no sólo á la Francia, sino quizás al mundo entero.

—¿Y de qué medios se valen?

—Al principio, los pescadores Remy y Fehin se sirvieron de una vasija de cristal llena de agua, en la cual colocaban los huevos, pero este medio apenas servia para distancias cortas, porque la necesidad de renovar el agua hacia casi imposible su uso cuando la distancia era muy larga; en vez de esto usaron arcilla cocida y hú-

meda, en la cual envolvian los huevecillos, pero les faltaba aire y muchos de ellos morian ántes de llegar á su destino. Ultimamente se fijaron en otro tercer medio que aún se usa hoy y que dió excelentes resultados: en unas cajitas de madera, cuando más de un decímetro de profundidad y dos ó tres de anchura, colocaban primero una ligera capa de arena muy fina y muy limpia; encima de ésta una capa de huevecitos, otra de arena y así sucesivamente hasta llenar la cajita, cuidando siempre mucho de que no quedaran huecos que podian perjudicar á los gérmenes, y de humedecer luego la arena, aunque no mucho. Se emplea tambien otro medio que consiste en envolver los huevos en unos lienzos mojados que se colocan en una caja y rellenando los huecos que queden con hojas de plantas acuáticas, teniendo presente que en cuanto llegan á su destino hay que humedecer la caja ántes de desplegar los lienzos.

—Y despues que nacen los pececitos, ¿quién les da de comer?—preguntó Matilde.

—Eso corre tambien de cuenta del que los ha cuidado hasta entónces; hay quien los mantiene, y me refiero aquí á los peces vivíparos, del siguiente modo: A unas esferitas de cristal se les agregan unos aparatos de tela metálica que cuelguen por medio de cuatro hilitos; el aparato se llena de carne cocida y machacada, apretándola lo posible hasta que llegue á salirse por las mallas de la tela: arreglado ya de este modo se echan al agua, las esferitas flotan, y cuando se notan en ellas movimientos de oscilacion, es prueba segura de que, como dicen los pescadores de caña, los pececillos pican. Este medio, empleado por Fourdier, célebre piscicultor, es muy costoso, pero hay otro debido á los ya citados pescadores de los Vosgos, que es más sencillo y más natural,

y del cual pienso yo valerme en el lago. Consiste en criar al mismo tiempo que los vivíparos á quienes hay que alimentar, otros peces hervíboros que se mantienen por sí mismos con plantas acuáticas.

—Es muy bonito todo eso y ya tengo gana de que se llene el lago de peces.

—No tardarás mucho en verlo, y para conseguirlo pronto, espero que todos habeis de ayudarme en el trabajo.

—¿Por qué no? con mucho gusto.

—Ea, pues, se levanta la sesion, que ya estamos en casa y la comida nos esperará en la mesa.

Efectivamente en aquel momento llegaban á la granja y una criada les anunciaba que podian pasar al comedor cuando quisieran.

—¿Qué tal?—exclamó alegremente García,—á comer, amigos míos, á comer, que el paseo bien puede haber servido para abrirnos el apetito.

—Verdad que sí—contestó Rafaela.

Y soltando el brazo de su amiga, entró en la granja ántes que nadie, dando alegres gritos.

Ricardo y María quedaron los últimos, y el primero detuvo á la jóven cuando iba ya á seguir á su madre.

—María—dijo al mismo tiempo,—¿por qué has estado tan triste hoy? ¿crees acaso que no te amo como ántes?

—¡Oh! no, Ricardo—murmuró la encantadora niña,—nada de eso, es que desde anoche tengo una cosa aquí... en el corazon...

—¿Te sientes mal?

—No, no es enfermedad lo que siento, es una cosa vaga, incomprensible, de la que no sé darme cuenta. Paréceme que va á sucedernos alguna desgracia.

—¡Oh! riete de esas tonterias: desecha temores y vuelve la tranquilidad á tu corazon.

—Ya hago lo posible, pero... y del cual pienso...

—¿Acaso no somos todos felices?

Y Ricardo marcó perfectamente la palabra todos.

—Sí, sí, es verdad...

—Pues entónces... Vaya, vamos á comer, que ya nos echarán de menos.

Ricardo dió el ejemplo pasando el primero, y un momento despues se sentaban ambos á la mesa, donde efectivamente ya los esperaban.

## CAPÍTULO XXIV.

**Mi regreso.—Arrepentimiento de Federico.—Un casamiento *in artículo mortis*.—Situacion actual.—Últimos proyectos de Corsana.**

Quince dias despues del suceso de la montaña llegué yo al valle, ansioso por ver de nuevo á mis amigos, y más que á todos, á Enriqueta, cuyo recuerdo no habia podido borrar un solo momento de mi mente.

García, que me distinguió de léjos, fué el primero que salió á saludarme. Su alegría fué grande, como lo era la mia, porque ambos nos queremos mucho, y mis visitas eran más de agradecer puesto que las hacia desde muy léjos.

Eché pié á tierra, y despues de las primeras preguntas naturales y de dar rienda suelta á las efusiones más vivas de cariño, García se cogió á mi brazo, y encaminándome hácia el jardin, me dijo:

—Antes que subas á saludar á la familia, tenemos que hablar.

—¡Diablo!—dije yo, asustado por aquel misterio—¿qué ocurre?

—Una cosa que era de esperar, pero de la que nadie nos acordábamos.

—¿Cómo? ¿acaso ha ocurrido alguna desgracia en la granja? ¿hay que lamentar pérdidas en las cosechas? Habla, hombre, habla por Dios.

—Es peor que eso... mucho peor.

—Y bien...

—Federico se muere.

Un rayo que hubiera caido á mis piés no me

hubiera hecho peor efecto que aquella noticia; quedé anonadado sin saber qué decir.

—Sí—continuó el doctor,—á consecuencia de un baño que tomó días pasados por salvar á su hija de un grave peligro, cogió un fuerte catarro que ha degenerado en pulmonía; los médicos le han desahuciado.

—¿Y ella?

—Ella no sabe nada, pero nosotros estamos apuradísimos; la pobre María no tiene nombre.

—Hay que reconciliarlos—dije yo.

—Eso mismo piensa Matilde.

—Pues bien, en seguida...

—¿Quieres encargarte?...

—¿Por qué no? Avisa que no le quiten la silla á mi caballo; no está muy cansado y pronto llegaré al cortijo. Voy ántes á saludar á Matilde.

Y volviendo á la casa entré á ver á las señoras que se hallaban reunidas en el comedor.

Cuando salí, María salió tras de mí.

—¿Verdad que el marqués se está muriendo?

—me dijo cuando comprendió que nadie podía escucharnos.

Me quedé sorprendido sin saber al pronto qué contestar, y ella me miró con los ojos arrasados de lágrimas, y murmuró alejándose de mi lado:

—Bien me lo habia dicho el corazon.

Algunos momentos despues corria ya hácia el coto de Federico, y media hora más tarde me hacia anunciar en el cortijo y un criado me conducia á la alcoba del enfermo.

Cuando le ví, me asusté de veras; parecia un cadáver escapado de su tumba.

—Pase usted—me dijo con voz insegura y haciendo un inútil esfuerzo para incorporarse,—pase usted amigo mio; le esperaba.

—¿A mí?—pregunté asombrado estrechando entre las mias una de sus heladas manos.

—Sí, á usted: sabia que volvia usted de Paris un dia de estos, y cuando la enfermedad que me lleva al sepulcro me rindió en este lecho, tenia la seguridad de que estando aún vivo, no dejaria usted de venir á verme.

—Llego en este momento de Cádiz.

—Gracias, amigo mio, gracias. ¿Y Enriqueta?

—¡Ah! ¿se acuerda usted de ella?

—¿Que si me acuerdo? ¡Ah! no sabe usted bien lo que hacen sufrir los remordimientos; cuando llega esta hora suprema no se olvida nada.

—Y bien...

—Si ella quisiera perdonarme...

—¡Cielos! ¿la rehabilitaria usted á los ojos del mundo?

—¡Oh! sí.

—¿Daria usted á su hija un nombre que no tiene?

—¡Mi pobre María!

—¿Haria usted eso?

—Sí, amigo mio, sí; Dios me ha hecho conocer mi falta. Corra usted por Enriqueta, supplíquela usted en mi nombre que venga; aún queda tiempo de repararlo todo.

Salí de allí escapado: salté sobre mi caballo y me lancé á escape por el camino del valle.

García me esperaba.

—¡Enriqueta!—dije sin respirar apenas.

—Aún está aquí,—contestó el doctor;—¿qué pasa?

—No hay tiempo que perder, avísala, á su hija tambien, todo se arregla... el padre Juan esta allí, y... Pero, ¿qué haces?

La alegría que le produjeron las noticias de que era portador habian dejado al doctor asombrado hasta el punto de no saber qué hacer.

Le obligué, empujándole, á que entrara en la

granja, y yo me encaminé á las cuadras é hice embriadar los caballos de las señoras.

Ignoro cómo se arregló García para dar á Enriqueta y á su hija la fatal noticia, pero cuando, dispuestos ya los caballos, me preparaba á subir en su busca, las ví aparecer en el zaguan acompañadas por aquel.

—¿Cómo está, amigo mio?—me gritó Enriqueta que tenia los ojos preñados de lágrimas.

—Mal, señora,—le contesté no queriendo darla muchas esperanzas,—mal; pero es muy posible que pueda aún vivir muchos años. Dios todo lo puede.

—¡Ah! Él le oiga á usted.

Y ligera como si tuviera aún quince años se lanzó de un salto sobre la silla de su jaca; ayudé á montar á María y, montando á mi vez, partimos.

Quando llegamos al cortijo del marqués, supe que éste se encontraba algo mejor en aquel momento; la calentura habia cedido mucho, y segun la opinion del médico que le asistia, Enriqueta y su hija podian entrar en su alcoba, sin cuidado ninguno para el enfermo.

Las llevé hasta allí y... renunció á describir aquella escena, porque esta tarea es superior á mis fuerzas, porque no es posible con palabras expresar cuanto allí pasó; básteos saber que Enriqueta y Federico permanecieron largo rato abrazados, derramando copiosas lágrimas, en tanto que la pobre María, arrodillada á los piés del lecho, rogaba á Dios porque le conservase aquel padre á quien acababa de conocer y del que sólo habia recibido un beso en esta vida; que el padre Juan, cura párroco del vecino pueblo, bendijo las manos unidas de Enriqueta y el marqués, y que cuando llegó la tarde, á esa hora en que la luz del crepúsculo se desvanece ante el rutilar de las

estrellas, á esa hora en que todas las enfermedades se agravan, el enfermo, tranquilo ya, porque descargada su conciencia del peso de su mala accion, dejaba honrada á su mujer y con nombre á su hija, entregaba su espíritu al Creador, llorado por todos y por todos bendecido.

Sí, bendecido, porque habia reparado el mal, y yo mismo fuí el primero que sentí nacer en el fondo de mi alma un sentimiento de ternura y conmiseracion que me obligó á olvidarlo todo y perdonarle tambien.

Al fin habia hecho feliz á la mujer á quien tanto amaba, por más que este sentimiento mio lo ignorase todo el mundo.

Enriqueta creyó volverse loca de dolor; aún hoy que han pasado algunos meses de aquel triste acontecimiento, llora á todas horas la muerte del que tanto la habia hecho sufrir en este mundo, y sólo el cariño inmenso de su hija y la tierna amistad de sus vecinos, sirven de lenitivo á su profundo dolor.

Ricardo se ha encargado de la direccion de sus negocios y está hoy al frente del cortijo, en cuyas tierras tanto ha trabajado su padre, y de las posesiones del marqués que éste legó á su hija ántes de morir; hay quien asegura, y cualquiera con ir allí un dia asegurará lo mismo, que ántes de mucho no será como administrador por lo que tanto interes se tome, sino que acaso reciba el nombre de esposo de María. Efectivamente para cuando haya pasado un año de la muerte del marqués el mismo padre Juan que casó á Enriqueta, dará la bendicion nupcial á su hija.

En cuanto á la granja, ya os he dicho al principio de esta relacion cómo se encuentra hoy; blanca, con los techos de pizarra, las puertas y ventanas pintadas de verde, coqueta, risueñamente escondida entre hermosos álamos blancos y rodeada

por todas partes de extensos campos perfectamente cultivados.

Al verla desde lejos, pocos son los que no exclaman en seguida:

—¡Qué felices deben ser los habitantes de aquella casa!

Y así es la verdad; la familia del buen doctor es perfectamente dichosa, y sólo las lágrimas que continuamente ven verter á su buena amiga Enriqueta amargan y entristecen un poco aquella felicidad.

Rafaela ha conseguido ver el lago lleno de peces, aquel lago cuya formacion produjo la muerte del marqués; y hoy dicen las gentes que para ser tan feliz como merece, sólo le falta una cosa, casarse con el hijo de Corsana, para cuya boda han dado ya su permiso Matilde y el doctor.

El gañan sigue trabajado que da gusto verle, y de vez en cuando prepara nuevas sorpresas á García, porque dice que aún no se ha vengado de la de las cañas de azúcar; últimamente ha querido cultivar tabaco, pero el doctor le ha hecho ver que esa planta está considerada como de contrabando, y ha desistido de su propósito, no sin murmurar, con razon que le sobra hasta por encima de los pelos:

—¡Bah! con estos gobiernos no puede adelantarse nada; en vez de proteger el trabajo, hacen toda la guerra posible al trabajador... tanto peor... ellos se lo pierden.

Sevilla, Junio 1870.

FIN.

# ÍNDICE

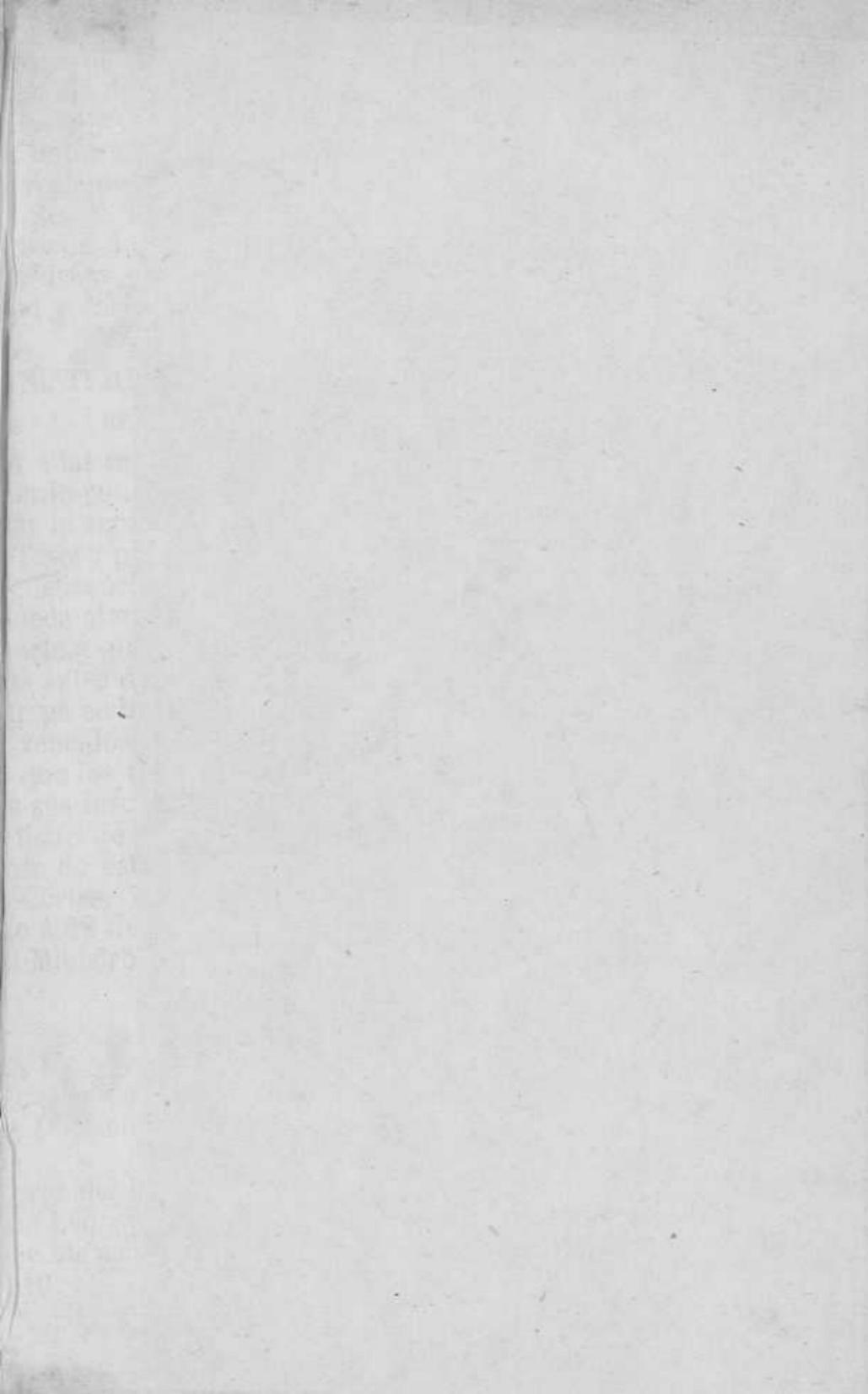
CAPÍTULOS.	PÁGINAS.
I. Que puede servir de prólogo á la presente historia.....	5
II. Un paseo por el campo.—Los toros furiosos.....	12
III. Fin de la aventura.—Los postres de Corsana.....	21
IV. El bosque en miniatura.—Orillas del arroyo.—Una pesca ingeniosa.....	29
V. Entre los cercados.—Altramuces.—Otra vez en la orilla del arroyo.—Vuelta al cortijo.....	39
VI. La partida de caza.—En demanda de las perdices.—Primera visita á la granja.—Un tesoro entre ruinas.....	50
VII. Causas de la decadencia de la agricultura española.—Poblacion rural.—El nuevo tesoro del doctor.—Cultivo del lino...	60
VIII. Construccion de la granja.—Enriqueta.—Un jabalí á la vista.—Consecuencias de un tiro.....	73
IX. El observatorio entre los nopales.—Lecion de agricultura.—Judías, garbanzos, habas y guisantes.....	81
X. Instruccion del agricultor.—El instinto en los vegetales.—Un paseo entre las flores.—Ataque de los pulgones colorados.—Los insectos y el modo de destruirlos.....	94
XI. En el cortijo.—Vista deliciosa.—El salto de la novia.....	106

CAPÍTULOS.	PÁGINAS.
XII. Marcha del marqués.—Mi nombramiento.—Un vino de primer orden.—El zumo de las naranjas.—Cultivo de este fruto interesante.....	119
XIII. Una caña de azúcar convertida en caballo.—Plantación de los cañaverales.—Fabricación.—Remolachas.—El árbol del azúcar.....	129
XIV. Noticias del monte.—Preparativos.—En busca de los lobos.—Nubes y lluvias artificiales.—Una sesión de física en la montaña.—Los pozos artesianos.—Gaspacho fresco.....	141
XV. Huellas de un caballo.—Los lobos, descripción y costumbres.—Modo de cazarlos en Rusia.—Encuentro inesperado.—Solución á balazos.—Despedida..	152
XVI. En Berna.—Correspondencia.—Fundación de la escuela de Hofwill.—Fellemborg y sus sistemas de enseñanza.—Los establecimientos.—Á Paris.....	164
XVII. Incremento de la granja —Ensayos de los prados.—Primera sorpresa de Corsana.—Las patatas; su historia y propiedades.—Revanca de las cañas de azúcar.—Otra sorpresa.....	175
XVIII. Llegada del invierno.—Los niños de García.—Otra niña bellísima.—Tertulias instructivas.—Vegetales propios de cada zona.....	186
XIX. Escuelas de instrucción.—El pesar de García y Matilde.—Federico.—Invierno lluvioso.—Sapos.—La cabaña de los carboneros.—Carbon vegetal.....	197
XX. Suceso imprevisto.—El barranco inaccesible.—Pesquisas inútiles.—Un salvador inesperado.—El primer beso de un padre.....	207
XXI. Vuelta al cortijo.—Llegada de Enriqueta.—Al día siguiente.—García explica el fenómeno.—Nueva sorpresa de Corsana.—Los arrozales.....	219

XXII.	Un paseo al lago.—Encuentro de la anguila.—Las trepadoras de árboles.—Abundancia de peces en España.—Piscicultura.—Fecundacion artificial.—Números increíbles.—Proyectos.....	229
XXIII.	En la orilla del lago.—Peces de agua dulce.—Postura de las truchas.—Conduccion de huevos.—Alimentacion.—Presentimientos de María.....	239
XXIV.	Mi regreso.—Arrepentimiento de Federico.—Un casamiento <i>in artículo mortis</i> .—Situacion actual.—Últimos proyectos de Corsana.....	248









SECO

SECO  
Y SHELLY

SECO

LAS  
RODINAS  
INDUSTRI

SECO

480

SECO